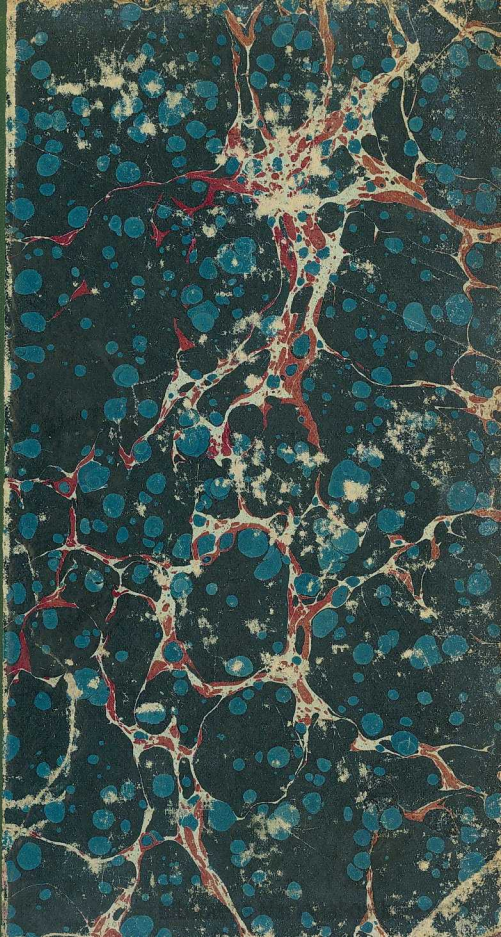




ACEVEDO-LIBROS DE LECTURA

LL
1897
VAS



W.A. 8
16



00078950



14

SC MIDT, FRANCO Y CA., EDITORES.

6715
2
SERIE GRADUADA

DE

LIBROS DE LECTURA,

FOR

A. VÁSQUEZ ACEVEDO.

LIBRO TERCERO.

SEXTA EDICIÓN.

6279

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

MONTEVIDEO.

IMPRESA ARTÍSTICA, DE DORNALICHE Y REYES,
Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79.

1897.

186 x 186
Biblioteca Nacional de Maestros

(Vase la edición modificada
para la Republica Argentina)

LIBRO TERCERO.

LECCIÓN I.

El Libro Tercero.

Mis queridos amiguitos y amiguitas: ¡ya tenemos un nuevo Libro de Lectura!

Están ustedes de enhorabuena, porque supongo que ya deseaban abandonar el Libro Segundo, en que han leído mucho tiempo.

Este libro es un poco más difícil.

Por eso, solamente leerán en él los niños aplicados que han querido contraerse á estudiar. Los desaplicados seguirán con el Libro Segundo.

¡Y cuánto lo van á sentir éstos!

El Libro Tercero tiene trozos variados de lectura, cuentos sobre muchachos traviesos y *raboneros*, sobre

niños buenos y estudiosos; narraciones históricas en que se refieren las acciones de algunos ciudadanos patriotas y virtuosos; fábulas en verso, en que aparecen hablando los animales, y muchas otras cosas entretenidas.

Yo espero que ustedes han de poner cuidado en la lectura, para sacar el mayor provecho de ella.

Las lecciones están destinadas á adiestrarlos en la asignatura y á inspirarles buenas ideas y sentimientos morales.

Fijen mucho su atención en todos los ejercicios, y traten de comprender bien lo que lean, para que esas lecciones llenen su fin, con beneficio para ustedes y satisfacción para su autor, á quien no ha guiado más propósito que el de serles útil.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Qué dice del Libro Tercero?
—¿Qué contiene el Libro?—¿Qué se espera de los niños?—
¿Qué recomendación se hace al fin?

LECCIÓN II.



Un hombre feliz.

¡Qué cara tan risueña!

¡Qué carillos tan rollizos! ¡Qué ojos tan brillantes! ¡Qué cabeza tan ancha y tan redonda! ¡Qué boca tan grande, y cómo muestra los dientes! Y los dientes ¡qué blancos son! Y el cabello ¡qué largo y rizado es!

¿Está contento el hombre? ¿Parece un hombre feliz? ¿Se ríe á carcajadas? ¿Tiene el cabello tan negro como rizado? ¿Ha oído alguna cosa chistosa? ¿Ha visto alguna cosa bella? ¿Crees que es un hombre viejo?

¿Por qué piensas que está contento? ¿Qué notas en sus ojos? ¿Por qué parece feliz? ¿Qué crees que le agrada? ¿Cómo sabes que su cabello es negro? ¿Quién dice que ha oído algún dicho satírico ó picante? ¿Cómo sabes que no es un viejo?

¿Son sus ojos negros ó son grises? ¿Son grandes ó son pequeños? ¿Es un hombre anciano ó es un joven? ¿Quién puede responder á todas estas preguntas? ¿Puedes ó no? ¿Intentarás responder ó te callarás la boca?

Nosotros no lo oímos, pero lo vemos reír.

No decimos que es un hombre de juicio, sino que es un hombre alegre. Pensamos que es un hombre bueno, no un hombre malo. Las personas felices rara vez son malas.

Un hombre bueno es alegre y feliz, hace todo el bien que puede, es un buen vecino y un amigo verdadero. Goza del respeto y de la estimación de todos los que lo conocen.

Cuando una persona se ríe á carcajadas, los extremos de su boca se levantan, como podemos observarlo

en la lámina, las mejillas se suben y se arrugan, y los ojos se achican.

¿ Sucede lo mismo cuando domina la tristeza ó la cólera ?

No, como has de verlo más adelante.

Ejercicio de significación.

¿ Qué dice esta lección?—¿ Qué preguntas hace?—¿ Qué pensamos del hombre?—Cómo es un hombre bueno?—¿ Qué sucede en la cara de una persona que se ríe á careajadas?

LECCIÓN III.

Los adivinos.

LUISA. — Papá, ¿ sabes que la pobre sirvienta está enferma ?

PADRE. — No, mi hijita ; y ¿ qué tiene ?

LUISA. — Dice que le ha salido un bulto en un brazo y que le duele mucho.

PADRE. — ¡ Pobre ! dile que vaya á casa del Doctor Díaz en mi nombre, y que le pida un remedio.

LUISA. — No, papá; ella dice que se va á curar con un remedio que le ha dado el adivino.

PADRE. — ¿Qué dices? ¡el adivino!

LUISA. — Sí, papá, el adivino.

PADRE. — ¡Vaya un disparate! Y ¿qué remedio le ha dado el adivino?

LUISA. — El adivino le ha dicho que se haga una cruz con la mano buena sobre el bulto y que se ponga una cataplasma de dulce de membrillo.

PADRE. — ¡Qué locura! Dile á Mariana que no sea tonta; que no crea en lo que dice el adivino y que vaya hoy mismo á ver al médico.

LUISA. — Papá, ¿entonces los adivinos no saben curar?

PADRE. — No, mi hijita. Los adivinõs son unos charlatañes que engañan á las pobres gentes; les sacan el dinero y son incapaces de curarlas, porque nada saben de medicina.

LUISA. — Está bien, papá; voy á decirle eso á la infeliz Mariana, para que no haga el remedio del adivino y vea en el acto al Doctor Díaz.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Son buenos los remedios de los adivinos?—¿Por qué no?—¿Qué son los adivinos?

LECCIÓN IV.

El oso, la mona y el cerdo.

(FÁBULA.)

Un oso con que la vida
Ganaba un piamontés,
La no muy bien aprendida
Danza bailaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona,
Dijo á una mona: — ¿Qué tal?
Era perita la mona,
Y respondióle: — Muy mal.

— Yo creo, replicó el oso,
Que me haces poco favor.
¡Pues qué! ¿Mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?

Estaba el cerdo presente,
Y dijo: — ¡Bravo! bien va,
Bailarín más excelente
No se ha visto ni verá.

Echó el oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademán modesto,
Hubo de exclamar así:

— Cuando me desaprobaba
La mona, llegué á dudar ;
Mas ya que el cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar.

 Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor.
Si el sabio no aprueba, ¡ malo !
Si el necio aplaude, ¡ peor !

(IRIARTE.)

Ejercicio de significación.

¿De quién habla esta fábula?—¿Qué hacía el oso?—¿Qué pensaba la mona?—¿Qué el cerdo?—¿Que exclamó el oso?

LECCIÓN V.

El balero.

JUAN. — Enrique : ¿ qué tienes en el bolsillo que te hace un bulto tan grande ?

ENRIQUE. — Mi balero.

JUAN. — ¡ Ah ! te juego al balero. Apostemos á quién hace más con él.

ENRIQUE. — Te apuesto. Uno . . . dos . . . tres . . . cuatro . . . cinco.

JUAN. — De ese modo no me gusta. Yo no sé hacer *redoblonas*. Te juego á la *mariquita*.

ENRIQUE. — No, ése es modo de jugar de los zonzos.

JUAN. — Zonzo serás tú. La mariquita es más interesante.

ENRIQUE. — Pero es mucho más fácil. Como yo juego es como juegan todos los muchachos de la Escuela.

JUAN. — ¿Y tú sabes embocar en la *cazuela*?

ENRIQUE. — ¡Ya lo creo! Cualquiera emboca en la cazuela hasta por debajo de la pierna.

JUAN. — Y ¿cuántas haces tú contando las *redoblonas*?

ENRIQUE. — Yo hago hasta *doscientas seguidas*; pero he visto á algunos muchachos hacer *muchísimas* más.

JUAN. — Buenò, Enrique, eres muy jugador. Vamos á la Escuela, que ya es hora de entrar en clase.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección? — ¿Á qué juega Juan? — ¿Á qué juega Enrique? — ¿Qué piensa éste del juego á la *mariquita*? — ¿Qué piensa Juan? — ¿Cómo juega Enrique?

LECCIÓN VI.

Los dos hermanos.

Lucas y Miguel son dos hermanos de muy distinto carácter.

Lucas es juicioso, reflexivo y bondadoso. Miguel, por el contrario, es atolondrado y travieso; no medita nunca sobre el valor de sus acciones y sólo piensa en divertirse.

Un día, al salir de la Escuela, divisaron un viejo loco que caminaba por el medio de la calle, llevando sobre la cabeza tres sombreros, colocados uno encima del otro.

En cuanto Miguel lo vió, empezó á gritarle: « ¡siete cabezas! ¡siete cabezas! »

Lucas le pidió que callase y dejase de burlarse de aquel desgraciado, que, careciendo de razón, ignoraba lo que hacía.

Miguel no le hizo caso y continuó gritando: « ¡siete cabezas! ¡siete cabezas! »

Otros muchachos pillos que pasaban por la calle se unieron á él, y entonaron un coro destemplado de gritos.

El viejo siguió su camino, muy contento con su traje ridículo, sin hacer caso de la algazara de los muchachos.

Viendo eso Miguel, recogió del suelo una cáscara de naranja y se la arrojó en dirección á la cabeza, con la intención de voltearle los sombreros. Los pillos festejaron la gracia y se apresuraron á imitarlo, lanzando sobre el infeliz anciano una lluvia de proyectiles.

Entonces éste, viéndose tan acosado, tomó una piedra de la calle y la lanzó al azar sobre el grupo de sus agresores. La piedra fué á dar precisamente sobre la cabeza de Miguel, infiriéndole una gran herida.

Lucas se apresuró á atender á su hermano; lo llevó á su casa, y contó lo ocurrido á sus padres, quienes aplaudieron su conducta y censuraron severamente la de Miguel.

Éste, después de varios días de cama, se curó; pero formó el sano propósito de ser en adelante juicioso y bueno como su hermano Lucas.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Cómo son los dos hermanos?
—¿Qué vieron un día los dos hermanos?—¿Qué dijo Miguel?
—¿Qué Lucas?—¿Qué sucedió?—¿Qué propósito formó Miguel?

LECCIÓN VII.



Un hombre desgraciado.

¿ Ves este hombre extraño ? ¿ Tiene una cara agradable ? ¿ Parece feliz ? ¿ Tiene una expresión alegre, risueña ? ¿ Crees que es un hombre honrado y de buen corazón ? ¿ Qué ? ¿ Tienes miedo de él ? ¿ Tienes miedo de acercarte á él ?

No me sorprende que no quieras acercarte á él. ¿ Á

quién le gusta acercarse á un hombre enojado? No á mí, ciertamente. Es desagradable ver á un hombre colérico, porque toda su cara revela sufrimiento. El hombre colérico no es feliz: es desgraciado y hace infelices á todos los que lo rodean.

Mira sus ojos: ¡qué feroces parecen! Están ensangrentados por la pasión. Y su frente, ¿ves cómo está arrugada y llena de rígidos dobleces? Y las ventanillas de la nariz ¡qué abiertas se hallan! Sus labios ¡qué inflados están! Y sus dientes, ¡mira cómo los hace rechinar! Está tan enojado que no puede hablar.

No puedes ver sus manos, pero se hallan crispadas, como si quisiera acometer á alguien. Es incapaz de dominarse. ¡Está bramando de ira! ¡Ha perdido la razón! Es lo mismo que un loco.

¡Qué bien expresa la cara de este hombre los sentimientos de su corazón! Podemos leer en ella lo que está pasando por su alma. No puede ocultarnos su corazón. ¡Y qué mal corazón debe de tener! ¡Tan lleno de cólera, de rabia, de venganza! ¡Infeliz hombre!

Ejercicio de significación.

¿De qué trata esta lección?—¿Qué dice de la cara del hombre?—¿Es agradable mirar á un hombre colérico?—¿Por qué?—¿Qué son los hombres coléricos?

LECCIÓN VIII.

El avestruz, el dromedario y la zorra.

(FÁBULA.)

Para pasar el tiempo congregada
Una tertulia de animales varios
(Que también entre brutos hay tertulias),
Mil especies en ella se tocaron.

Hablóse allí de las diversas prendas
De que cada animal está dotado:
Éste á la hormiga alaba, aquél al perro;
Quién á la abeja, quién al papagayo.

— No (dijo el avestruz): en mi dictamen
No hay más bello animal que el dromedario.
El dromedario dijo: — Yo confieso
Que sólo el avestruz es de mi agrado.

Ninguno adivinó por qué motivo
Tan raro gusto acreditaban ambos.
¿Será porque los dos abultan mucho?
¿Ó por tener los dos los cuellos largos?
¿Ó porque el avestruz es algo simple
Y no muy advertido el dromedario?
¿Ó bien porque son feos uno y otro?
¿Ó porque tienen en el pecho un callo?

Ó puede ser también — No es nada de eso
(La zorra interrumpió); ya di en el caso.
¿Sabéis por qué motivo el uno al otro
Tanto se alaban? Porque son paisanos.

En efecto, ambos eran berberiscos;
Y no fué juicio, no, tan temerario
El de la zorra, que no pueda hacerse
Tal vez igual de algunos literatos.

(IRIARTE.)

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta fábula?—¿Qué opinaba el avestruz sobre el dromedario?—¿Qué el dromedario sobre el avestruz?—
¿Qué pensó la zorra de la opinión de ambos?

LECCIÓN IX.

Un mal baño.

Román y Joaquín van para la Escuela.
En el camino encuentran un tranvía, lleno de gente,
que se dirige al baño de los Pocitos.

El día está caluroso.

Román le dice á Joaquín : — ¡ Qué bueno sería que nosotros nos fuéramos también á bañar !

— ¿ Y la Escuela ? le responde Joaquín.

— ¿ Qué importa la Escuela ? Haremos la *rabona*. Nos daremos un buen baño primero, y después iremos á pasear. Tengo un conocido en las Tres Cruces, que me ha invitado muchas veces á ir á la quinta de su padre. Iremos allá y comeremos buenos duraznos y ricas peras.

— No, Román, yo no hago eso. Si mi padre llegara á saberlo, tendría un gran pesar.

— Es que no lo sabrá, porque á nadie lo contaremos.

— Te equivocas, contestó Joaquín ; esas cosas se saben siempre, y además, á mí no me gusta obrar nunca mal, y es una mala acción hacer la *rabona*.

— Pues yo me iré solo, replicó Román ; buscaré otro compañero menos delicado que tú, y me iré con él á los Pocitos. ¡ Adiós, Joaquín !

Y diciendo esto se separó de su amigo.

El juicioso Joaquín pasó el día en la Escuela, regresando á la tarde á su casa, satisfecho de haber cumplido su deber.

Al día siguiente se supo por los diarios que Román había estado á punto de ahogarse en el baño, salvando

milagrosamente gracias al auxilio de un buen pescador.

Sus padres conocieron así su mala conducta, y perdiendo toda confianza en él, no volvieron nunca á dejarlo salir solo.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Qué le propuso Román á Joaquín?—¿Por qué no aceptó éste?—¿Qué le sucedió á Román?—¿Qué resolvieron sus padres?

LECCIÓN X.

El 19 de Abril.

RICARDO. — Papá, ¿no has visto la Plaza de la Independencia? ¡qué linda está!

PADRE. — No, mi hijito, no he pasado todavía por allá; ¿qué hay en la Plaza de la Independencia que tanto te ha gustado?

RICARDO. — Hay muchas cosas: arcos adornados, columnas, palo jabonado, calesitas y rompecabezas.

Dicen que mañana habrá una gran parada y fuegos artificiales. Los palos para los fuegos están ya colocados.

PADRE. — ¡Cómo se van á divertir tú y tus hermanitos! Los llevaré á que vean todo. ¿Y sabes por qué hacen esas fiestas?

RICARDO. — Sí, papá; porque mañana es el 19 de Abril.

PADRE. — Es verdad, mi hijito; pero ¿sabes tú por qué se festeja el 19 de Abril?

RICARDO. — ¡Ya lo creo! porque es el aniversario del día en que desembarcaron los Treinta y Tres patriotas para libertar á nuestro país de la dominación Brasileira. Eso me lo enseñó mi maestra.

PADRE. — ¿Y á tí te parece que es un hecho muy glorioso?

RICARDO. — Sin duda, papá. Si no hubiera sido por los valientes 33, nuestro país formaría hoy parte del Brasil; todos seríamos Brasileños en lugar de Orientales; hablaríamos el Portugués, y tendríamos las costumbres de aquella Nación.

PADRE. — Ésa es la verdad, Ricardo. Por eso debemos festejar con entusiasmo el 19 de Abril y tener muy presente los nombres de los 33 patriotas que nos dieron independencia y libertad. ¿Sabes tú cómo se llamaban?

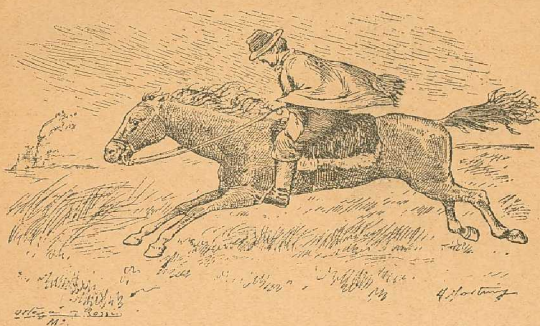
RICARDO. — Los principales, sí: se llamaban Juan Antonio Lavalleja, Manuel Oribe, Pablo Zufriateguy, Simón del Pino, Manuel Lavalleja, Manuel Freire, Jacinto Trápani y Gregorio Sanabria.

PADRE. — Es cierto; pero conviene que conozcas los nombres de todos los otros, que se llamaban: Manuel Menéndez, Atanasio Sierra, Santiago Gadea, Pantaleón Artigas, Andrés Spíkerman, Juan Spíkerman, Celedonio Rojas, Andrés Cheveste, Juan Ortiz, Ramón Ortiz, Avelino Miranda, Carmelo Colmán, Santiago Nieves, Miguel Martínez, Juan Rosas, Tiburcio Gómez, Ignacio Núñez, Juan Acosta, José Leguizamón, Francisco Romero, Norberto Ortiz, Luciano Romero, Juan Arteaga, Dionisio Oribe y Joaquín Artigas.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Qué se festeja el 19 de Abril?
—¿Por qué es un hecho glorioso el desembarque de los Treinta y Tres?—¿Cómo se llamaban los 33?—(Todos los niños deben aprender los nombres de memoria.)

LECCIÓN XI.



Un día de fuerte viento.

- ¿ Puedes decirme qué representa esta lámina ?
- ¿ Por qué cabalga el hombre en esa posición ?
- ¿ Por qué va inclinado hacia adelante ?
- ¿ Por qué lleva el sombrero echado hacia la cara ?
- ¿ Puede ver bien así ?

Comprendes, sin duda, que el día está muy ventoso. ¿ Puedes decir de qué lado está el viento ? ¿ Por qué puedes decirlo ? ¿ Observas cómo el viento se lleva el poncho del hombre y la crin del caballo ?

El viento sopla de frente. Quizás llueve también. Quizás está muy frío.

¿Ves cómo el jinete lucha con el viento? Si se mantuviese derecho, ¿podría cabalgar tan bien? Si no tuviese el sombrero echado sobre los ojos, ¿crees que podría conservarlo sobre la cabeza?

En la posición en que el hombre se halla, el sombrero le preserva la cara del viento y de la lluvia.

Pero ¿por qué tiene el caballo las orejas inclinadas hacia atrás? Porque de otra manera el viento y la lluvia penetrarían dentro de ellas, lo que sería muy desagradable para el pobre animal. El caballo comprende lo que le conviene hacer con sus orejas para librarlas del agua y del viento.

Si el viento le soplasen al hombre por la espalda, ¿estaría sentado de la misma manera sobre su montura? ¿Cómo estaría sentado? ¿Cómo tendría colocado el sombrero? ¿En qué dirección estarían las orejas del caballo? Y la crin y la cola del mismo, ¿qué dirección tendrían?

Si el viento cambiase ¿habría que cambiar también la figura? Sin duda; el hombre, el caballo y las nubes no podrían conservarse como están.

¿Puedes decirme cómo tendría que cambiar la lámina?

Muchas cosas cambian en el mundo *según el viento que sopla.*

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Qué representa la lámina?—
¿Cómo sopla el viento?—¿En qué dirección?—¿Qué es lo que
revela la dirección del viento?—Si el viento le sopla al hom-
bre por la espalda, ¿cómo estaría sentado? ¿cómo tendría el
sombrero?

LECCIÓN XII.

El elefante y otros animales.

(FÁBULA.)

Allá en tiempo de entonces,
Y en tierras muy remotas,
Cuando hablaban los brutos
Su cierta jerigonza,
Notó el sabio elefante
Que entre ellos era moda
Incurrir en abuso;
Dignos de gran reforma.
Afeárselos quiere;
Y á este fin los convoca.

Hace una reverencia
Á todos con la trompa
Y empieza á persuadirlos
Con una arenga docta
Que para aquel intento
Estudió de memoria.
Abominando estuvo
Por más de un cuarto de hora
Mil ridículas faltas,
Mil costumbres viciosas:
La nociva pereza,
La afectada bambolla,
La arrogante ignorancia,
La envidia maliciosa.
Gustosos en extremo,
Y abriendo tanta boca,
Sus consejos oían
Muchos de aquella tropa:
El cordero inocente,
La siempre fiel paloma,
El leal perdiguero,
La abeja artificiosa,
El caballo obediente,
La hormiga afanadora,
El hábil jilguerillo,
La simple mariposa.

Pero del auditorio
Otra porción no corta,
Ofendida, no pudo
Sufrir tanta parola.
El tigre, el rapaz lobo
Contra el censor se enojan.
¡Qué de injurias vomita
La sierpe venenosa!
Murmuran por lo bajo,
Zumbando en voces roneas,
El zángano, la avispa,
El tábano y la mosca.
Sálense del concurso,
Por no escuchar sus glorias,
El cigarrón dañino,
La oruga y la langosta.
La garduña se encoge;
Disimula la zorra;
Y el insolente mono
Hace de todo mofa.

Estaba el elefante
Viéndolo con pachorra;
Y su razonamiento
Concluyó en esta forma:
« Á todos y á ninguno
Mis advertencias tocan:

Quien las siente, se culpa ;
El que no, que las oiga. »
 Quien mis fábulas lea,
Sepa también que todas
Hablan á mil naciones,
No sólo á la Española.
Ni de estos tiempos hablan ;
Porque defectos notan
Que hubo en el mundo siempre,
Como los hay ahora.
Y pues no vituperan
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones,
Con su pan se lo coma.

(TRIARTE.)

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta fábula?—¿Qué observó el elefante?—
¿Qué hizo y con qué objeto?—¿Quiénes oyeron gustosos sus
consejos?—¿Quiénes se quejaron?—¿Cómo concluyó sú dis-
curso el elefante?

LECCIÓN XIII.

Libertad inesperada.

Caminando un señor un día por las calles de una ciudad, vió á un muchacho que tenía en una jaula una porción de pajaritos para vender.

Miró con dolor á los pobres prisioneros, que volaban de un lado á otro de la jaula, metiendo la cabeza entre los alambres y haciendo esfuerzos por escaparse.

Se detuvo un momento delante de la jaula, y en seguida le dijo al muchacho: — ¿Cuánto quieres por tus pájaros?

— Un real por cada uno, contestó el joven negociante.

— No te pregunto lo que vale uno, dijo el hombre, sino lo que valen todos, pues quiero comprarte todos.

El muchacho hizo sus cuentas y acabó por pedir al señor tres pesos.

— Aquí tienes tu dinero; y le entregó tres monedas de un peso.

El vendedor las tomó, muy contento por haber concluído tan bien y tan pronto su negocio del día.

Apenas había terminado el trato, cuando el hombre, abriendo la puerta de la jaula, dejó escapar todos los pajaritos

El muchacho, con gran sorpresa, exclamó:

—¿Qué ha hecho Vd., señor! Ha perdido Vd. todos sus pájaros.

—Te diré por qué he hecho eso, contestó el hombre. Durante tres largos años he permanecido encerrado en una cárcel, como prisionero de guerra, y cuando salí de ella formé la resolución de no ver encarcelado jamás á ningún ser inocente, siempre que su libertad dependiese de mí.

Ejercicio de significación.

¿De qué trata esta lección?—¿Qué hizo el hombre?—¿Qué preguntó al muchacho?—¿Qué contestó éste?—¿Qué hizo con los pájaros el señor?—¿Por qué?

LECCIÓN XIV.

Un niño adelantado.

Un señor fué de visita á una casa.

Estaba en la sala, esperando á la persona á quien deseaba ver, cuando entró un chiquitín de seis años tocando la trompeta, con quien entabló la siguiente conversación:

SEÑOR. — ¡Hola! ¿Cómo está Vd., mi chiquitín?

NIÑO. — ¡Chiquitín! no; yo soy *gande*, porque voy á la Escuela de *vadones*, cuando no llueve y estoy *güeno*.

SEÑOR. — Muy bien: Vd. dispense; y ¿qué aprende Vd. en la Escuela?

NIÑO. — Aprendo á deletrear y á hacer muchas cosas.

SEÑOR. — ¿Qué sabe Vd. deletrear?

NIÑO. — Yo sé deletrear *uva, cara, perro, niño*.

SEÑOR. — Á ver, ¿cómo se deletrea *cara*?

NIÑO. — **C-a-r-a**, cara.

SEÑOR. — Muy bien: y ¿cómo se deletrea *perro*?

NIÑO. — **P-e-r-a**, perro.

SEÑOR. — ¡Cómo! ¿**P-e-r-a** es perro?

NIÑO.— **P-a-r-r-a**, perro, digo. Apuesto á que Vd. no lo sabe deletrear como yo.

SEÑOR.— ¡Ah! no; Vd. es un admirable deletreador.

NIÑO.— Y puedo deletrear muchas otras palabras. *Podeso* estoy á la cabeza de la clase.

SEÑOR.— ¿Cuántos son en su clase?

NIÑO.— Dos: yo y una niña que no estuvo hoy en la Escuela y *podeso* yo pasé á la cabeza de la clase.

SEÑOR.— Vd. debe de ser un alumno muy aprovechado.

NIÑO.— ¡Ya lo creo! La maestra dice que me va á dar un premio.

SEÑOR.— ¡*Premio!* y ¿qué es un *premio*?

NIÑO.— Yo no sé. Creo que será algún títere ú otro juguete. Á mí me gustaría un buen tambor: **m-a-b-o**, tambor.

SEÑOR.— ¿Cuánto tiempo tiene Vd. de Escuela, mi gran amigo?

NIÑO.— ¿Cuánto tiempo? No sé bien: nueve ó cinco ó seis días. Uno, tres, dos, seis. Yo también estudio *rismética*.

SEÑOR.— Está Vd. muy adelantado. Pronto podrá poner Escuela para enseñar á otros.

NIÑO.— Me *padece*. Ahora puedo ya enseñar al gato. Sólo que el gato no habla: — **b-a-b-a**, habla.

SEÑOR. — Vd. me derrota á mí en deletreo.

NIÑO. — **rr-o-t-o**, derrota. ¿Qué quiere Vd. darme para deletrear? ¿Puede Vd. deletrear su nombre como yo? **J-u-n-o**, Juan; **F-o-l-e-s**, Flores — Juan Flores.

La conversación quedó aquí interrumpida por la entrada del padre de Juanito, quien le ordenó á éste fuera á tocar la trompeta al patio.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección? — ¿Qué sabía deletrear el niño? — ¿Por qué estaba á la cabeza de su clase? — ¿Qué entendía por premio? — ¿Qué otra cosa estudiaba? — ¿Á quién le podía dar lecciones? — ¿Por qué se interrumpió la conversación?

LECCIÓN XV.

Los fantasmas.

Los sirvientes y otras personas ignorantes suelen hablar á los niños de *fantasmas*.

Los fantasmas son, según ellos, seres ó cosas extrañas y misteriosas, que aparecen y se mueven durante la noche.

Es preciso que nadie crea en semejantes tonterías, y que todos comprendan cómo la noche y la obscuridad pueden engañarlos, haciéndoles tomar por fantasmas las cosas más comunes y sencillas.

Voy á referir á mis pequeños lectores uno ó dos cuentos, para que se rían cuando alguien les hable de fantasmas:

« Un muchacho fué una noche al corral de su casa á dar de comer á unos caballos que su padre tenía.

Al llegar al corral observó una cosa larga, blanca y blanda, que parecía dirigirse hacia él.

Asustado retrocedió y se fué corriendo á decir á su padre que había visto en el corral un fantasma, alto como un gigante, y que parecía tener unos cuernos largos . . . muy largos.

El padre tomó una escopeta, el hijo mayor se apoderó de una horquilla de hierro, la cocinera de un hacha y la madre de una escoba; y todos juntos y así armados, se dirigieron con gran aparato á pelear al fantasma.

En la puerta del corral se detuvieron á mirar y descubrieron al titulado fantasma, que se movía para adelante y para atrás.

Se disponía todo el *ejército* á atacarlo, cuando la madre, soltando una fuerte carcajada, exclamó: ¡Qué

zoncera! El fantasma es un vestido blanco que puse hoy á secar en una cuerda, y que al empuje del viento se mueve de un lado á otro. Los cuernos son dos palos que coloqué para levantar el vestido é impedir que se arrastrase por el suelo.»

Otro cuento :

« Un hombre caminaba una noche á lo largo de una carretera.

De pronto descubrió una cosa blanca delante de sí.

Se detuvo. La cosa blanca se movía en el suelo. El hombre la siguió; y entonces ella empezó á huir, extendiendo unos blancos y largos brazos que inspiraban terror.

El hombre, asustado, se volvió para atrás y contó el suceso á varios amigos.

Uno de éstos, persona de buen sentido, que no creía en fantasmas ni en cosas sobrenaturales, se rió del lance y propuso á aquél acompañarlo á descubrir el objeto.

Se dirigieron entonces ambos al lugar en que había aparecido la cosa blanca, y muy pronto la encontraron.

Al verlos, el objeto, como la primera vez, empezó á alejarse, levantando sus largos y blancos brazos.

Lo persiguieron, y al fin el hombre despreocupado consiguió detenerlo, resultando que el fantasma era.....

un ganso cojo, que levantaba las alas para correr y escapar á la persecución. »

Ahora, mis amigos, siempre que alguien les hable de fantasmas, recuerden estos dos cuentitos.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Cómo es el primer cuento?—
¿Qué era el fantasma?—¿Cómo es el segundo cuento?—¿Qué resultó?

LECCIÓN XVI.

La música de los animales.

En la corte del león,
Día de su cumpleaños,
Unos cuantos animales
Dispusieron un sarao ;
Y para darle principio
Con el debido aparato,
Creyeron que una academia
De música era del caso.

Como en esto de elegir
Los papeles adecuados
No todas veces se tiene
El acierto necesario,
Ni hablaron del ruiseñor,
Ni del mirlo se acordaron,
Ni se trató de calandria,
De jilguero ni canario.
Menos hábiles cantores,
Aunque más determinados,
Se ofrecieron á tomar
La diversión á su cargo.

Antes de llegar la hora
Del canticio preparado,
Cada músico decía:
« ¡ Ustedes verán qué rato! »
Y al fin la capilla junta
Se presenta en el estrado
Compuesta de los siguientes
Destrísimos operarios:
Los tiples eran dos grillos;
Rana y cigarra, contraltos;
Dos tábanos, los tenores;
El cerdo y el burro, bajos.
Con qué agradable cadencia,
Con qué acento delicado

La música sonaría,
No es menester ponderarlo.
Baste decir que los más
Las orejas se taparon,
Y por respeto al león
Disimularon el chasco.

La rana, por los semblantes
Bien conoció, sin embargo,
Que habían de ser muy pocas
Las palmadas y los bravos.
Salióse del corro, y dijo:
« ¡Cómo desentona el asno! »
Éste replicó: « Los tiples
Sí que están desentonados. »
« Quien lo echa todo á perder
(Añadió un grillo chillando),
Es el cerdo. » « Poco á poco
(Respondió luego el marrano):
Nadie desafina más
Que la cigarra, contralto. »
« Tenga modo, y hable bien
(Saltó la cigarra): es falso;
Esos tábanos tenores
Son los autores del daño. »

Cortó el león la disputa,
Diciendo: « ¡Grandes bellacos,

Antes de empezar la solfa
No la estabais celebrando?
Cada uno para sí
Pretendía los aplausos,
Como que se debería
Todo el acierto á su canto ;
Mas viendo ya que el concierto
Es un infierno abreviado,
Nadie quiere parte en él,
Y á los otros hace cargos.
Jamás volváis á poneros
En mi presencia: ¡ mudaos !
Que si otra vez me cantáis,
Tengo de hacer un estrago. »

(IRIARTE.)

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta fábula?—¿Qué dispusieron los animales?—¿De quiénes no se acordaron?—¿Quiénes tenían los papeles principales?—¿Qué sucedió?—¿Qué dijo el león para cortar la disputa?

LECCIÓN XVII.

Noticias de una estancia.

Lorenzo es un niño de doce años, que fué una vez con su tío don Sebastián, á pasar quince días en la estancia de éste, situada en el arroyo de la Virgen, Departamento de San José.

Cumpliendo una promesa que le había hecho á su mamá, le escribió de allí la siguiente carta :

Arroyo de la Virgen, Octubre 4 de 1895.

Señora doña María N. de Sagastume.

Mi querida mamá:

Estoy muy bueno y contento.

Mi tío me ha dado un potrillo colorado, en que monto todos los días.

Ya sé trotar y galopar.

El potrillo se empaca algunas veces, pero yo lo hago andar á fuerza de chicote.

Un día quise correr una carrera con un muchacho que tiene un mancarrón flaco y lerdo. Yo habría ganado seguramente; pero tío Sebastián no me dejó

correr, de miedo que el potrillo me voltease. ¡Qué miedoso es mi tío! ¿no es verdad? Ramón, el hijo del puestero don José María, que es un chiquitín, corre carreras todos los días, sin que le suceda nada.

Todas las mañanas tomo un gran jarro de leche. ¡Si vieras cuántas vacas hay en la estancia! También hay muchas ovejas, novillos y caballos.

He visto una porción de animales raros: carpinchos, mulitas, aperiás, avestruces, venados. Los carpinchos parecen grandes ratas sin cola. Viven en el arroyo y son muy ariscos, pero no hacen daño. Los avestruces corren con gran rapidez, haciendo *gambetas*. He recogido algunos huevos.

En la estancia hay muchos peones.

Uno, que se llama Fausto, es muy amigo mío.

Es un paisano trigueño, de pelo muy largo, que usa bombachas azules y un sombrerito de *compadre*.

Yo ando siempre con él. Á menudo me convida á pastorear las ovejas. — «Venga, rubio, me dice; vamos á cuidar el *ganao*, y tomaremos un *cimarrón*.»

Algunas veces yo lo acompaño.

Después que junta las ovejas, nos sentamos á la sombra de unos talas. Allí, él enciende un fueguito, pone á calentar agua y empezamos á *maltear*.

El pobre Fausto no sabe leer ni escribir. Yo le he dicho que le voy á enseñar á leer.

Lo que más gracia me hace es el modo de hablar. Figúrate que dice *ansina* por así, *truje* por traje, *vide* por ví, *haiga* por haya, y muchas otras palabras impropias. Á mí me da risa cuando se las oigo decir; pero él es tan bueno, que no se enoja. — « Yo no he *andao* en la escuela, dice; por eso no sé hablar bien ni *escrebir*. »

De noche me divierto mucho en la cocina oyendo las conversaciones de los buenos paisanos. Fausto, que es muy alegre, toca la guitarra y canta *décimas*, inventadas por él. Todos dicen que es un buen guitarrista. Yo le pregunté una vez quién le había enseñado á tocar, y se rió, diciéndome que los *gauchos* aprendían solos la guitarra.

Hasta otra vez, mamá. Recuerdos á papá y á mis hermanitos.

Tu hijo,

LORENZO SAGASTUME.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección? — ¿Qué dice Lorenzo de su potrillo? — ¿Qué dice de los animales que ha visto? — ¿Qué hace con Fausto? — ¿Qué dice del modo de hablar de éste? — ¿Cómo pasa las noches Lorenzo?

LECCIÓN XVIII.

Los gallos peleadores.

He aquí un cuento de dos gallos tontos, que siempre se peleaban.

Tú no te peleas, ¿no es verdad?

Me alegro mucho; pero si conoces algún muchacho peleador, refiérele este cuento.

Había una vez una gallina que tenía una porción de pollitos. La buena madre cuidaba á sus hijitos con el mayor esmero; les buscaba alimento durante el día, y de noche, lo mismo que cuando hacía frío, los recogía amorosamente bajo sus alas.

Los pollitos eran todos buenos, con excepción de dos gallitos que no perdían ocasión de pelearse. Apenas salidos de la cáscara empezaron á picarse; y una vez grandecitos se peleaban hasta cubrirse de sangre. Si uno encontraba un grano de maíz, el otro se lo disputaba. Nunca tenían el aspecto decente, porque sus plumas se despedazaban y ensuciaban con las riñas repetidas. Se picaban los ojos con tanta furia, que se hallaban casi ciegos.

La vieja gallina á menudo les decía que era muy feo pelearse así. Ellos, sin embargo, no hacían caso.

Un día, estos dos gallos tuvieron una riña feroz. El más grande, que se llamaba *Poco*, lo derrotó al otro, lo corrió y lo echó fuera del corral.

El gallo vencido se alejó del lugar en que estaba su adversario y se ocultó entre unas yerbas. Sentíase avergonzado de su derrota y juró vengarse; pero no se animaba á tomar venganza por sí mismo, porque no se consideraba bastante fuerte.

Después de mucho pensar salió de su escondite, se fué á la casa de un zorro muy astuto que vivía cerca, y le dijo: « Señor zorro, venga Vd. conmigo: le mostraré dónde hay un gallo gordo para que me haga el favor de comérselo. »

El zorro aceptó con mucho placer la invitación, porque estaba hambriento. — « Sí, contestó; iré con todo mi corazón, y le prometo no dejar ni una pluma del gallo gordo. Vamos y muéstreme Vd. dónde se encuentra. »

Al anoecer se pusieron ambos en camino, y el gallo vengativo le mostró á su compañero el lugar en que estaba el pobre *Poco*. En el acto el zorro se lanzó sobre éste, le quebró el pescuezo y se lo engulló en cuatro bocados. El hermano estuvo presenciando la ejecución con mucha complacencia; y cuando vió que

no quedaba ni una pluma de su enemigo, cantó con gran satisfacción.

Pero, una vez concluída la tarea, el zorro dijo entre sí: « *Poco* estaba muy sabroso, mas yo tengo hambre todavía; » y lanzándose sobre el gallo vengativo, se lo tragó en un dos por tres.

Ejercicio de significación.

¿De qué trata esta lección?—¿Qué dice de los dos pollitos?
—¿Qué sucedió un día?—¿Qué hizo el gallo vencido?—¿Qué hizo el zorro?—¿Qué ocurrió?

LECCIÓN XIX.

Un buen modo de cazar pajaritos.

FEDERICO. — Papá: ¿me quieres comprar una jaula?

PADRE. — ¡Una jaula, Federico! ¿Para qué quieres una jaula?

FEDERICO. — La quiero para poner mi pajarito.

PADRE. — ¡Tu pajarito! No sabía que tuvieses ninguno.

FEDERICO. — No tengo todavía, pero voy á tener uno.

PADRE. — ¿Cómo?

FEDERICO. — ¡Oh! yo sé. Ildefonso Díaz me ha enseñado un modo muy bueno de cazar pájaros, y lo voy á usar. Te cazaré uno, si quieres, papá.

PADRE. — No, mi hijito; me falta tiempo para ocuparme en cuidar pájaros, y tengo, además, duda sobre si será bien hecho encarcelar á esos pobres animalitos. Pero abrigo curiosidad por saber cómo vas á manejarte para cazar tantos como tú te imaginas. Yo he creído siempre que no era cosa muy fácil.

FEDERICO. — ¡Ah! es muy sencillo, papá. No hay más que acercarse á los pajaritos y echarles sal en la cola.

PADRE. — Bien: y ¿qué sucederá entonces?

FEDERICO. — Que el pájaro quedará cazado: ya lo ves.

PADRE. — No, no veo semejante cosa.

FEDERICO. — ¿Por qué, papá? Es tan seguro como un tiro. Ildefonso Díaz me ha dicho que si yo me acerco lo bastante para poder echarle la sal en la cola, el pajarito no se moverá ni una pulgada y quedará como muerto. Ahora, ya sabes cómo se hace la operación.

PADRE. — ¿Ildefonso Díaz ha cazado pájaros alguna vez de esa manera?

FEDERICO. — No ; pero dice que él sabe que se hace así.

PADRE. — Á ver, Federico, date vuelta, y deja que te ponga un poco de sal en el faldón de tu saco, para ver si eso impide que corras.

FEDERICO. — ¡ Oh ! papá. Tú sabes que eso no puede suceder, á menos que tú me agarres el faldón.

PADRE. — Pues bien : ya tienes el secreto para cazar pájaros.

FEDERICO. — ¿ Cómo ? Yo no veo secreto alguno.

PADRE. — Si me pongo bastante cerca de tí para poder echarte sal en el faldón del saco, puedo de la misma manera agarrarte y apoderarme de tí.

FEDERICO. — Ya comprendo ahora. Si puedo acercarme tanto al pajarito que me sea posible echarle sal en la cola, puedo también agarrarlo de una vez con mis manos.

PADRE. — Eso es, mi hijito ; pero, para que eso pueda ocurrir, ya emplees sal, pimienta ó azúcar, es esencial una cosa.

FEDERICO. — ¿ Qué cosa ?

PADRE. — Que el pajarito, al verte, permanezca quieto y no salga volando. ¿ Cuántas jaulas quieres que te compre ?

FEDERICO. — ¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja ! Ahora no las necesito.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Cómo pensaba Federico cazar pajaritos?—¿Qué le había dicho Ildefonso Díaz?—¿Cuál era el verdadero secreto?— Para obtener resultado ¿qué es esencial?

LECCIÓN XX.

El caminante y la mula de alquiler.

Harta de paja y cebada
Una mula de alquiler
Salía de la posada,
Y tanto empezó á correr,
Que apenas el caminante
La podía detener.
No dudó que en un instante
Su media jornada haría;
Pero algo más adelante
La falsa caballería
Ya iba retardando el paso.
¿Si lo hará de picardía? . . .

¡Arre! . . . ¿te paras? . . . Acaso
Metiendo la espuela . . . Nada.
Mucho me temo un fracaso . . .

Esta vara, que es delgada . . .
Menos . . . Pues este aguijón . . .
Mas ¿si estará ya cansada?

Coces tira . . . y mordiscón:
Se vuelve contra el jinete . . .
¡Oh qué corcovo, qué envión!

Aunque las piernas apriete . . .
Ni por esas . . . ¡Voto á quién!
Parrabás que la sujete . . .

¡Por fin dió en tierra! . . . ¡Muy bien!
¿Y eras tú la que corrías?
¡Mal muermo te mate, amén!

No me fiaré en mis días
De mula que empiece haciendo
Semejantes valentías.

Después de este lance, en viendo
Que un autor ha principiado
Con altisonante estruendo,

Al punto digo: ¡Cuidado!
¡Tente, hombre, que te has de ver
En el vergonzoso estado
De la mula de alquiler!

(IRIARTE.)

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta fábula?—¿Qué hizo la mula al salir de la posada?—¿Qué ocurrió después?—¿De qué medio se valió el jinete para hacerla andar?—¿Con qué resultado?—¿Qué dicen los últimos versos?

LECCIÓN XXI.

¡Están verdes!

Pasaba una vez un zorro muy sediento por un jardín, y observó unas hermosas uvas que colgaban de un zarzo.

El zarzo estaba muy alto; de manera que el zorro no podía alcanzar la exquisita fruta. Saltó distintas veces, dió vueltas por diferentes lados, y ensayó variados medios para tomar un racimo; pero todo fué en vano. No pudo satisfacer su deseo.

Al fin, cansado de esfuerzos infructuosos, se alejó del parral, diciendo entre sí: « No importa; estas uvas no sirven para nada: están verdes. Aunque se hallaran en el suelo, yo no las recogería. »

Algunas veces los niñitos y las niñitas obran de la misma manera que el zorro. Si desean alguna cosa que han tratado de obtener inútilmente, y notan que otro la consigue, ellos dicen que no sirve para nada, y que no la tomarían aunque pudiesen.

Teresa Bota era una niña envidiosa. Había estado tratando de conseguir un premio que la maestra había ofrecido al alumno que estuviese á la cabeza de la clase en día señalado.

Habiendo Leoncio Pérez ganado el premio, Teresita le dijo despechada: «Tú estás muy orgulloso porque has recibido el premio; pues yo no lo habría tomado si la maestra me lo hubiese dado.»

Al conducirse de esta manera y al expresarse así, Teresa Bota obraba del mismo modo que el zorro de las uvas.

Ejercicio de significación.

¿De qué trata esta lección?—¿Qué notó el zorro?—¿Qué hizo?—¿Qué dijo el zorro al alejarse del parral?—¿Qué dice de algunos niñitos?—¿Qué dice de Teresa Bota?—¿Qué sucedió?—¿Qué dijo Teresa?—¿Qué dice el último párrafo?

LECCIÓN XXII.



Lo que dicen las láminas.

¿No es ésta una linda lámina?

¡Qué hermosa, qué fresca, qué noble es la cara del niño! ¡Qué brillantes son sus ojos! Su cabello es suave y rizado. ¡Qué redondos son sus brazos! Son tan blancos como el papel.

Este niño es ciertamente una exacta representación de la belleza y de la salud infantiles. Su rostro franco y honrado nos revela que es feliz. ¡Qué bien podemos

leer en su cara! Sus padres deben de ser muy bondadosos y han de amarlo mucho.

Y el joven desconocido que toma bondadosamente la mano del niño, ¿no tiene también un hermoso rostro? Le habla con amabilidad al niño. Eso se conoce en su cara. Podemos fácilmente suponer que le está dirigiendo palabras cariñosas. No tiene, á la verdad, una expresión de enojo ó resentimiento. Su cara demuestra que es un joven bueno.

¿Y qué estación del año supones que es? ¿Es verano ó invierno? ¿Cómo puedes saberlo? ¿Tiene el paisaje apariencia de frío y tristeza?

Si hiciera frío ¿estaría descalzo el niño? ¿Tendría los brazos desnudos? ¿Estaría sin sombrero ó gorra? ¿Habría hojas y flores á su alrededor? ¿Tendría el niño una cara tan alegre y placentera?

¿Has oído decir alguna vez: estoy *tiritando*? ¿Cuándo se dice que uno *tirita*?

¿Tiene el niño la apariencia de una persona que está temblando de frío? Su cara alegre revela, por el contrario, que domina la estación de verano.

¡Con qué claridad nos hablan las láminas cuando están bien hechas! ¡Cuánto nos dicen! ¡Cuánto pueden enseñarnos, si las examinamos con detención! Ellas nos refieren toda una historia, y lo hacen de tal manera, que siempre nos interesan. Lo que vemos en

ellas es como si estuviese ocurriendo en nuestra presencia, ó como si lo estuviésemos leyendo; y lo que vemos nunca se nos olvida.

Niños: estudiad bien todas las láminas y cuadros que veáis, y aprenderéis muchas cosas. Haced todas las preguntas que podáis sobre ellos, y tratad de encontrar las respuestas.

Ejercicio de significación.

¿De qué trata esta lección?—¿Qué dice de la cara del niño?—¿Qué dice del joven?—¿Qué dice de la estación?—¿Qué de las láminas?—¿Qué recomendación hace á los niños?

LECCIÓN XXIII.

El verdadero valor.

Un día pasaban tres muchachos por delante de una Escuela. El mayor de ellos era malo y travieso, amigo de hacer daño y de trastornarlo todo. El menor, de nombre Jaime, era un excelente niño. Siempre le gustaba obrar bien; pero no tenía bastante energía. Los otros se llamaban Enrique y Esteban.

En la ocasión á que nos referimos se trabó entre ellos el siguiente diálogo:

ENRIQUE.—¡Qué bueno sería tirar una piedra á la puerta de la Escuela para hacer saltar de sorpresa al maestro y á sus discípulos!

ESTEBAN.—El que saltaría serías tú. Si el maestro no te agarraba y te daba unos azotes, le contaría la diablura á tu padre, quien te haría saltar más alto que tú al maestro y á los niños.

ENRIQUE.—¡Qué! tendríamos tiempo de correr antes que el maestro llegase á la puerta y pudiera vernos y conocernos. Aquí hay un buen cascote. Tómalo, Jaime, y lánzalo contra la puerta de la Escuela.

ESTEBAN.—Sí, dáselo á Jaime. Te apuesto á que no se atreve á tirarlo.

ENRIQUE.—¿Crees acaso que Jaime es un cobarde? Tú no lo conoces tan bien como yo. Toma, Jaime, toma el cascote y pruébale á Esteban que tú no eres un *flojo* como él piensa.

JAIME.—Yo no tengo miedo de tirarlo, pero no quiero hacerte el gusto. Para mí el hecho no tendría nada de bueno ni de gracioso.

ENRIQUE.—¡Cómo! Jaime, ¿te estás volviendo un

cobarde? Yo creía que tú no tenías miedo de nada. Toma, salva tu honor. Yo sé que no tienes miedo.

JAIME. —Bueno, voy á probarte que no tengo miedo. Dame el cascote.

¡Bum! hizo el proyectil en la puerta de la Escuela, y todos los muchachos echaron á correr.

Enrique iba riéndose á carcajadas por haber *hecho zonzo* á Jaime.

La picardía se descubrió y éste recibió un buen castigo por su tontería.

Jaime había sido *tan cobarde*, que había tenido miedo de que le llamasen *cobarde*. No se había animado á dejar de hacer lo que Enrique le aconsejaba, por temor de que se riesen de él.

Si realmente hubiera sido un muchacho valiente, le habría dicho á su mal compañero: « Enrique, ¿crees tú que soy tan tonto para tirar la piedra sólo porque tú quieres que lo haga? Pues te equivocas: tira tú mismo todas las piedras que se te antoje. »

Enrique quizás se habría reído de él; quizás le habría llamado cobarde, esperando inducirlo así á que hiciese la travesura; pero Jaime podía haberle dicho: « ¿ Crees tú que á mí me importa algo tu risa? Yo sé que no es bueno arrojar la piedra, y jamás haré nada que juz-

gue malo, aunque todo el pueblo se junte para reirse de mí.»

Esto habría constituido un acto de *verdadero valor*, y Enrique habría comprendido, una vez por todas, que de nada sirve reirse de las personas que tienen un corazón enérgico.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Qué le propuso Enrique á Jaime?—¿Qué contestó éste?—¿Qué dijeron sus compañeros?—¿Qué hizo Jaime entonces?—¿Qué sucedió?—¿Qué debía haber hecho Jaime?—¿En qué consiste el verdadero valor?

LECCIÓN XXIV.

Las naranjas.

Honorio era un niño de muy buenas inclinaciones, pero dió en juntarse con varios muchachos pillos.

El padre procuró cortar sus peligrosas amistades; mas sus esfuerzos fueron vanos. Honorio no hizo caso de sus consejos, porque, según decía, sus amigos eran

buenos, y si no lo fueran, por el trato con él se corregirían.

El anciano, que deseaba convencer á su hijo,

Estando ausente el joven, llenó un cesto
De hermosas, delicadas
Naranjas, tan doradas y tan bellas,
Que parecían de oro ricas pellas.
Entre ellas, dos ó tres puso el anciano
Ex profeso, que ya descoloridas,
Anunciaban estar dentro podridas,
Y entregó el cesto al joven. Éste, ufano
De tal regalo, comenzó á mirarlas,
Y, viéndolas que ya iban á perderse,
« Padre (exclamó de sentimiento lleno),
¿No mira usted que van á corromperse
Todas las buenas? ¿para qué mezclarlas?
Así se volverán todas veneno. »
« No (dice el padre), tu temor es vano;
Verás todas las malas componerse
Con el suave aroma de las buenas. »
« Al contrario, señor; lo que está sano
Se pudrirá (repuso el desbarbado)
Al lado de estas tres que están dañadas. »

Resuélvese por fin, á duras penas,
Á guardarlas un tiempo limitado.

Coge el padre una llave; y encerradas
Las deja hasta que el tiempo suficiente
Para lograr su intento haya pasado.
Parece un siglo al joven impaciente.
Llega, en fin, el instante suspirado;
Dale el padre la llave, él se apresura;
Apenas puede hallar la cerradura:
Abre por fin y encuentra, ¡oh vista horrible!
Todo hecho una confusa podredumbre.
Lleno de pesadumbre
Murmura de su padre y se lamenta;
« ¿No le dije (exclamó) que era imposible
Que así quedase sana ni una sola?
Pero usted de mi dicho no hizo cuenta. »
« Sosiégate (le dice), hijo de mi alma;
Tu sentimiento calma:
Si yo de tus prudentes reflexiones,
Tocante á las naranjas, no hice aprecio,
Tú, con igual desprecio
Trataste mis consejos y razones,
Cuando pronostiqué que llegaría
Tiempo en que tus amigos corrompiesen
Tu pureza en su mala compañía.
Esta fruta perdida es fácil cosa
Resarcirla con otra más hermosa;
Mas si en tu corazón se introdujesen

Los vicios, y mancharan tu inocencia,

¡Cuál mi dolor sería!

¡Cómo desgracia tal remediaría! »

Esto bastó para que comprendiera

El joven el enigma y la advertencia;

Y este lance instructivo

Fué antídoto y total preservativo

Para que de los malos siempre huyera.

El ejemplo á vosotros se dirige,

¡Oh jóvenes! Grabad esta importante

Máxima en la memoria,

Que está harto acreditada por la historia:

Rara vez el malvado se corrige

Aunque trate con buenos; y es constante

Que siempre el bueno se pervierte y daña

Cuando con los malvados se acompaña.

(Escotquiz.)

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Qué dice de Honorio?—¿Qué de su padre?—¿Qué hizo éste?—¿Qué observó aquél sobre la colocación de las naranjas malas con las buenas?—¿Qué le contestó el padre?—¿Qué resultó?—¿Qué exclamó el joven?—¿Qué le replicó el anciano?—¿Qué efecto produjo sobre el hijo?—¿Qué máxima deben grabar los jóvenes en la memoria?

LECCIÓN XXV.

El negro.

Se hallaba una mañana un señor en la puerta de su casa, cuando se aproximó á él un negro de humilde traza, y le pidió un jarro de agua.

El señor le contestó : — « No tengo agua para tí, negro vago ; vete. »

Después de mirar un momento al señor, el pobre moreno siguió su camino hasta que encontró una caritativa mujer que satisfizo su sed.

Pasado algún tiempo, el señor, que era muy aficionado á la caza, salió una vez á cazar y se alejó tanto de los parajes conocidos, que se extravió, sin acertar á tomar el rumbo de su casa.

Caminando de un lado á otro descubrió un humilde rancho de barro, y se acercó á él para pedir informes sobre el lugar en que se encontraba.

Un negro, á quien vió allí, le dijo : — « El paraje en que Vd. se halla, dista mucho de su casa. Vd. no podrá llegar á ella esta noche ; pero si Vd. quiere permanecer aquí hasta mañana por la mañana, yo le daré alojamiento con placer. »

El amable ofrecimiento fué aceptado. El hombre de color preparó una modesta comida para su huésped, y le hizo una cama con cueros de carnero para que pasase la noche en ella.

Á la mañana siguiente, el mismo negro condujo al señor hasta el camino de su casa.

Una vez en él, se paró el negro delante del señor, y mirándolo con atención le preguntó si no lo conocía.

— Me parece que lo he visto alguna vez á Vd., pero no sé dónde, fué la contestación.

— Sí, dijo el moreno; Vd. me vió una vez en la puerta de su casa. Voy á darle ahora un consejo: Si en lo futuro algún pobre negro, cansado, hambriento y sediento, se acerca á Vd. para pedirle un jarro de agua, no le conteste Vd.: « Vete, negro vago. »

Ejercicio de significación.

¿De quién habla esta lección?—¿Qué le contestó el señor al negro?—¿Qué hizo éste?—¿Qué le sucedió algún tiempo después al señor?—¿Qué conducta observó el moreno?—¿Qué le preguntó al señor en el momento de ponerlo en su camino?—¿Qué contestó el señor?—¿Qué dijo entonces aquél?

LECCIÓN XXVI.

¡Cuidado con el primer trago!

— Tío Felipe, el día está muy hermoso: ¿quiere usted que salgamos á dar un paseo?

— Con mucho gusto. Voy á tomar el sombrero y el bastón y te llevaré á pasear. En el camino te contaré una historia. ¿Conoces al pobre viejo Juan Luque?

— ¡Si lo conozco? Ya lo creo, tío Felipe: todo el mundo lo conoce. Es un bebedor sempiterno, que pasa su vida embriagándose.

— Bien: pues yo lo he conocido desde que ambos éramos niños. No había entonces un muchacho más decente y de mejor conducta.

Después que salió de la Escuela, habiendo fallecido su padre, fué colocado en un almacén de la ciudad. Allí se relacionó con malos compañeros. En lugar de emplear sus noches en leer, las pasaba en cafés, bailes y comidas. Pronto aprendió á jugar á la baraja, y á jugar por dinero. Perdió más de lo que podía pagar.

Le escribió entonces á su madre refiriéndole sus pérdidas. Ella le mandó una cantidad de dinero para

pagar las deudas contraídas, pero le ordenó que regresase á su casa.

Juan obedeció. Todavía podía ser útil y feliz, porque sus amigos estaban dispuestos á perdonar y olvidar sus faltas.

Durante algún tiempo las cosas marcharon bien. Se casó Juan con una buena mujer, abandonó sus malos hábitos y empezó á recobrar su buena fama.

Pero una cosa, niño, una sola cosa lo perdió para siempre. En la ciudad había aprendido á tomar bebidas fuertes. Me acuerdo que solía decirme: « Cuando un hombre empieza á beber, no sabe cuándo concluirá; » por eso, agregaba, « ¡cuidado con el primer trago! »

Muy poco tiempo después, sin embargo, Juan cayó en su viejo hábito. Conocía el peligro, pero no podía resistir á la tentación de beber. Bebía, y bebía mucho.

Su pobre madre murió de pena y de vergüenza. Su bondadosa mujer no tardó en seguirla al sepulcro.

Juan perdió el respeto de todos y llegó á ser un objeto de burla para la gente.

Anoche recibí una carta de la ciudad, en que me dicen que Juan Luque, acusado por delito de robo, ha sido condenado á cinco años de prisión.

Es horrible pensar en el fin que ha tenido ese hombre.

¡ Ah! mi querido sobrino, cuando el tío Felipe no

exista, recordad que él os contó la historia de Juan Luque, y decíais siempre á vos mismo: *¡Cuidado con el primer trago!* Si respetáis el consejo, podéis estar seguro de no llegar á ser jamás un borracho.

Ejercicio de significación.

¿Quién era Juan Luque?—¿Qué vida hacía en la ciudad?—
¿Qué le sucedió?—¿Qué le perdió?—¿Qué solía decir al tío Felipe?—Así mismo, ¿qué le ocurrió?—¿Qué dicen los últimos párrafos?

LECCIÓN XXVII.

Las madres.

Recuerdo muy bien el cuartito que yo tenía cuando era chico.

Por la ventana se veía el campo con sus árboles y sus blancas casitas, el río con sus botes y sus grandes buques, y el camino casi siempre transitado por numerosos carros, coches, hombres á pie y á caballo.

Las paredes de mi cuartito eran blancas y limpias.

Yo tenía una pequeña cómoda, y encima de ella un florero, en el que había siempre una fresca y olorosa rosa, puesta por quien no tenía más goce que llamarme su hijo, ni más aspiración que hacer de mí un hombre honrado y feliz.

¡Con qué empeño cuidaba ella mi pequeña habitación! ¡Qué limpias estaban siempre las ropas de mi cama! ¡Qué puro el aire! ¡Qué brillante el espejito en que acostumbraba á mirarme para arreglarme el cabello! ¡Qué limpio el cajón de mis libros! Y éstos ¡qué bien ordenados!

Todas las noches, cuando ella pensaba que yo estaba dormido, penetraba en mi cuartito, se sentaba en la cama á mis pies, ó se paraba delante de mí, y rezaba, casi sin mover los labios, para pedirle á Dios que me diese salud y felicidad.

Algunas veces yo me despertaba en ese momento, y encontrándola á mi lado, le decía: « Mamá, ¿por qué estás aquí? ¿por qué no duermes? debe de ser muy tarde; » y ella me respondía: « Quise ver si dormías tranquilo, si tus sueños eran alegres. ¡Buenas noches, mi hijito! » — « ¡Buenas noches, mamá! »

¡Ah! ¡cuánto les debemos á nuestras madres por los cariños que nos prodigan, por los cuidados que tienen con nosotros! Yo no supe hasta después que perdí á la mía, todo lo que valía. ¡Cómo sentí entonces las pala-

bras ásperas que algunas veces le dirigí, todas las molestias y todos los desagradados que le causé! ¡Con cuánto placer, con cuánta alegría la habría visto volver á la vida, para caer de rodillas á sus pies, pedirle perdón y decirle que no creyese perdido su amor; que sólo el pensar en él sería siempre para mí el mayor de los goces!

Ejercicio de significación.

¿De quién habla esta lección? — ¿Qué recuerdo yo muy bien?
— ¿Cómo era mi cuartito? — ¿Qué hacía mi madre? — ¿Qué dice el último párrafo?

LECCIÓN XXVIII.

Mi madre.

¿Quién me crió abrigado al blando pecho
Y me guardó en sus brazos el reposo,
Menudeando su beso cariñoso?

Mi madre.

Cuando huyó de mis párpados el sueño,
¿Quién lo halagó con dulce cantinela?
¿Quién me meció por dilatada vela?

Mi madre.

¿Quién sentada palpó mi cabecilla,
Mientras dormido en mi mullido lecho,
Con su llanto de amor bañó mi pecho?

Mi madre.

¿Quién á mi tierno labio la plegaria
Enseñó con el nombre de Dios santo,
Y de la alta virtud el dulce encanto?

Mi madre.

Y ¿cómo podré nunca desprenderme
Del entrañable y celestial cariño
Que mostraste conmigo cuando niño,

Mi madre?

No cabe, no, tal yerro en la alma mía,
Y si Dios me da vida dilatada,
De tanto afán has de quedar premiada,

Mi madre.

Si anciana estás, y cana, y desvalida,
En mi brazo tendrás apoyo fuerte
Contra todas las iras de la suerte,

Mi madre.

Y al doblegar tu lánguida cabeza,
Verás cuál vuela mi amoroso pecho,
Bañando en llanto tu sagrado lecho,
Mi madre.

Ejercicio de significación.

¿De quién hablan estos versos? — ¿Qué dice el primer verso? — ¿Qué hacía mi madre mientras dormía yo? — ¿Qué me enseñaba? — ¿Podré desprenderme del recuerdo de sus cariños? — ¿Qué haré si Dios me da vida dilatada? — ¿Qué dicen los últimos versos?

LECCIÓN XXIX.

La huerta descuidada.

TEODORO. — Papá, no tengo gana de ir á la Escuela. Yo quisiera quedarme hoy en casa. El padre de Avelino Torto no obliga á éste á ir á la Escuela.

PADRE. — Dame la mano, Teodoro; ven conmigo. Deseo mostrarte una cosa en nuestra huerta. ¡Mira qué bien han crecido estas arvejas! ¡qué lozanas

se hallan! ¿te parece que tendremos una buena cosecha?

TEODORO. — ¡Oh! sí, papá. No hay un solo *yuyo* al rededor de ellas; y esas pequeñas cañas y ramas secas elevadas en el suelo, sostienen las plantas, permitiéndoles desarrollarse con toda amplitud.

PADRE. — Pues bien: crucemos ahora la calle para observar el estado en que se hallan las plantas del señor Torto, á través de una abertura que hay en el cerco de su huerta. Dime, mi hijo: ¿qué piensas de las arvejas de nuestro vecino?

TEODORO. — ¡Oh! papá, nunca he visto unas arvejas de más triste apariencia. No tienen cañas ni ramas en que enredarse, y los yuyos están casi tan altos como las mismas plantas. Seguramente no producirán gran cosa.

PADRE. — ¿Por qué no están ellas tan bien como las nuestras, Teodoro?

TEODORO. — Porque se les ha dejado crecer á su antojo. Yo presumo que el señor Torto las plantó y se olvidó después de ellas. Ni ha sacado los yuyos, ni ha tratado de hacerlas crecer derechamente.

PADRE. — Ésa es la verdad, mi hijo. — Las huertas y los jardines se cubren muy pronto de yuyos y zarzas si no se cultivan con el mayor cuidado. Las mentes de los niños son como las huertas y jardines,

con la única diferencia de que deben ser atendidas con más esmero. Si tú, mi hijo, no fueras nunca á la Escuela, y si no se sembraran en tu inteligencia las buenas semillas de la instrucción, tu mente llegaría á ser como la tierra abandonada del señor Torto, en vez de ser como la de mi huerta. ¿Te parecería bien que yo abandonara mi jardín como el señor Torto ha abandonado el suyo?

TEODORO. — No, papá. Tu jardín es muy lindo, y el del señor Torto no sirve para nada.

PADRE. — ¿Crees entonces que sería bien hecho que yo descuidase la instrucción de mi hijo como el señor Torto descuida la del suyo, y dejara que tu mente se cubriera de yuyos? Yo te envío á la Escuela para que el jardín de tu mente reciba buenas semillas, y para que esas semillas germinen y crezcan bien, produciendo una buena cosecha. Ahora, dime: ¿qué prefieres? ¿quedarte en casa y dejar que tu cerebro se cubra de yuyos, ó ir á la Escuela, para que sea bien cultivado?

TEODORO. — Prefiero, sin duda, ir á la Escuela; y yo no volveré á pedirte jamás que me permitas faltar á mis clases. Pero, papá, ¿la mente de Avelino Torto está cubierta de yuyos?

PADRE. — Temo que así sea. Si ya no lo está, seguramente lo estará pronto, si su padre sigue tole-

rando que no asista á la Escuela. Para un niño no ir á instruirse es una gran desgracia, y yo espero que así lo reconocerás tú.

Ejercicio de significación.

¿De qué habla esta lección?—¿Qué quería Teodoro?—¿Qué hizo el padre?—¿Qué impresión le produjo á aquél la huerta de su padre?—¿Qué impresión le causó la huerta del señor Torto?—¿Qué comparación hizo el padre?—¿Qué sucede cuando los niños no se instruyen?—¿Qué prefirió Teodoro?

LECCIÓN XXX.

La honradez.

Quintín era un muchacho honrado, pero Aniceto era un pillo.

Quintín no tomaba jamás nada que no le perteneciera. Aniceto, por el contrario, era amigo de apoderarse de las cosas ajenas; y cuando alguna vez hallaba un objeto perdido, se quedaba con él.

Una mañana de verano, al ir á la Escuela, Quintín

encontró, cerca de la estación del Ferrocarril Central á un hombre que vendía duraznos en unas árganas. El vendedor, que deseaba detenerse á almorzar, preguntó al niño si quería cuidarle el caballo mientras él entraba á la fonda.

Quintín aceptó la propuesta, porque no era todavía hora de empezar las clases.

Al llegar á la fonda, el vendedor preguntó al fondero si conocía á Quintín.

« Sí, lo conozco hace mucho tiempo, y sé que es incapaz de robar á nadie. Todos los vecinos saben que es un niño honrado. Yo puedo garantizarle á Vd. que sus duraznos estarán en manos seguras. »

El frutero entregó entonces á Quintín la brida de su caballo y penetró en la fonda á tomar su desayuno.

Un rato después pasó Aniceto por el lugar, y al ver á Quintín le preguntó qué hacía y qué había dentro de las árganas. Quintín le contestó que estaba cuidando el caballo del frutero y que las árganas contenían duraznos.

Al oír esto, Aniceto resolvió apoderarse de un durazno. Acercándose al caballo, levantó la tapa de una de las árganas, metió la mano y sacó uno de los más hermosos, disponiéndose á continuar su camino. Pero Quintín, deteniéndolo, le dijo: « Aniceto, no te permito que lleves ese durazno, ni ningún otro; déjalo. » —

« No quiero, contestó Aniceto; y como yo soy más fuerte, haré lo que se me antoje. » — « Te equivocas, » replicó Quintín, y precipitándose sobre el muchacho ratero, le arrebató el durazno y lo arrojó dentro de las árganas.

Aniceto entonces dió vuelta por el otro lado del caballo para meter la mano en la otra árgana; pero como al hacerlo se detuviese muy cerca de las patas traseras del animal, éste le tiró un par de coeces y lo lanzó á dos ó tres varas de distancia.

Á sus gritos salieron varias personas de la fonda, y cuando supieron lo ocurrido, todos á una voz dijeron que Aniceto había recibido su *merecido*.

El frutero, por su parte, tomando el sombrero de Quintín, lo llenó de duraznos, y dijo al niño que se los daba por su fidelidad y honradez.

Ejercicio de significación.

¿Qué era Quintín y qué Aniceto? — ¿Á quién encontró Quintín? — ¿Qué le preguntó el frutero? — ¿Qué sucedió? — ¿Qué hizo Aniceto? — ¿Qué le ocurrió? — ¿Qué pena tuvo? — ¿Qué premio recibió Quintín?

LECCIÓN XXXI.

El pobre soldado.

SOLDADO. — Venga Vd. para acá, amiguito; quiero hablar con Vd.

BRUNO. — Está bien: ¿qué quiere Vd.?

SOLDADO. — ¿Sabe Vd. leer?

BRUNO. — Sí, sé leer toda clase de escrituras impresas y manuscritas.

SOLDADO. — Pues si Vd. sabe leer, me puede prestar un gran servicio. Tengo una carta desde esta mañana, y no he podido saber lo que dice, porque no sé leer.

BRUNO. — ¿Y por qué no ha pedido Vd. antes á otra persona que se la leyese?

SOLDADO. — Le pedí á un muchacho más grande que Vd., y se rió en mi cara.

BRUNO. — Pues yo tendré mucho gusto en servirlo.

SOLDADO. — Le pedí también á un hombre que me la leyese, y me contestó que yo debía de ser un estúpido, cuando no había sido capaz de aprender á leer.

BRUNO. — No debía haberle dicho semejante cosa. Vd., sin duda, no tuvo la suerte de poder aprender á leer en su niñez.

SOLDADO. — ¡Ah! no. En el lugar en que yo vivía no había Escuelas; y mis padres eran unos pobres paisanos que no sabían más que cuidar vacas y ovejas, única cosa que yo aprendí.

BRUNO. — ¿Quiere Vd. entonces que le lea la carta?

SOLDADO. — Sí, léamela. Aquí la tiene.

BRUNO. — La carta dice: « Mi querido Anastasio: He visto á tu mujer y á tus hijos, que están muy buenos. Cuando vaya á Montevideo te contaré muchas cosas. — Tu amigo, *Ventura.* »

SOLDADO. — ¡Ah! ¡qué buena noticia! Hacía mucho tiempo que no sabía nada de mi pobre Carolina y de mis queridos hijitos. Gracias, mi amiguito; muchas gracias. ¿Qué puedo darle por su amabilidad?

BRUNO. — Sus gracias bastan. No le pido más.

SOLDADO. — No, no; Vd. debe tomar al menos esta pequeña piedra que recogí en el Salto cuando estuve con mi batallón.

BRUNO. — ¡Qué linda es! pero mi servicio no lo vale. Yo no puedo tomarla.

SOLDADO. — Pues bien: si no la quiere tomar para Vd., tómela para su madre, y cuando se la entregue dígame de mi parte que un pobre soldado le agradece haber hecho de Vd. un niño culto y bondadoso. Adiós!

BRUNO. — Mil gracias, amigo. Adiós!

Ejercicio de significación.

¿De quién habla esta lección?—¿Qué quería el soldado?—
¿Por qué no le habían leído antes la carta?—¿Por qué no sabía leer?—¿Qué decía la carta?—¿Qué recompensa le dió á Bruno?—
¿Qué contestó éste?—¿Qué dijo entonces el soldado?

LECCIÓN XXXII.

El pavo real y el ruiseñor.

« Cultiva tu entendimiento,
Estudia, Amalia querida,
Porque, al fin,
Es la hermosa sin talento
Pobre flor descolorida
De un jardín. »

Una madre cariñosa
Esto mismo repetía
Veces cien ;
Mas la hija perezosa,
Á su buena madre oía
Con desdén.

Ufana con su hermosura,
Tan alegre hoy saltaba
Como ayer,
Y en el agua clara y pura
De los lagos se miraba
Con placer.

De la niña favorito
Era un gallardo y brillante
Pavo real,
Que, por lo manso y bonito,
Amalia sacó triunfante
Del corral.

Una tarde que, cansada,
Á la margen de una fuente
Se sentó,
Del pavo al ver la azulada
Cola y su cuello esplendente,
Exclamó :

« Échate, hermoso, á mi lado,
Porque te quiere tu ama
Con pasión
¡Calla! ¿pues no está posado
Un pajarillo en la rama
De un llorón?

« ¡Ay, pavito, qué plumaje!
¡Qué patas y qué cabeza!

¡Qué feo es!

¡Y se mece en el ramaje!

Ahora salta con presteza

¿No lo ves? »

En efecto, iba saltando
De rama en rama, el canoro
Ruisseñor.

Y así subiendo y bajando,
Fué á gozar de un sicomoro
El frescor.

Luego, en las hojas perdido,
Comienza con voz subida
Á cantar.

Y Amalia aplicó el oído,
Escuchando embebecida
Su trinar.

« ¡Qué torrente de armonía!
(Dijo Amalia con dulzura.)

¿Será él? »

Y sus ojos dirigía
Á la florida espesura
Del verjel.

El pavo, no muy contento,
Á la niña caprichosa
Se acercó,
Y, por lucir su talento,

Su voz ruda, estrepitosa,
Oír dejó.

Asustada la avecilla,
Del bosque en lo más espeso
Á hundirse va,
Y Amalia, con su sombrilla,
De furor en un acceso,
Al pavo da ;

Mas su madre la contiene
Exclamando : « Amalita,
Ven aquí :
Aquel que hermosura tiene,
De nada más necesita :
¿ No es así ?

Si al pavo castigar quieres,
Por su ninguna ó muy poca
Habilidad,
Preciso es que consideres
Que así condenas tu loca
Vanidad. »

De esa avecilla armoniosa
No olvides, niña, un momento
La lección.

*Pues nada vale la hermosa,
Como no tenga talento
É instrucción.*

(TENORIO.)

Ejercicio de significación.

¿De quién habla esta lección?—¿Qué le repetía cien veces una madre á su hija perezosa?—¿Qué hacía la hija?—¿Quién era el favorito de la niña?—¿Qué hizo una tarde la niña?—¿Qué dijo al pavo?—¿Qué hacía el ruiseñor?—¿Qué ocurrió?—¿Qué hizo Amalia?—¿Qué le dijo su madre?

LECCIÓN XXXIII.

Una buena lección.

Un señor, de cuyo nombre no quiero acordarme, tenía el feo hábito de dejarse llevar por sus arrebatos de cólera. Por el más leve motivo entraba en furor, haciendo cosas que no habría sido capaz de ejecutar en momentos de calma y tranquilidad.

Tenía un sirviente, llamado Prudencio, que jamás daba motivo para que lo retasen, porque era una excelente persona, atenta, puntual y de una conducta moral irreprochable. Así mismo su patrón encontraba siempre faltas por qué reprenderlo con severidad.

Un día, el señor regresó á su casa de muy mal humor, y se sentó á comer.

Ninguna cosa le pareció buena en la comida: la sopa estaba fría; las papas, demasiado calientes; el arroz, ahumado; el asado, crudo.

Hallábase abierta la ventana del comedor.

En un arrebato de ira, el señor tomó la sopera que estaba sobre la mesa, y ¡zas! la lanzó al patio.

Inmediatamente Prudencio, con la más completa calma, agarró un plato, después un pan y por último una botella de vino, y ¡zas! ¡tras! los tiró por la ventana para que hiciesen compañía á la sopera.

El patrón lo miró con aire de sorpresa. — « ¿ Qué significa esa conducta? exclamó; ¿ está Vd. en su juicio? »

Prudencio le replicó: — « Perdón, señor, si he comprendido mal sus deseos; por sus movimientos supuse que Vd. había hecho ánimo de comer en el patio. »

La lección no fué perdida por el hombre colérico. Se sonrió de la ingeniosa reprensión de su sirviente, y desde ese día no volvió á dejarse dominar por sus ridículos transportes de ira.

Ejercicio de significación.

¿ De quién habla esta lección? — ¿ Qué hábito tenía el señor? — ¿ Cómo era el sirviente? — ¿ Qué hizo un día el patrón? — ¿ Qué hizo el sirviente? — ¿ Qué dijo el patrón? — ¿ Qué contestó Prudencio? — ¿ Qué dice el último párrafo?

LECCIÓN XXXIV.

La veracidad.

He conocido á un niño de nombre José María Antúnez. En la Escuela todos le llamaban el *veraz* José María, porque nunca decía mentiras.

Jugando una vez en el patio de la Escuela con un hacha, se le cayó ésta al suelo en el momento en que pasaba por debajo el gatito del maestro. Por casualidad el instrumento pególe en la cabeza al pobre animalito, dejándolo muerto en el acto.

El gatito era muy apreciado por el maestro don Claudio, quien lo mimaba á punto de sentarlo en un almohadón, mientras daba las lecciones.

José María se quedó inmóvil, mirando el cadáver del pequeño animal, sin saber qué hacer. Su cara se encendió de vergüenza y confusión, y sus ojos se cubrieron de lágrimas.

Los muchachos de la Escuela corrieron á rodearlo.

Uno de ellos, acercándose al oído de los otros, dijo: «Ahora vamos á ver, muchachos, si José María no es, como nosotros, capaz de decir una mentira cuando la ocasión lo exige.»

«¿Á que no? exclamó Emilio Llanes, buen'amigo de José María. ¿Á que no? . . . Yo lo garanto. José María es tan firme como el oro.»

Andrés Cota salió del grupo, y tomando el gatito por la cola, dijo: «Miren, compañeros, voy á tirar este animal entre los yuyos del jardín, y cuando don Claudio pregunte por él, le diremos que el perro del carnicero lo mató. El maestro dará fe á nuestro dicho, porque ha de recordar que ese perro lo corrió la semana pasada y le dió un buen tarascón.»

Varios niños consideraron feliz la invención de Andrés Cota; pero José María, mirando á éste con indignación, le dijo: «No, eso sería una mentira, y ¿crees tú que yo soy capaz de faltar á la verdad?» En seguida, quitándole el gatito, y poniéndolo en sus brazos, penetró en el salón de clase. Los otros muchachos lo siguieron.

Don Claudio levantó la cabeza y exclamó: «¿Qué es eso? ¡Mi pobre gatito muerto! ¿Quién ha tenido ánimo para matarlo?»

Todos guardaron silencio durante un rato.

Al fin José María, cabizbajo y confundido, le dijo con voz conmovida: «Señor, yo no soy capaz de decir una mentira. El gatito ha sido muerto por mí. Fué por casualidad, es verdad; pero yo debía haber

sido más precavido. Excuse Vd., señor, mi falta, y crea que lamento mucho lo ocurrido.»

Todos los niños esperaban que don Claudio se enfadara y le aplicara una buena penitencia; pero no fué así. Al contrario, dirigiéndose al niño con una amable sonrisa, le dijo: « José María, tú eres un excelente muchacho. Yo he visto y oído desde la ventana de mi cuarto todo lo que ha pasado, y preferiría perder cien gatos antes que menospreciar un ejemplo tan valioso de verdad y honradez en mi Escuela. Tu mejor recompensa es la satisfacción que debes sentir en tu propia conciencia; pero yo te ruego que aceptes este cortaplumas en señal de mi estimación. »

José María sacó su pañuelo y enjugó las lágrimas que corrían de sus ojos.

Los compañeros no pudieron contener su alegría, y cuando Emilio Llanes exclamó: « ¡Un viva, muchachos, por el veraz José María! » toda la clase prorrumpió en una entusiasta aclamación.

El maestro, entonces, les dijo: « Me alegro, amigos míos, que sepáis aprobar las buenas acciones, aunque tengo miedo que muchos de vosotros no habrían obrado con la rectitud de José María. Que este caso les sirva para comprender que nunca es buena la mentira. »

Ejercicio de significación.

¿De quién habla esta lección?—¿Qué le sucedió un día á José María?—¿Qué pensaban los otros muchachos?—¿Qué dijo Andrés Cota?—¿Qué contestó José María?—¿Qué hizo éste?—¿Qué ocurrió entonces?—¿Qué dijo el maestro?

LECCIÓN XXXV.

El pequeño Chulo y el gigante.

« Voy á contar á ustedes una historia, y una historia verdadera, sobre el pequeño Chulo y el gigante, » dijo el tío Blas á sus sobrinos; pero no han de hacerme ninguna pregunta mientras no concluya.

« El pequeño Chulo era un individuo muy feliz. Todo el día lo pasaba cantando y silbando. Era tan alegre como una alondra, tan animado como una mariposa, y casi no había cosa alguna que lo entristeciese.

« Un día se le ocurrió dar un paseo por un bosque vecino, y se alejó con ese objeto de su casita. Cantando y silbando recorrió el bosque de un lado á otro,

hasta que llegó á un pequeño arroyo, á cuyo borde se detuvo para tomar un poco de agua fresca y cristalina.

« Hallábase en esta operación muy contento, cuando fué repentinamente agarrado, sin saber cómo, y se encontró entre las manos de un gigante, cien veces más grande que él.

« Durante un largo rato, el gigante lo conservó en sus manos, mirándolo con gran deleite. Después lo metió dentro de una bolsa y se lo llevó.

« El pobre Chulo, sorprendido y asustado, hizo todo lo posible para libertarse de su cruel raptor: arañó y trató de rasgar la bolsa; pero el gigante se rió de él y siguió su camino seguro de su presa.

« Al fin, el gigante llegó á su casa, que era muy distinta de todas las que Chulo había visto, porque era un lugar obscuro (al menos así le pareció á él), con altas paredés alrededor, sin árboles ni flores.

« Una vez adentro, el gigante cerró la puerta y sacó de la bolsa á su prisionero. El pobre cautivo pensó que iba á morir en ese momento, porque mirando alrededor, vió un gran fuego en que se asaban dos víctimas, más grandes que él, para la comida de su raptor.

« El gigante, sin embargo, no manifestó intención de matarlo: se limitó á ponerlo dentro de una prisión,

que parecía preparada á propósito, y que era una especie de cuarto obscuro, rodeado de barrotes de hierro.

« Le puso el gigante un pedazo de pan y una copa de agua, y lo dejó adentro, después de cerrar bien la puerta.

« Desesperado por la pérdida de su libertad, el infeliz Chulo metió la cabeza entre los barrotes de hierro y recorrió de un lado á otro su prisión, haciendo esfuerzos extraordinarios por escaparse; pero no pudo lograr su objeto, cayendo rendido por el cansancio y la fatiga.

« Al día siguiente se presentó el cruel carcelero, y notando que el alimento se hallaba intacto, sacó al prisionero de su cárcel, le sujetó la cabeza con sus enormes manos y empezó á embutirle algunos pedazos de pan. El pobre Chulo estuvo á punto de morir sofocado, á consecuencia de ese bárbaro tratamiento, é imaginando que el suplicio se repetiría todos los días, pensó con horror en la comida, á pesar del hambre que tenía.

« Pasaron así dos ó tres días.

« El desgraciado prisionero pensaba en su alegre casita, en sus compañeros, en la claridad del sol, en los árboles, en las flores y en todas las cosas agradables que acostumbraba comer.

« Apareció nuevamente el gigante, y le exigió que

cantase como lo hacía cuando gozaba de libertad y era feliz. « ¡Canta! ¡canta! le decía. ¿Por qué no cantas? » Pero Chulo estaba muy triste y no tenía gana de cantar. ¿Quién puede cantar en una prisión?

« Entonces el gigante se puso furioso, sacó á Chulo de su prisión para obligarlo á cantar; lo sacudió y le apretó el pecho con su gruesa mano, hasta quitarle la respiración. El mártir dió un prolongado quejido, se estremeció y quedó muerto en las manos del gigante. »

— ¡Qué historia tan rara! — dijo Ernesto. — ¿Quién cree en gigantes? No es cierto que haya gigantes y que traten de esa manera á los niños.

— « ¿He dicho yo, acaso, contestó el tío, que Chulo fuera un niño y el gigante un hombre grande? No, no; y voy á decirles quiénes eran: — el pobre Chulo era un *pajarito*, y el gigante un *muchacho perverso*. »

Ejercicio de significación.

¿Qué era el pequeño Chulo? — ¿Qué le ocurrió? — ¿Qué hizo con él el gigante? — ¿Qué hacía para obligarlo á comer? — ¿Qué exigió después el gigante? — ¿Qué sucedió? — ¿Qué dijo Ernesto cuando acabó la historia? — ¿Qué contestó el tío?

LECCIÓN XXXVI.

El concierto de los animales.

Supuesto que respira,
Se hace oír bien ó mal cualquier garganta;
Y en esto no hay mentira,
Pues poco ó mucho, el que resuella canta.
Hablen sino mil animales dichos
Qué dieron un concierto, como muchos,
Y es fama que el sentido
No acompaña á los órganos vocales;
Por lo que ha sucedido
Que en la patria de dichos animales,
Cada cual, presumiéndose asaz diestro,
Gritó: — «Caiga el León: fuera el maestro!»
Cayó la monarquía,
Y en República el reino convirtieron:
— «Vaya una sinfonía
De nuestros triunfos en honor (dijeron);
Cada uno cante cual le venga á mano;
Ya no más director: ¡Muera el tirano!»
Comenzóse el concierto,
Ca-ca-ra-cá, gritando el polli-gallo;

Y al primer desacierto,
Con un relincho contestó el caballo;
A-i-o, a-i-o siguió el pollino;
Pi-pi-pi, el colorín, *ufff* el cochino;
El *mis* y el *marramau*
Cantó el gato montés, cual tigre bravo;
Y con cierto *pau-pau*
Lo acompañaba el indolente pavo;
Formando tan horrenda algarabía,
Que ni el mismo Luzbel aguantaría.
El León destronado,
Viendo el reino en desorden tan grande,
— «Silencio (dijo airado,
Mostrando un arcabuz ganado en Flandes);
El rey va á dirigir: ¡atrás canalla!»
Y al verle cada cual, se amorra y calla.
— «Vuelva á sonar la orquesta
(Siguió el tirano, de Nerón trasunto),
Y ¡ay! de la pobre testa
De aquel que por gruñir me coma un punto.
¿Qué es replicar? No hay réplica ninguna;
Palo ó canción; vamos á ver: *á una.*»
Y la orquesta empezando,
Pi-pi, ca-ca-ra-cá, mis-mis, miau-miau
(Siguió después sonando),
A-i-o, a-i-o, ufff-ufff, pau-pau;

Y tal sonó la música que alabo,
Que el mundo gritó absorto: « ¡Bravo! ¡bravo! »
Fué el concierto, antes loco,
La maravilla, ¡vive Dios! del arte;
Y, aunque gruñendo un poco,
Cada animal desempeñó su parte
Aprendiendo en perjuicio de su testa,
Que sin buen Director, no hay buena orquesta.

(CAMPOAMOR.)

Ejercicio de significación.

¿De qué trata esta fábula?—¿Qué hicieron los animales con el León?—¿Cómo festejaron el triunfo?—¿Cómo salió el concierto?—¿Qué hizo entonces el León?—¿Qué resultó?—¿Qué se deduce de la fábula?

LECCIÓN XXXVII.

Un beso por una bofetada.

Alberto y Catalina son dos hermanitos, que asisten á la misma Escuela.

Alberto tiene nueve años de edad, y Catalina siete.

Ambos se sientan en el mismo banco.

Un día, jugando á la hora del recreo, Alberto enojado le dió á Catalina una bofetada.

Catalina se ofendió y levantó la mano para devolver á su hermano la injuria.

La maestra la vió y le dijo: « Catalina, mejor sería que le diceses un beso á Alberto. »

La niña dejó caer el brazo y miró á la maestra, como diciendo que no comprendía lo que quería significarle.

Nunca había sido enseñada á devolver *bien por mal*. Creía que si su hermano podía golpearla, ella tenía el derecho de golpearlo á su turno.

La maestra la miró bondadosamente y volvió á decirle: « Catalina, es mejor que des un beso á tu hermanito. ¡ Mira qué furioso parece! »

Cuando Catalina, siguiendo la indicación de su maestra, miró á su hermano, y lo vió enfurecido y descompuesto por la ira, afectada por su desgracia, le echó los brazos al cuello y lo besó.

Alberto, que no esperaba una actitud tan noble, experimentó una honda emoción y prorrumpió en desconsolado llanto.

Catalina tomó la punta de su delantal, le enjugó las lágrimas, y trató de consolarlo, diciéndole: « No llores, hermanito; no me lastimaste mucho. » Pero esto

aumentó la pena del niño, porque la bondad de su hermana hacía resaltar más la crueldad de su conducta.

Si Catalina hubiera golpeado á Alberto, éste no habría llorado como lloró, ni habría comprendido su mala acción.

Imitad, pues, niños, el ejemplo de Catalina. Cuando otros os golpeen ú os hagan alguna cosa que juzguéis mala, obrad como Catalina: dad *un beso por una bofetada*. De esa manera dominaréis el mal con el bien.

Ejercicio de significación.

¿Qué dice esta lección sobre Alberto y Catalina?—¿Qué le hizo Alberto á Catalina?—¿Qué hizo ésta?—¿Qué le dijo la maestra?—¿Qué hizo entonces la niña?—¿Qué sucedió?—¿Qué dice la lección al final?

LECCIÓN XXXVIII.

El color del camaleón.

GÓMEZ. — Dígame amigo: ¿ha visto Vd. algún camaleón?

PÉREZ. — Muchas veces; es un pequeño animal rojo parecido á un lagarto: ¿no es verdad?

GÓMEZ. — ¡Rojo! Vd. se equivoca, señor. No es rojo, sino verde.

PÉREZ. — Le digo á Vd. que es rojo. ¿Cree Vd. que he perdido la vista?

GÓMEZ. — No sería una pérdida muy grande, si vale tan poco.

PÉREZ. — Vd. es un grosero, señor.

GÓMEZ. — Si es grosería decir la verdad, yo no tengo la culpa. Le digo á Vd. que el camaleón es verde.

PÉREZ. — Y yo digo que es rojo, so zopenco.

GÓMEZ. — ¡Zopenco? me dice Vd. ¿Qué significa esa palabra? ¡se atreve Vd. á llamarme zopenco?

PÉREZ. — ¡Oh! no tiene Vd. que cerrar el puño. Á mí no me asusta nadie. El animal es rojo, señor; rojo, aunque Vd. se enoje.

GÓMEZ. — Le digo á Vd. que es verde, y muy verde.

PÉREZ. — Pues bien, señor: ahí viene un hombre. Vamos á hacerlo juez de la disputa.

GÓMEZ. — Ese hombre tiene ojos. Estoy seguro de que me dará la razón.

(*Entra Díaz*)

PÉREZ. — Buenos días, señor. Este hombre dice que el camaleón es verde. Yo digo que es rojo. ¿Quién tiene razón?

DÍAZ. — Ninguno de los dos. ¿Dónde tienen Vds. sus ojos, amigos? El camaleón es blanco.

GÓMEZ. — ¡Blanco? ¡qué tontería!

PÉREZ. — ¡Blanco? ¡qué disparate!

DÍAZ. — Sí, señores; y tengo el medio de probar á Vds. mi afirmación. Anoche agarré uno y lo traigo dentro de esta bolsa.

GÓMEZ. — Sáquelo Vd. y verá que es verde.

PÉREZ. — No es verde, sino rojo. Sáquelo Vd.

DÍAZ. — Amigos, están Vds. muy equivocados. Lo aseguro. Si no resulta blanco me comprometo á comerlo.

GÓMEZ. — Le deseo un buen apetito. Abra la bolsa.
(*La abre.*)

PÉREZ. — ¡Es azul! ¡quién lo habría pensado!

DÍAZ. — ¡Azul! No puedo dar crédito á mis ojos.

GÓMEZ. — ¡Azul! ¿Estamos hechizados, ó me hallo bajo la influencia de un sueño?

(*Entra Martínez*)

MARTÍNEZ. — Amigos, he oído la disputa de Vds. y voy á ser juez de ella. Todos Vds. tienen razón; pero lo más extraño es que todos están equivocados también.

GÓMEZ. — ¡Cómo! ¿Qué quiere Vd. decir?

MARTÍNEZ. — Quiero decir que el camaleón cambia de color. Unas veces es verde, otras rojo, otras blanco, y otras, como Vds. ven, azul.

PÉREZ. — ¡Oooh! Si es así, todos nos hemos incomodado y enojado sin motivo.

MARTÍNEZ. — Así es; y que este suceso les enseñe á no ser rudos y groseros cuando una persona difiera en opiniones con Vds. Cuanto más vivo, más me convenzo de que la tolerancia y el respeto á todas las creencias y opiniones es el temperamento más justo y razonable en la vida social.

GÓMEZ. — Amigos, pido á Vds. perdón por las palabras groseras que les he dirigido.

DÍAZ. — Yo dije que me comería el camaleón si no resultaba blanco. ¿Quiéren Vds. eximirme de mi

compromiso? No me haría gracia comer una cosa tan fea y desagradable.

PÉREZ. — Con mucho placer.

GÓMEZ. — Ya lo creo, puesto que habiendo estado todos equivocados, necesitamos perdonar para que nos perdonen.

Ejercicio de significación.

¿De qué trata esta lección? — ¿Qué pensaba Gómez? — ¿Qué Pérez? — ¿Qué sostenía Díaz? — ¿Qué sucedió? — ¿Qué dijo Martínez? — ¿Cómo terminó la disputa?

LECCIÓN XXXIX.

La virtud recompensada.

En la ciudad de Mercedes había un niño que se llamaba Bartolo Pereira.

Una tarde, jugando Bartolo á la pelota, se le escapó ésta y fué á romper casualmente un vidrio en la casa del vecino Gutiérrez.

Nadie había visto tirar la pelota. Por consiguiente,

Bartolo podía haber guardado el secreto de su desventura, si hubiera sido un muchacho malo y cobarde.

El señor Gutiérrez era un hombre áspero, rudo, que acostumbraba regañar á los muchachos cuando cruzaban su terreno ó se acercaban al cerco de su quinta.

Á Bartolo no le gustaba encontrarse con él. Pero tenía más miedo de obrar mal que de arrostrar la cólera del vecino y de toda su familia. Así fué que en el acto se dirigió á la casa de Gutiérrez, y le dijo:— Señor, jugando á la pelota, hace un momento, he roto un vidrio de una de las ventanas de su casa.

— Entonces mandará Vd. un vidriero para que lo reponga, contestó con mal modo el señor Gutiérrez.

— Sí, señor; ése es mi deber, y lo cumpliré inmediatamente.

Sorprendido por la firmeza de Bartolo, el señor Gutiérrez le preguntó si tenía dinero para pagar el vidrio.

— Sí, señor, respondió el niño; tengo un peso que he economizado poco á poco.

— ¿Para qué lo ha estado Vd. economizando? agregó el vecino.

— Para comprarle un quitasol á mi hermanita, replicó Bartolo.

— Bien, amigo, confío en que mi vidrio será re-
puesto.

Bartolo, después de despedirse, salió de la casa de Gutiérrez y se dirigió á buscar un vidriero.

Éste repuso el vidrio roto á entera satisfacción del propietario, mediante el dinero que el niño le entregó.

En la noche de ese mismo día hallábase Bartolo sentado en su cuarto estudiando sus lecciones, cuando sonó el llamador de la puerta de calle, y un sirviente dejó un envoltorio destinado á él.

Bartolo lo abrió, y ¿qué creen Vds. que encontró adentro ?

Encontró un hermoso quitasol de seda, de cuatro ó cinco pesos de valor, con una carta del señor Gutiérrez, que decía: « Acepte Vd. este pequeño regalo, como una muestra del placer que me ha causado su bella conducta. »

El niño corrió á llevar el quitasol á su hermanita, quien tuvo un verdadero arrebato de alegría.

Cuando el padre de Bartolo supo lo ocurrido, lo llamó y le dijo: « Te has portado como un niño honrado; pero te prevengo que siempre debes obrar por amor al bien y no por el interés de las recompensas. »

Bartolo le contestó: « Puedes estar seguro, papá, de que yo no me habría arrepentido nunca de mi acción, aunque el señor Gutiérrez hubiera dejado de recompensarla. »

Ejercicio de significación.

¿Qué le sucedió á Bartolo una vez?—¿Qué era el señor Gutiérrez?—¿Qué hizo, sin embargo, el niño?—¿Qué le dijo al señor Gutiérrez?—¿Qué le contestó éste?—¿Qué replicó Bartolo?—¿Qué hizo después?—¿Qué ocurrió en la noche del mismo día?—¿Qué encontró Bartolo adentro del envoltorio?—¿Qué hizo éste con la sombrilla?—¿Qué le dijo su padre?—¿Qué contestó él?

LECCIÓN XL.

La caridad.

Paseaban dos niños,
Una mañana,
Por la calle contigua
Á sus dos casas,
En cada mano
Llevando de pan tierno
Un gran pedazo,
Cuando al volver la esquina
De aquella calle,
Por la que cáminaban

Hace un instante,
Entrambos vieron
Demandando limosna
Á un pobre viejo.

Al instante, el más joven
De los dos niños
Fué corriendo y llegóse
Donde el mendigo,
Á quien dió el pan
Que en sus manos
Llevaba para almorzar ;
Mientras el otro niño,
Que esto veía,
Engulléndose ansioso
Hasta las migas,
Le regañó
Porque al pobre mendigo
Su pan le dió.
— ¿ Qué comerás ahora,
Si diste al viejo
El pan que á tí te dieran
Para tu almuerzo ?
¡ No miras, tonto,
Cómo á grandes bocados
Lo come todo !
— Hambre tendrá, y el pobre,

Á toda priesa,
Se come el pan con ansia :
¡ En hora buena !
¿ No harías lo mismo,
Si, como él, tú fueras
Viejo y mendigo ?
— Yo nunca seré pobre,
Pues tengo oído
Que es mi padre en el pueblo
De los más ricos ;
Y de este modo
Siempre tendré abundancia
De plata y oro.

Hablando de esta suerte,
Paso tras paso,
Se fueron los dos niños
Pronto alejando,
Causando al viejo
Compasión el más grande
Y el chico aprecio.
Pues es cosa sabida
Que en este mundo
Gran compasión merece
Quien tiene orgullo ;
Y de estos niños
Estaba el mayor de ellos

De orgullo henchido.
Perdiéronlo de vista,
Y á poco, el pobre
Oyó pedir socorro
Á grandes voces ;
Y con presteza
Corre á salvar al niño
Que el pan le diera ;
Y llegando hacia el sitio
En un momento,
Ve al mayor de los niños
Que por el suelo,
Bañado en sangre,
Estaba haciendo esfuerzos
Por levantarse.
Alzólo, y en sus brazos
Hasta su casa
Lo lleva con cariño
Y en ella para ;
Luego le dijo
En presencia tan sólo
Del otro niño :
« ¡ Ya ves cuán pobre soy !
Y en mi pobreza
Parece que de nada
Servir pudiera ;

Pero, hijo mío,
De mí has necesitado,
Aunque eres rico.
No fíes en riquezas,
Que hay ocasiones
Que necesita el rico
Del que es más pobre;
Y somos luego
Iguales, ante el trono
Del Dios eterno. »

Esto dijo y marchóse,
Allí dejando
Al niño, junto al otro,
Avergonzado ;
Pues es notorio
Que avergüenza el orgullo
Al orgulloso.
*¡ Cuántos hay que fiados
En su dinero,
Vanidosos al pobre
Escarnecieron,
Y á la hora ésta
Sufriendo están el peso
De su conciencia !*

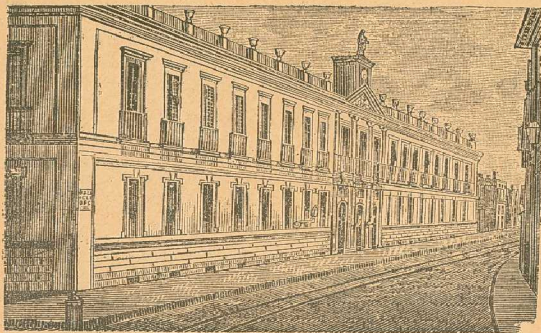
(CASARIEGO.)

Ejercicio de significación.

¿Qué hacían dos niños?—¿Qué vieron?—¿Qué hizo el niño chico?—¿Qué le dijo el grande?—¿Qué sucedió después?—¿Qué vió el viejo mendigo?—¿Qué hizo?—¿Qué le dijo al niño herido?—¿Qué dice el cuento al fin?

LECCIÓN XLII.

El Padre de los Pobres.



Este edificio majestuoso es el Hospital de Caridad. Todos los niños de Montevideo lo conocen, y los que no viven en esta ciudad pueden formarse una idea exacta de él por la lámina.

En el Hospital de Caridad se recogen y cuidan todos los enfermos que no tienen quién los asista. Cuando algún desgraciado trabajador se rompe un brazo ó una pierna, ó recibe una herida cualquiera, ó

cuando alguna persona pobre, sin familia, se siente enferma, es conducida allí, donde encuentra cama, médicos, remedios y todo lo necesario para curarse, sin tener que pagar nada.

Ese establecimiento tan útil, fué fundado por un buen oriental que se llamaba *Don Francisco Antonio Maciel*.

Cien años ha, no existía en Montevideo ninguna institución de su género.

Don Francisco A. Maciel, joven dotado de nobles sentimientos, condolido de la situación desgraciada en que se veían los desvalidos cuando caían enfermos, concibió la idea de fundar un Hospital.

Poniendo en ejecución su pensamiento, destinó un almacén de su casa para recoger enfermos, colocando en él doce camas. Allí se recibían y atendían á su costa los infelices que carecían de recursos para asistirse.

Como el número de enfermos aumentase mucho, Maciel se decidió á iniciar la construcción de un edificio cómodo, especialmente consagrado para Hospital. Vió con tal objeto á varias personas, se acercó á las autoridades de Montevideo, y después de muchas dificultades que él supo vencer con su buena voluntad y perseverancia, logró que se adquiriese el terreno en que hoy se halla el establecimiento, y que se construyesen dos grandes salas, con techo de teja, como eran entonces todas las casas de la ciudad.

Maciel fué encargado del planteamiento y dirección del Hospital; y gracias á sus esfuerzos abnegados, el establecimiento quedó brevemente instalado con todo lo necesario, incluso una capilla que mandó construir con su propio dinero.

Con el transcurso del tiempo, el primitivo Hospital ha sido considerablemente mejorado, dándosele mayor capacidad y desahogo, y transformándose su arquitectura.

Hoy es un gran edificio, que ocupa el espacio de una manzana, y que puede recibir con toda comodidad más de quinientos enfermos.

Respetemos la memoria del virtuoso ciudadano don Francisco A. Maciel, á quien el pueblo dió el glorioso y merecido renombre de *Padre de los Pobres*.

Ejercicio de significación.

Pídase á los niños que expongan con lenguaje propio todo el contenido de la lección, sin omitir detalles.

Procédase de la misma manera en las lecciones siguientes.

En adelante los niños no deben ser interrogados sobre el sentido de cada párrafo, como en las lecciones anteriores, sino sobre toda la lección.

LECCIÓN XLII.

El cazador burlado.

CAZADOR. — Muchacho: ¿has visto un conejo que cruzó corriendo el camino?

MUCHACHO. — ¿Era un conejo grande?

CAZADOR. — Sí, era grande.

MUCHACHO. — ¿Tenía un color gris, con una pequeña mancha blanca en una oreja?

CAZADOR. — Sí, sí, me parece que sí. ¿Por dónde fué?

MUCHACHO. — ¿Tenía los ojos colorados y una piel espesa?

CAZADOR. — Sí, anda ligeramente, ó se me escapará.

MUCHACHO. — ¿Tenía el conejo unas orejas grandes y unas patas traseras muy largas?

CAZADOR. — Por supuesto. Así son todos los conejos.

MUCHACHO. — ¿Daba grandes saltos en su carrera?

CAZADOR. — Sí, sí, daba saltos largos.

MUCHACHO. — ¿Está Vd. seguro de que el conejo tenía una mancha blanca en una oreja?

CAZADOR. — Ya te dije que sí. ¿Qué dirección tomó el conejo?

MUCHACHO. — Déjeme Vd. pensar . . . Tenía orejas largas . . . ojos colorados . . . color gris . . .

CAZADOR. — Vamos, muchacho ; ya no puedo esperar más.

MUCHACHO. — ¿Está Vd. cierto de que el conejo daba grandes saltos al correr ?

CAZADOR. — Es claro : todos los conejos saltan.

MUCHACHO. — Pues, señor . . . yo no he visto á ningún conejo cruzar el camino. Para servir á Vd. Á la fecha supongo que el animalito se hallará fuera de su alcance.

CAZADOR. — ¡ Ah ! pícaro ; párate. Te voy á dar un buen chicotazo por haberte burlado de mí.

MUCHACHO. — Pégueme, si puede alcanzarme. Usted quería matar al pobre conejo sólo por divertirse.

CAZADOR. — ¡ Y por eso, pillete, me has estado demorando ! ¡ querías dar tiempo á que el conejo se escapara !

MUCHACHO. — Precisamente, señor. Yo no he visto ningún conejo, pero estaba cierto de que Vd. había visto alguno. En adelante, señor cazador, cuando Vd. quiera cazar en este campo, tenga cuidado de pedir primero permiso á mi padre, que es dueño de él.

LECCIÓN XLIII.

El hombre, el caballo y el toro.

Á un caballo dió un toro tal cornada,
Que en todo un mes no estuvo para nada.
Restablecido y fuerte,
Quiere vengar su afrenta con la muerte
De su enemigo; pero como duda
Si contræ el asta fiera, puntiaguda,
Arma serán sus cascos poderosa,
Al hombre pide ayuda.
«De mil amores, dice el hombre. ¿Hay cosa
Más noble y digna del valor humano
Que defender al flaco y desvalido,
Y dar castigo á un ofensor villano?
Llévame á cuestras tú, que eres fornido;
Yo le mato, y negocio concluído.»

Apercibidos van á maravilla
Los aliados: lleva el hombre lanza;
Riendas el buen rocín, y freno y silla;
Y en el bruto feroz toman venganza.

— Gracias por tu benévola asistencia,
Dice el corcel; me vuelvo á mi querencia;
Desátame la cincha; y ¡Dios te guarde!
— ¿Cómo es eso? ¿Tamaño beneficio
Pagas así? — Yo no pensé . . . — Ya es tarde
Para pensar: estás á mi servicio;
Y quieras ó no quieras,
En él has de vivir hasta que mueras.

Pueblos americanos,
Si jamás olvidáis que sois hermanos,
Y á la patria común, madre querida,
Ensangrentáis en duelo fratricida,
¡Ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña
El costoso favor, falaz, precario,
Más de temer que la enemiga saña.
¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?
¡Demandar por salario
Tributo eterno y dura servidumbre!

(ANDRÉS BELLO.)

LECCIÓN XLIV.

Un viaje á Montevideo.

Mariquita López es una niña de once años, que vive en Solís, donde su padre tiene una estancia.

La niña sabe leer y escribir, porque desde la edad de seis años ha asistido á la Escuela pública que hay en aquel lugar.

Una vez que su mamá tuvo que ir á Montevideo la llevó consigo, y pasó en esta ciudad quince días.

Cumpliendo una promesa que había hecho á su hermanito Adolfo, le escribió de Montevideo la siguiente carta:

Señor don Adolfo López.

Solís Grande.

Mi querido hermano:

Tengo muchas cosas que contarte de Montevideo.

Como tú sabes, el 5 de este mes salimos de la estancia, mamá y yo. En la diligencia de Minas venían varias personas, con las que nos relacionamos en el camino. Entre ellas venía un señor con una niña

de mi edad, llamada Isabel, que se hizo muy amiga mía.

Poco tengo que decirte del viaje hasta Pando. En dos ó tres ocasiones nos asustamos mucho al pasar unos barrancos, porque parecía que la diligencia iba á caerse; pero felizmente no ocurrió nada. Una vez se empacaron los caballos, que eran unos *mancarrones* flacos, y costó un triunfo hacerlos andar: fué preciso que la gente se bajara del vehículo y que un buen paisano de la vecindad nos ayudara á salir del mal paso, cuarteando las *arpas* de la diligencia.

Á la noche llegamos á Pando, que es un pueblo bonito.

Dormimos allí en una posada, y á la mañana siguiente tomamos el tren á vapor para Montevideo. ¡Si vieras, hermanito, lo que es el tren! ¡Qué cosa tan notable! Se compone de unos coches grandes, que andan sobre un camino de hierro, arrastrados por una inmensa máquina.

Nosotros subimos á un coche con el señor de Minas y mi amiga Isabel; y un rato después la máquina dió unos fuertes silbidos y empezó á andar, arrastrando el coche en que estábamos nosotros y todos los demás. Marchábamos con tal velocidad, que en un momento perdimos de vista el pueblo de Pando y todas las casas y ranchos que hay alrededor.

Isabel y yo, asomadas á la portezuela del coche, mirábamos con curiosidad los lugares por donde el tren nos conducía, observando los puentes, las chacras, las quintas, las casas, etc.

Muy pronto llegamos á los suburbios de Montevideo.

Lo primero que mamá nos mostró fué el Cerrito y la Unión. El Cerrito no es tan alto como el « Pan de Azúcar », que se ve desde la estancia. La Unión es un pueblito mejor que Pando.

Sin advertirlo entramos en Montevideo, que es una gran ciudad, con casas espaciosas y bonitas, con calles anchas, limpias y bien empedradas, con hermosos edificios públicos. Sus calles están siempre llenas de gente, de carros, de coches, de tranvías.

El tren de Pando se paró en la Aguada, cerca del puerto: otra cosa, hermanito, que te causaría admiración. Allí se ve una multitud de buques grandes y chicos, con palos unos, otros sin ellos; unos moviéndose á remo, otros á vela, otros á vapor. ¡Qué lindos los vaporcitos!

En la estación había muchos coches para conducir á los pasajeros del tren á los hoteles ó casas. Tomamos uno, y después de despedirnos del señor de Minas y de mi amiga Isabel, nos dirigimos á la casa de tía Joaquina.

LECCIÓN XLV.

Un viaje á Montevideo.

(Continuación.)

Tía Joaquina vive en la calle del 18 de Julio, la más hermosa de Montevideo.

En cuanto se detuvo el coche, todos los primitos salieron á recibirnos, haciendo grandes y ruidosas demostraciones de alegría. Le dí á Pepito el avestruquito que tú le mandaste, y á Enriqueta el collar de huevitos que hicimos para ella en la estancia. Ambos se quedaron muy contentos.

Desde que llegamos no he hecho más que pasear por la mañana, por la tarde y por la noche.

¡Cómo se entretiene uno en Montevideo!

Tío Federico me llevó un día con Enriqueta al « Bazarcito », linda tienda donde no se vende más que juguetes. ¡Habías de ver qué muñecas, qué jueguitos de sala, de comedor, qué cajitas! Ya te contaré después. Tío me compró una muñeca muy bonita, que cierra los ojos y dice *papá* y *mamá*. Para mandarte á tí compró una caja grande que encierra una pelota, un trompo, un balero, una lotería y muchas otras cosas.

Estuvimos también en la Confitería del Telégrafo. ¡Qué Confitería! Tú no puedes imaginarte la variedad de exquisitos dulces que hay allí. Cuando regrese á la estancia he de llevarte una caja llena de caramelos, confites, chocolatitos y yemas. Á papá, que es tan amigo de alfajores, le piensa llevar mamá unos muy grandes y muy delicados que venden en esa Confitería.

Estuve una noche en el circo. Tú no sabes lo que es un circo. Es un gran salón, donde se ven cosas muy entretenidas. La gente se sienta en sillas y bancos dispuestos circularmente. En el centro del salón hay una especie de patio, donde se hacen las pruebas. En la noche que yo asistí trabajaba una compañía de monos y perros sabios. ¡Qué cosas tan buenas hacían estos animalitos! Los monos, vestidos con trajes muy *paquetes*, parecían señores y señoritas. Primero salieron todos los monos, unos montados á caballo en perros, otros en un cochecito pequeño, tirado por perros también. Todos anduvieron dando vueltas por el Circo. Después corrieron carreras é hicieron una multitud de pruebas y juegos graciosos, que nos causaron gran risa. Ya te he de contar todo con detalles cuando nos veamos.

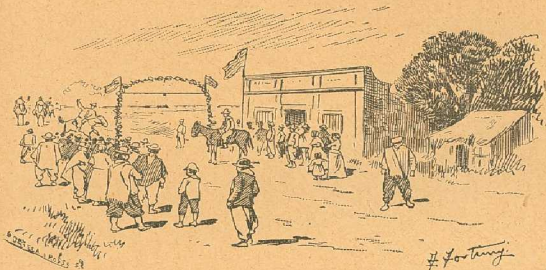
Creo que te he escrito una carta bastante larga. Otro día volveré á escribirte.

Adiós hermanito. Dale un fuerte abrazo á papá, y afectuosos recuerdos á todos los de casa.

Tu hermana,

MARÍA LÓPEZ.

LECCIÓN XLVI.



La sortija.

La sortija es un juego muy entretenido.

Los niños que viven en el campo lo conocen muy bien; pero los que nunca han salido de las ciudades quizá no saben en qué consiste.

Es muy fácil explicarlo.

Se construye con unos palos un arco en forma de gran portada. Ese arco se adorna con géneros de diversos colores, comunmente de los colores patrios, es decir, de los colores de la bandera nacional. Se coloca en el arco una cuerda tendida horizontalmente á la altura de un hombre á caballo, y en esa cuerda se sujeta con un pequeño lacito un anillo de oro ó plata.

El juego consiste en ensartar con un palito, corriendo á caballo, el anillo colgado en el arco.

Todos los que quieren jugar á la sortija se colocan en fila, y uno después de otro se lanzan á la carrera para sacar el anillo con su palito.

Como la operación no es fácil, muchos jinetes pasan por debajo del arco sin tomar el anillo; otros lo hacen caer sin ensartarlo; pero siempre hay alguno más diestro que los otros, que consigue apoderarse de él.

Entonces detiene rápidamente su caballo, y levantando el palito con el anillo, se pasea orgulloso por delante de los espectadores, entre los cuales se encuentran siempre algunas señoritas, hasta que descubre á la dama de sus simpatías y le regala la prenda conquistada.

Después se coloca otro anillo en el arco, y el juego se reproduce de la misma manera.

Muchas veces los jugadores de sortija montan caba-

llos ariscos que se espantan y encabritan al pasar por el arco; pero como siempre son hombres muy jinetes, es rarísimo que ocurra algún percance desgraciado.

El juego de sortija despierta mucho interés en los paisanos, porque les ofrece ocasión para lucir sus hermosos *pingos*, y su habilidad y destreza para manejarlos.

Les ofrece, además, una buena oportunidad para reunirse con sus amigos y ponerse en comunicación con las señoritas de su agrado.

El juego de sortija acaba casi siempre en campaña con un animado baile en alguna casa de la vecindad, al que asisten todos los jugadores y las jóvenes del lugar.

LECCIÓN XLVII.

Recuerdos del Río Negro.

Sobre una verde colina,
Á cuyo pie el Río Negro
Corre transparente y manso,
Había, no ha mucho tiempo,

Una casita rodeada
De los cuadros más risueños;
Los montes del Bequeló
Se divisan á lo lejos;
Á la izquierda, orlando el pie
De la loma, un arroyuelo
Riega un bosque, que se cubre
De aromas de oro en invierno.
Más lejos, entre jardines,
Se ven los techos de un pueblo;
La colina está cubierta
De margaritas y trébol,
Verde como una esmeralda,
Blanda como un terciopelo.
Allí pacen los rebaños,
Aquí saltan los corderos,
Y cruza el río, cantando,
En su barca el marinero.
Y por encima de todo
Se extiende el azul del cielo,
Que en vano intenta empañar
La columna de humo negro,
Que echa un vecino vapor
En bocanadas al viento.

Niña de los negros ojos
Y del rizado cabello,

Dime: este rápido esbozo
¿No es para tí como un sueño
Que confusamente viene
Á despertar tus recuerdos?
¿No es ésta, dime, la escena
De tus infantiles juegos?
¿No es aquí donde formaste
Por vez primera un deseo,
Y donde alegre seguías
De una mariposa el vuelo,
Y juntabas margaritas
Para adornar tu cabello?
Piensa un instante recoge
Tu rápido pensamiento;
Pon tu mano delicada
Sobre tus ojos de fuego,
Y vuélvete con la mente
A esos lugares amenos.
Recuerda, sí, porque es dulce
De vez en cuando al viajero
Hacia atrás volver la vista
Y descubrir á lo lejos
Los árboles del jardín,
El campanario del templo,
La habitación del amigo,
Y tantos otros objetos

Que despierta la memoria
Siempre grata de otros tiempos,
Y que conmueven y arrancan
Hondos suspiros del pecho.

(LUIS DOMÍNGUEZ.)

LECCIÓN XLVIII.

Los animales inofensivos.

ZENÓN. — ¿Eres tú el que me injurió el otro día?

ALFREDO. — Si tú eres el muchacho que arrojaba piedras á un pobre sapo, yo soy quien te llamó cruel.

ZENÓN. — Entonces te voy á *sacudir el polvo*.

ALFREDO. — No sé lo que eso pueda cambiar el carácter del hecho. Tú habrás sido siempre cruel.

ZENÓN. — ¿No me tienes miedo?

ALFREDO. — Te tengo tanto miedo como al gallo de casa cuando salta sobre el cerco y se pone á cantar.

ZENÓN. — Es que yo soy más grande y más fuerte que tú.

ALFREDO. — También la lechuza es más grande que la golondrina; y sin embargo ésta persigue á aquélla.

ZENÓN. — ¿Por qué me llamaste cruel?

ALFREDO. — Porque es un acto de crueldad hacer daño á los seres inofensivos.

ZENÓN. — ¿Y á tí no te gusta separar de tu camino á los sapos asquerosos que encuentras en él?

ALFREDO. — De ninguna manera. Los sapos son animales inofensivos y que no hacen daño á nadie. Cuatro ó cinco sapos pueden conservar un jardín, libertándolo de gusanos, moscas y otros insectos que perjudican á las plantas. Un jardinero inteligente preferiría que le pegasen á él antes que á los sapos de su jardín.

ZENÓN. — Nunca había oído que los sapos fueran animales útiles.

ALFREDO. — Pues ya lo sabes. Además, ¿qué daño has oído decir que cause un sapo? ¿No te has fijado cómo se apura para salir del camino cuando uno se acerca?

ZENÓN. — Es verdad. Nunca he oído que un sapo haya hecho daño á nadie. ¿Cómo te llamas?

ALFREDO. — Mi nombre es Alfredo Larca.

ZENÓN. — Alfredo Larca, yo no he tenido razón y tú sí. Mi nombre es Zenón Corta. ¿Quieres darme un apretón de manos?

ALFREDO. — Con mucho gusto. Yo prefiero apretar afectuosamente una mano antes que pelear.

ZENÓN. — Reconozco que obré con crueldad al apedrear al sapo, y tú calificaste bien mi conducta.

ALFREDO. — Creo que seremos buenos amigos. Ve á visitarme. Yo vivo en la casa blanca que está cerca del arroyo, al lado de un bosque de eucaliptus.

ZENÓN. — Conozco la casa. ¿Quieres ir mañana á pasear conmigo?

ALFREDO. — ¡Pues no! y mis hermanitos Ramón y Jacobo tendrán también placer en acompañarnos.

ZENÓN. — Bien: iré á buscarte. ¡Hasta mañana!

ALFREDO. — Adiós, Zenón Corta. ¡Hasta mañana! Me felicito de haberte conocido.

LECCIÓN XLIX.

Un médico abnegado.

— ¿Qué quieres ser tú? decía un buen padre á su pequeño hijo.

— Yo quiero ser médico.

— ¡Médico! ¿Sabes tú los deberes y las penas á que está expuesto un médico?

— Yo sé, señor, que médico es el que cura á los enfermos, y esa profesión me gusta.

— Pero un médico bueno tiene que dedicar todo su tiempo á la asistencia de los enfermos. Para él no hay horas fijas de trabajo: lo mismo es el día que la noche, lo mismo la hora de comer que la de dormir. Cuando alguien lo llama para que preste sus servicios, el médico no debe hacerse esperar: tiene que dejar todo para atender á los desgraciados. Su vida está expuesta á contrariedades y riesgos de todo género. Sobreviniendo una epidemia no puede rehusarse á asistir á los atacados; y muchas veces se contagia con la enfermedad y perece, víctima de ella.

— No importa, papá; yo quiero ser médico y me siento con valor suficiente para soportar los inconvenientes y peligros de la profesión, en bien de mis semejantes.

— Pues entonces, hijo de mi alma, no quiero ni debo contrariarte. Apruebo tu decisión, y cuando tengas bastante edad te proporcionaré los medios de estudiar la medicina.

A la edad de 16 años, el niño fué enviado á Europa.

Allí estudió la medicina con gran provecho, adqui-

riendo el título de Doctor en la famosa Universidad de París.

Con ese título regresó á Montevideo, donde se consagró al ejercicio de su profesión, haciéndose notar muy pronto por su talento é ilustración.

Fiel á los sentimientos generosos que le habían impulsado á adoptar la carrera de la medicina, nadie le halló jamás remiso para consagrarse á la asistencia de los enfermos. El rico, lo mismo que el pobre, nunca golpearon en vano á su puerta, y siempre lo encontraron á su disposición, sin que jamás vacilara para sacrificar sus comodidades, sus placeres y su misma salud al servicio de la desgracia.

El año 1857 se desarrolló en Montevideo una espantosa epidemia de fiebre amarilla. Los hombres de más espíritu sintieron flaquear su valor en presencia de la horrible mortandad que ella causaba.

«Tengo la convicción, decía entonces nuestro médico á don Jacobo D. Varela, miembro abnegado de la Comisión de Caridad, que la fiebre amarilla me va á atacar. Por el estado delicado de mi salud me hallo muy dispuesto á adquirirla.»

Sin embargo, ni un solo momento cejó en el cumplimiento de sus deberes. Á todas partes acudía presuroso á prestar sus servicios: lo mismo al Hospital de Caridad que á las casas de los febricitantes.

Mas su previsión se realizó. La fiebre amarilla, que abatía lo mismo al hombre honrado y bondadoso que al egoísta y al perverso, no quiso perdonar su preciosa existencia; y la población de Montevideo recibió un día la dolorosa noticia de su fallecimiento.

Ese médico virtuoso, que es uno de los hijos ilustres de nuestro país, se llamaba *Teodoro Miguel Villardebó*.

LECCIÓN I.

Á mi hijita de cinco años.

I.

Deletreabas á mi lado,
Hijita, el Cristo *a b c*,
Sirviéndote de puntero
Deditos de rosicler.
Te reías con mi risa,
Y con labios de clavel,
En besitos me pagabas
Elogios á tu saber.

Yo suspiraba entretanto,
Hija, sin saber por qué,
Y lágrimas me brotaban
Sin poderlas contener;
Y al pensar en tu mañana,
Funesto y triste tal vez,
Volví la vista á tu madre,
Y con dolor exclamé:
Un rosal cría una rosa,
Y una maceta un clavel,
Y un padre cría á su hija
Sin saber para quién es.

II.

Hijita del alma mía,
Dulce imán de mi querer,
De amor el único fruto,
Bendígate Dios, amén.
Estoy triste, prenda mía,
Triste, sin saber por qué;
Ven, y tus palabras oiga
De divina sencillez.
Deja á un lado tus juguetes,
Y en cambio te contaré

Un cuento muy divertido
De la reina Doña Inés.
Ésta era una reina hermosa
Que, yendo para Belén,
Habló con un peregrino
Que llevaba un niño al pie;
Iba la reina sedienta,
Y el peregrino también,
Y el niño los contemplaba
Sonriendo Pero ¿qué?
¿Te duermes? — Duerme, hija mía,
Y tu sueño arrullaré,
Diciéndote con acento
De infinita languidez:
Un rosal cría una rosa,
Y una maceta un clavel,
Y un padre cría á su hija
Sin saber para quién es.

III.

ELLA.

¡Qué linda está nuestra hija!
¡Qué graciosa! ¿no la ves?
¡Cómo ha crecido!

Yo.

Sí, cuenta

Cinco años cumplidos. — Bien ;

Pero otras hay que no tienen

Tanta gracia y tanto aquel.

— Si te oyeran, se reirían

De lo que dices. — ¿Por qué?

¡Pedacito de mi alma!

— ¡Que Dios nos la guarde! — Amén.

— ¿Cuándo la veremos grande?

— Muy pronto, y antes tal vez

De lo que piensas; el tiempo

Se desliza sin querer,

Y ya me dirás mañana,

Cuando á alguno su amor dé:

¡Quién la viera chiquitilla

Como la vimos ayer!

— ¡Jesús! que no crezca entonces,

Que chiquilla está muy bien.

Un rosal cría una rosa,

Y una maceta un clavel,

Y un padre cría á su hija

Sin saber para quién es.

IV.

Vamos, hijita, al paseo
Con tu traje de piqué,
Y el sombrerito de paja
Que mamá te compró ayer.
¿No ves cuánto niño salta?
Y aquellas chicas ¿no ves
Con sus ayas ó sus madres
Por entre flores correr?
¿Quieres flores? Toma, hija,
Toma una rosa, un clavel,
Que son flores menos puras
Que la flor de tu niñez.
¡Que su cáliz de inocencia
Pueda contigo crecer!
Crece feliz, hija mía,
Y el día de la vejez,
Sobre mis blancos cabellos
Corona me has de poner,
Que es el amor de los hijos
De los padres el laurel.
Mas, ¡ay! mi pecho se oprime,
Hija, sin saber por qué,
Y exclamo con triste acento

De infinita languidez:
Un rosal cría una rosa,
Y una maceta un clavel,
Y un padre cría á su hija
Sin saber para quién es.

(CAMACHO.)

LECCIÓN LI.

Bromas pesadas.

Ema es una niña que vive en Montevideo.

Una vez su tía la llevó á una chacra que posee en Toledo.

Como nunca había salido de la ciudad, la pobre Ema no conocía ninguna de las cosas que se ven en el campo.

Un día su primo Juan, muchacho travieso, un poco mayor que ella, le dijo:

— Ven, Ema, aquí hay una planta que tiene un olor muy agradable; arranca una ramita y huélela.

Ema tomó unas hojas de la planta y se las llevó á

la nariz; pero en el acto las dejó caer, soltando el llanto. La planta era una *ortiga*.

Otro día, paseando con sus primos por un pequeño bosque, vió en un árbol un camoatí ó nido de abejas silvestres.

Se despertó su curiosidad y preguntó qué era.

Juan, que siempre se hallaba dispuesto á las travesuras, se adelantó y le dijo:— Ese nido tiene almíbar dentro; toma esta caña, pínchalo con ella, y verás cómo cae el almíbar.

Ema siguió el consejo, al mismo tiempo que Juan se retiraba disimuladamente á cierta distancia. La pobre niña no tardó en verse acosada por las avispas, que la picaron en distintas partes de la cara, haciéndola llorar durante un largo rato.

Se quejó á la tía, quien tuvo á Juan encerrado en penitencia durante un día entero; mas la pobre niñita se hizo tan tímida é incrédula, que tenía miedo y desconfiaba de todas las cosas desconocidas.

Una noche, después de comer, caminando con sus primitas al rededor de la casa, vió una porción de bichitos de luz, que volaban de un lado á otro.

— ¿Qué son esas lucecitas? preguntó Ema.

— Son bichitos de luz, le contestó María; vamos á agarrarlos y verás qué bonitos son.— Y corriendo por el campo logró tomar uno.

— ¿Quieres que te lo pegue en la frente? preguntó María á Ema.

— No, contestó ésta; porque me vas á quemar.

Mucho trabajo le costó á María convencer á su prima de que los bichitos de luz no quemaban.

Otra vez que paseaba por un sembrado de papas, su primita Lucía le dijo:

— Ema, si quieres ver cómo nacen las papas, arranca una planta y verás la raíz cubierta de papitas de todo tamaño.

— Eso no puede ser, respondió Ema. Las papas se compran en el mercado.

— ¡Pues mira! le replicó Lucía; y arrancando una mata le mostró la raíz llena de pequeñas papas.

Ema experimentó una gran sorpresa, y desde entonces cobró confianza en los dichos de sus primos.

Mas el pícaro Juan, que tenía gana de vengarse por el castigo que Ema le había hecho sufrir, concibió con ese motivo la idea de darle otra broma á su prima.

En momentos en que ésta comía un exquisito alfajor, que su mamá le había enviado de Montevideo con otros dulces, se acercó á ella y le dijo:

— Emita, ¿quieres tener muchos alfajores como ése? Pues plántalo y te nacerán diez ó doce, lo mismo que nacen muchas papas plantando una. Ven conmigo, que yo te diré dónde has de plantarlo.

Ema accedió, seducida por el deseo de tener muchos alfajores, y Juan la llevó á un pequeño cantero que había detrás de la casa. Allí hizo éste un agujero en la tierra é indicó á su prima que enterrara el alfajor y volviera al día siguiente á recoger la cosecha.

La niña colocó el dulce en el lugar designado, y se fué después á jugar con sus primitas, á quienes dijo: — Mañana tendremos convite de alfajores; prometo dar dos á cada una.

Entretanto el travieso Juan se comía el rico alfajor de Ema, después de desenterrarlo y limpiarlo con toda prolijidad.

Con estas cosas, Ema regresó á la casa de sus padres, fastidiada de su residencia en el campo, y animada del propósito de devolver á Juan las bromas que le había dado, si alguna vez éste hacía un viaje á Montevideo.

LECCIÓN LII.

La venganza.

Dos años después, Juan, que nunca había salido de la chacra de sus padres, hizo un viaje á Montevideo, yendo á parar á la casa de Ema, que ya tenía once años y había aprendido muchas cosas.

Aunque Ema lo quería mucho, estaba deseosa de hacerle pagar las *judiadas* que le había hecho durante su paseo á Toledo; así fué que, en cuanto llegó Juan, se puso á pensar qué bromas le daría, y como su primo no conocía sino las cosas del campo, muy fácil le fué encontrar ocasiones para embromarlo.

Un día salieron juntos á pasear por la calle del 25 de Mayo.

Juan admiraba con la boca abierta todos los objetos de las vidrieras: los juguetes, los dulces, etc.

Se detuvieron delante de la vidriera de una confitería, y Juan le dijo á Ema:—¡Qué ricos dulces! ¿Cuánto valdrán aquellos pasteles y aquellas grandes tortas?

—¿Tienes dinero? le preguntó Ema.

—Sí, tengo dos vintenes.

— Pues entonces puedes comprar aquella hermosa torta que se ve allí. Entra y dile al confitero que te la venda.

Juan penetró en la confitería y pidió la torta, echando mano al bolsillo para sacar su dinero.

El confitero tomó la torta, la envolvió en un papel, la ató con un hilito y se la entregó.

— Ahí tiene usted su plata, le dijo Juan, dándole sus dos vintenes.

El confitero lanzó una carcajada, y le contestó :

— Amiguito, esa torta vale cinco reales, y no dos vintenes ; afloje cinco reales, y sino váyase á embromar á otra parte.

Juan, como era natural, dejó la torta y salió de la confitería, encontrando en la puerta á su prima, que se reía á carcajadas por el éxito de su broma.

Otra vez estudiaba Ema su lección de piano, y Juan le preguntó cómo se llamaba el instrumento que tocaba.

— Éste es un órgano, le contestó Ema.

— Juan se retiró. Un rato después lo llamó su tía y le preguntó dónde estaba su prima. — Está tocando el órgano, le contestó. — ¿Qué órgano? replicó su tía, toda sorprendida. — El órgano que está en la sala — El piano, querrás decir, exclamó doña Marta, echándose á reir.

No satisfecha todavía Ema, habiéndole preguntado

Juan, una tarde que paseaban por la Plaza Independencia, quién era una especie de soldado *paquete*, que se hallaba en una esquina, ella le contestó: — Es un *celarife*, y los *celarifes* están encargados de mantener el orden público.

Pocos días después, jugando Juan con unos amigos en la misma plaza, se acercó un policiano á reprenderlos, porque habían tirado una piedra. Encarándose Juan con él, le dijo: — Señor *celarife*, nosotros no somos los culpables: la piedra ha salido de aquel otro grupo.

Como era natural, el celador se enojó y quiso llevarlo preso.

— Pero yo ¿qué he hecho? exclamó Juan.

— Usted me ha llamado *celarife*, y yo no permito que se rían de mí.

— ¿Entonces usted no es un *celarife*? dijo Juan todo asustado.

— Cállese usted la boca; no me vuelva á llamar así, porque lo llevo á la cárcel.

El pobre Juan comprendió entonces que había sido víctima de otra broma de su prima, y se retiró humildemente á su casa.

Al llegar á ella, refirió el lance á su tía. Doña Marta llamó á Ema y le ordenó que se abstuviese de volver á engañar á su primo.

— Bueno, mamá, contestó la niña. Ya no volveré á darle bromas á Juan, porque me lo mandas y porque creo que está suficientemente penado por las travesuras que me hizo cuando estuve en su chacra.

Ema cumplió su promesa.

Juan no tuvo después motivo de queja contra ella; y cuentan las crónicas que los dos primos se cobraron tanto cariño, que á la edad de veinticinco años se casaron, yéndose á vivir á la chacra de Toledo, donde Ema tuvo ocasión de recordar, con la sonrisa en los labios, las bromas que su marido le había dado en la niñez.

LECCIÓN LIII.

Las dos olas.

De blanda brisa impelidas
Como dulces compañeras,
Dos olas del mar salado
Marchaban á la ribera,
Cuando impaciente la una,
Acusando la pereza

De su amiga, así le dice :
« Atrás, taimada, te quedas ;
« Así nunca medrarás
« Por andar con las pequeñas ;
« Verás cómo ahora me junto
« Con otras olas soberbias,
« Y me levanto del Ponto
« En la superficie tersa
« Y sumerjo los navíos
« Y me trago hasta la tierra. »

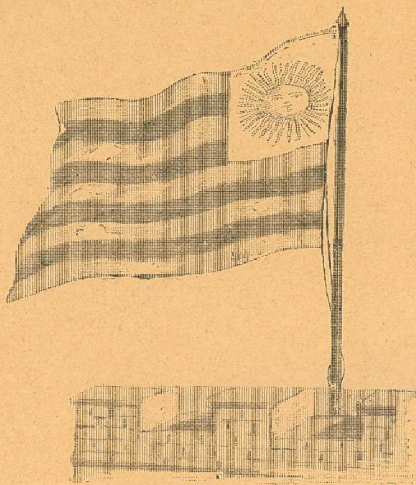
No bien húbose engrosado
Y extendido, cuando envuelta
Por su misma pesadumbre
Quedó en espumas deshecha,
Y así acabó; mas la amiga
Que alzarse la vió tan hueca,
Siguió callada y tranquila
Burlando de su demencia;
Ya un pintado pececillo
Saltando la sigue y juega,
Ya en ella el suave favonio
Su planta toca ligera ;
Y así se va deslizano
Hasta que á la orilla llega,
Donde abraza la cintura
De una preciosa doncella,

Y sube á su rostro y moja
Su flotante cabellera,
Pasando á morir gozosa
En lecho de blanda arena.
Yo, que mis redes cuidaba
En tanto que el sol las seca,
Y he dado en ambas locuras
De pescador y poeta,
Pensé que el mundo era mar
Y hombres las olas. Aquellas
Que de la calma se apartan,
Desdeñando la pobreza,
Y con los grandes se juntan
Por ostentar preeminencias,
Son trasuntos de los vanos
Amantes de la opulencia,
Que mueren sin alcanzarla
Entre el ansia y la miseria,
Desprendidos de los suyos,
Por seguir quien los desprecia;
Y éstas que caminan mansas
Y no ambicionan, ni anhelan
Más bienes que aquel estado
Que les dió naturaleza,
Son los pacíficos hijos
Del deber y la prudencia,

Que ni murmuran, ni envidian,
Ni de los suyos se alejan,
Ni distinguen por colores,
Ni casan por conveniencia,
Ni se évanecen, ni tienen
El trabajar por afrenta.

(GABRIEL DE LA CONCEPCIÓN VALDEZ.)

LECCIÓN LIV.



La bandera oriental.

Todas las naciones tienen una bandera.

La bandera española está formada por tres listas horizontales: dos rojas y una amarilla en el medio.

La italiana tiene también tres listas verticales: una verde, otra blanca y otra roja.

La argentina se compone de tres fajas: dos azules y una blanca, con un sol en el centro.

La bandera oriental está compuesta de nueve listas: cuatro celestes y cinco blancas, con un sol en la esquina superior. Esas nueve listas representan los nueve Departamentos en que estaba dividida al principio la República. Hoy debería tener diez y nueve listas, porque son diez y nueve los Departamentos que existen.

Los orientales aman mucho su bandera, porque ella simboliza su independencia y todas sus glorias.

Cuando uno se encuentra en país extranjero y ve flamear entre otras la bandera de la patria, experimenta una impresión igual á la que se siente cuando se ve una persona querida, porque la bandera nacional le recuerda su familia, el lugar en que ha nacido, en que se ha criado y educado, las tradiciones de la patria, las victorias alcanzadas á su sombra, los sacrificios y las virtudes de sus buenos conciudadanos.

Al verla quisiéramos besarla con efusión y estrecharla en un abrazo infinito.

Siempre que vemos un batallón marchando por las calles, una de las cosas que buscamos con más avidez es el oficial que lleva la bandera.

¡Qué orgullosos nos sentimos al ver la bandera llevada por un militar, y qué orgulloso debe sentirse también el que la lleva!

Nosotros sentimos orgullo, porque sabemos que nuestra bandera tiene quien la defienda con valor; y el que la lleva, porque sabe que se halla bajo su guarda el honor de la patria, y tiene el deber de dar hasta la última gota de su sangre para conservarlo incólume.

La bandera Oriental siempre se ha ostentado con honor y con nobleza.

En los campos de batalla, los soldados que han peleado bajo ella se han distinguido por su bravura y caballeridad. En *Monte-Caseros*, *Yatay*, *Boquerón* y otras acciones, la bandera Oriental ha flameado siempre en las filas más avanzadas, dejando bien puesto el valor, la disciplina y las virtudes del soldado oriental.

Muchas de las banderas que los batallones orientales han llevado fuera de la República, han regresado á la patria convertidas en girones por las balas enemigas, pero siempre cubiertas de hermosas y gloriosas coronas.

LECCIÓN LV.

Al Pabellón Nacional.

Bendito seas, pabellón hermoso,
Pabellón que acaricia la victoria,
Epopeya de un pueblo generoso,
Emblema del honor y de la gloria.

Cuando así te contemplo enaltecido,
Hasta el Cielo se eleva el pensamiento,
Y el corazón se agita estremecido
De orgullo, de placer, de sentimiento.

Tú eres la historia, de heroísmo llena,
De este pueblo magnánimo y valiente,
Que rompió, despertando, su cadena,
Del extranjero déspota en la frente.

¡Cuán hermoso y cuán grande me pareces
Cuando al son del airado torbellino,
Orgullosa en la atmósfera te meces,
Al sol brillando tu esplendor divino!

Sigue siempre orgulloso de los vientos,
Sigue flotando así, sigue flotando,
De la patria en los altos monumentos,
La santa libertad simbolizando.

Tú alimentas el santo sentimiento
Que á un porvenir espléndido nos guía;
Tú inspiras el valor y el ardimiento;
Tú eres la gloria de la patria mía.

El pueblo, por tu amor, se alza gigante,
Formando donde estás una muralla;
Por tu amor hasta el niño vacilante
Corre á buscar la gloria en la batalla.

De la muerte el guerrero no se asombra,
Ni de la angustia siente los dolores,
Cuando muere al abrigo de tu sombra,
Mirando, al expirar, tus dos colores.

Yo, con el ansia de mi amor, anhelo
Que en donde quiera triunfen tus legiones;
Que bendito te mires por el cielo;
Que deslumbre tu gloria á las naciones.

(ROSAS.)

LECCIÓN LVI.

El amor al estudio.

Un niño que vive en el Paso del Molino, estaba un Domingo en la puerta de su casa, cuando pasó un com-discípulo, montado en un lindo potrillo overo, y se detuvo á conversar con él.

— ¡Hola! Arturo; ¿cómo te va? dijo el del potrillo.

— Bien, Pancho; y tú ¿cómo estás? ¿Por qué no fuiste ayer á la Escuela? ¿Estuviste enfermo ó hiciste la *rabona*? El maestro preguntó por tí.

— Estoy bueno. Ayer no fuí á la Escuela, porque... porque no pude.

— ¿No pudiste? ¿Por qué? ¿Tenías algo? Me inclino á creer que fuiste á pasear, en lugar de ir á la Escuela.

— Es verdad, Arturo. Le tengo una rabia á los libros, que... Además ayer estaba comprometido á correrle una carrera á Joaquín, el hijo del molinero, que tiene, como sabes, un potrillo malacara, de mucha fama. Y le gané la carrera. ¡Si vieras qué ligero es

este overito! Corrimos cuatro cuadras y lo dejé al molinero media cuadra atrás.

— ¿Y á tí no te importa hacer la rabona? ¿No sientes perder el tiempo en carreras y otros juegos? ¿No sientes engañar á tus padres, que se afanan tanto por tu educación? Á mí me parece eso muy feo. Cuando seas hombre lo has de lamentar amargamente. Hay tiempo para aprender y para divertirse. Mira lo que yo hago: todos los días me levanto temprano, ensillo mi potrillo, paseo un rato en él, vuelvo á casa, tomo mis libros y me marchó á la Escuela. Cuando vuelvo á la tarde, monto otra vez á caballo, juego con mis hermanitos, y todavía tengo tiempo para estudiar las lecciones antes de acostarme.

— Puede ser que tengas razón, Arturo; pero déjate de sermones. ¿Quieres que me baje á hacerte una visita?

— Con mucho gusto, Pancho. Bájate.

Pancho se apeó de su potrillo, bajó la rienda y la colocó en un poste de la vereda.

En seguida entró en la casa de Arturo, quien lo condujo á su cuarto, un pequeño cuarto muy ordenado y muy limpio. Al lado de una camita había una mesa, y sobre ésta, una porción de libros bien encuadernados y cuidados, colocados con orden y simetría, una cartera para escribir, un tintero y varias lapiceras; en la pared

se veían un mapa de la República y varios mapitas de distintos países. Encima de una cómoda había una porción de rocas numeradas, una colección de hojas de distintas clases cosidas con prolijidad en unos cartones, y por último, un grupo de insectos clavados en una tabla con largos alfileres.

Después de arrojar una mirada sobre todo, Pancho no pudo menos de lanzar una exclamación.

— ¡Aaah! ¡Qué cantidad de cosas tienes! ¿De dónde las has sacado? ¿Quién te ha dado tantos libros? ¿Quién te ha hecho ese pequeño museo?

— Todas las cosas que ves, yo mismo las he reunido y arreglado. Los libros me los han dado en la Escuela ó me los ha regalado mi papá. El museo lo he formado yo, juntando un día una piedra, otro un insecto ú una hoja extraña.

— Y ¿cómo has sabido ordenar y clasificar todos los objetos?

— Teniendo presente las lecciones que nos dan en la Escuela. Cuando el maestro nos muestra en la clase una piedra y nos dice: éste es *granito*, *cuarzo*, ó cualquier otra cosa, yo me fijo en su color, en su dureza, y en todos sus caracteres, y cuando transito por la calle ó por el campo, si encuentro una piedra la observo, la comparo con las que he aprendido á conocer, y si la considero igual á alguna de ellas, me digo:

ésta es *tal ó cual*. Si no la conozco se la llevo al profesor para que él me enseñe su nombre. Lo mismo hago con los insectos y con las plantas.

— ¿Y encuentras placer en eso?

— Ya lo creo, y muy grande. Siempre que yo, con mi propio trabajo consigo descubrir alguna circunstancia que nadie me ha enseñado; siempre que encuentro una piedra nueva para mí, un insecto desconocido en la Escuela, ó una hoja ó fruto raro, me doy cuenta de que valgo algo, reconozco lo que puedo esperar de mis fuerzas, y siento, por consiguiente, una verdadera satisfacción. Además, mi conducta proporciona á mis buenos padres un gran placer, y esto solo bastaría para estimularme.

— ¿Sabes, Arturo, que tengo gana de imitarte? Me hacen impresión tus palabras. Yo nunca me había detenido á pensar en el valor de los estudios. El primer maestro que tuve me cansó tanto, que he mirado con horror la Escuela y todo lo que con ella se relaciona. Pero voy á estudiar como tú desde hoy. Creo que he de conseguir las mismas satisfacciones que tú disfrutas. Y para no vacilar en mi propósito, cortaré hoy mismo mis relaciones con el molinero y otros muchachos vagos. ¿Quieres ser tú mi amigo de todos los días y de todas las horas, en los juegos y paseos, lo mismo que en los estudios y trabajos?

— Con muchísimo placer, le contestó Arturo; y desde entonces, éste y Pancho, unidos por una íntima amistad, estudian y pasean juntos, y se disputan sin celos ni rencores el primer puesto de la Escuela.

LECCIÓN LVII.

Los estandartes del Regimiento N.º 9.

— Papá, deseo ir hoy al Museo: ¿me quieres llevar?

— ¿Para qué quieres ir? ¿No hemos estado ya una vez?

— No importa. El día que estuvimos me mostraste los animales embalsamados; pero no tuvimos tiempo de ver los cuadros y trofeos gloriosos que se conservan allí. Yo deseo ver estas cosas. ¿Quieres llevarme?

— Bueno, mi hijito; te llevaré. Y diciendo esto, el señor González tomó su sombrero y su bastón, y se dirigió con su hijo Avelino al Museo Nacional.

Como ya habían visitado los salones en que se

hallan los objetos de Historia Natural, el señor González y su hijo penetraron en la sala destinada á los trofeos históricos y se dedicaron á examinar las cosas allí expuestas.

— ¿Qué son, papá, aquellas banderitas que se ven allí? preguntó el niño á su padre.

— Mi hijito, esas banderitas son los estandartes del Regimiento N.º 9.

— ¿Y qué es el Regimiento N.º 9?

— Voy á decírtelo, Avelino. El Regimiento N.º 9 lo formaban dos batallones de Orientales que se organizaron en el año 1815 para pelear en la guerra de la Independencia contra los Españoles. Se componía de 900 hombres, y estaba á las órdenes del Coronel don Manuel Vicente Pagola, un valiente jefe que había servido con el General Artigas, distinguiéndose por su bravura é inteligencia.

— ¿Y qué hizo, papá, el Regimiento N.º 9?

— El Regimiento N.º 9 fué enviado al ejército de los Andes, que mandaba el ilustre General don José de San Martín. Se halló en muchos lances guerreros, llamando siempre la atención por su valor y disciplina. En la memorable batalla de *Sipe-Sipe* realizó prodigios de bravura, que los historiadores narran con verdadera admiración. Envuelto en el calor de la pelea por otros batallones que se habían desorganizado por

una vigorosa carga de los Españoles, el Regimiento N.º 9, estimulado por la voz enérgica del valiente Pagola, supo reorganizar sus filas y recobrar su posición, en medio del desorden más terrible, salvando esos gloriosos estandartes que hoy conservamos con legítimo orgullo.

— ¿Ya no vive ninguno de los Orientales que formaban en las filas del Regimiento N.º 9?

— No, hijo mío. En la batalla de Sipe-Sipe perecieron muchos, y otros murieron en los Andes, lejos del hogar y de la patria, por defender su independencia y su libertad. Pero su memoria debe ser imperecedera para todos los buenos ciudadanos. ¡Sácate el sombrero, mi hijo, y saluda con respeto esos recuerdos gloriosos del valor y del patriotismo de nuestros antepasados!

LECCIÓN LVIII.

El Tambor de San Martín.

Con los héroes de todo un continente,
La muerte ha hecho sacrílego botín;
¡Pero aun lucha con ella frente á frente
Y cuerpo á cuerpo, en actitud valiente,
El anciano Tambor de San Martín!

Los lacayos se arrancan la librea:
« Termine, gritan, nuestra suerte ruin;
Sea nación independiente, sea
La Colonia infeliz. . . . » ¡Y á la pelea
También corre el Tambor de San Martín!

Escala, nuevo Aníbal, las inmóviles
Montañas un brillante paladín;
¡Y se enardecen los campeones nobles
Al vibrante compás de los redobles
Que lanzaba el Tambor de San Martín!

¡Allá van los bizarros batallones!
¡Y en Maipo, en Chacabuco y en Junín
Deshacen las Ibéricas legiones,

Arrollando artilleros y cañones
Al toque del Tambor de San Martín!

Cuentan que, en lo más recio de un combate,
Incendia una granada el polvorín
Firme y de pie, su fibra no se abate,
¡Y entre montañas de humo el parche bate,
Impasible, el Tambor de San Martín!

Joven y hermoso, en Lima y sus afueras
Lucía su uniforme y su espadín,
Su airoso porte y bélicas maneras,
Crujiéndole las botas granaderas
Al rumboso Tambor de San Martín.

¡Qué tiempos! ¡Qué aventuras! ¡Cuántas *cholas*
De alma angélica y tez de serafín,
Suspiraban llorosas, mustias, solas,
Porque oyeron las dulces mentirolas
Del galante Tambor de San Martín!

Enfermo yace el invencible atleta,
Relegado de un pueblo en el confín,
Ya no hay dianas, ni toque de retreta
¡Pasó, pasó la juventud inquieta
Del ardiente Tambor de San Martín!

¡Veneración inspira! El tierno niño,
El joven, el soberbio mandarín,
Y la dulce beldad de tez de armiño,
Todos saludan con filial cariño
Al glorioso Tambor de San Martín!

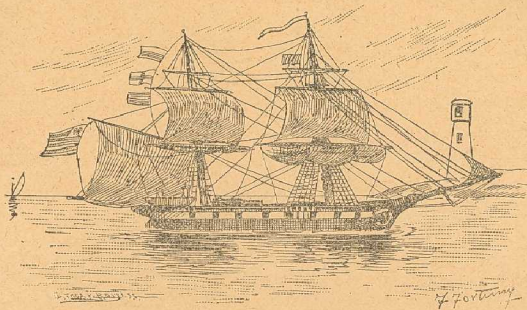
Por él son hombres libres los ilotas
¡Y lleva un traje de raído brin!
Vive en un rancho, y en lugar de botas,
¡Miserables y rústicas ojotas
Sólo lleva el Tambor de San Martín!

¡Pan, y ropas, y techo al veterano
Escapado al sacrílego botín!
¡Patria de Monteagudo y de Belgrano,
Protección, protección para el anciano
Y olvidado Tambor de San Martín!

Que se yerguen las sombras inmortales
De los bravos de Maipo y Junín,
Y estrechan, con abrazos fraternales,
Necochea, Las Heras y Arenales,
Al ilustre Tambor de San Martín!

(VICTORIANO E. MONTES.)

LECCIÓN LIX.



Un buque.

¡Qué buque tan bonito!

¡Qué bien navega!

¡Qué elegante es su corte!

Es un bergantín, porque tiene dos palos y vergas en ambos. Vergas se llaman los pequeños palos que hacen cruz con los grandes.

No todos los buques son iguales: unos tienen tres palos, otros dos y otros sólo uno. En todos los palos no siempre existen vergas.

El número de palos y la presencia ó ausencia de vergas es lo que sirve principalmente para diferenciarlos. Así, se llaman *fragatas* los que tienen tres palos con vergas en todos; *barcas*, los que tienen tres palos con vergas en dos; *bergantines*, los que tienen dos palos con vergas en ambos, como el de la lámina; *goletas*, los que tienen dos palos con vergas en uno; *pailebotes*, los que tienen dos palos sin vergas.

Los buques son movidos por velas ó por máquinas de vapor.

También se mueven por medio de remos. ¿Pero los remos sirven para mover los buques grandes? ¿Quién ha visto un buque movido por remos? ¿quién ha visto una *buceta*, ó una *falúa*?

El buque que se halla representado en la lámina ¿es un buque de vela ó un buque de vapor? ¿Cómo sabemos que no es un buque de vapor? ¿En qué se conocen los buques de vapor?

Se conocen porque siempre tienen un caño largo por donde sale el humo de la máquina.

¿Tiene caño el buque que se ve en la lámina?

¿Estará oculto entre los palos y las velas?

No. El buque que vemos es de vela.

¿Y cómo andan esos buques?

El viento sopla sobre las velas, y como el viento es una fuerza, empuja al buque y lo hace caminar.

Cuanto mayor es el viento, más rápidamente anda el buque.

Algunas veces el viento es tan fuerte, que los marineros se ven obligados á recoger las velas, es decir, á envolverlas en las vergas, porque de otra manera el buque sería tumbado y *se iría á pique*. Se dice que un buque se va á pique cuando se llena de agua y se sumerge en el mar.

No sólo el viento hace ir á pique los buques. Algunas veces sucede también que los buques chocan con rocas que se encuentran en las costas, abriéndose agujeros por donde penetra el agua en gran cantidad, á punto de llenarlos y hundirlos en el mar.

¿Pueden saber los marinos cuándo hay rocas en las aguas? ¿Pueden verlas?

No siempre se ven.

¿Qué se hace para precaver á los marinos contra ese peligro?

Se colocan en las costas, en puntos elevados, lo que se llama *Faros*, que son unos grandes faroles, giratorios generalmente, que sirven para anunciar á los navegantes la proximidad de la tierra ó la existencia de rocas.

Los buques que se pierden ó hunden en el mar, se dice también que *naufragan*.

Un *naufragio* es una cosa horrible, porque no so-

lamente se destruyen y pierden los buques con sus cargamentos, sino que se ahogan las personas que van dentro de ellos.

Los pobres marineros y pasajeros, cuando ocurre un naufragio hacen esfuerzos extraordinarios por salvar su vida: unos se meten en pequeños botes; otros se agarran de tablas ó vigas grandes. Cada uno busca un medio cualquiera para mantenerse á flote.

Algunas veces consiguen salvarse de esa manera si por suerte pasa pronto algún buque que los recoge. Pero muy á menudo las olas del mar, el frío y aun el hambre y la sed, concluyen con ellos. Se cuenta de muchos náufragos que han pasado varios días en un pequeño bote, esperando auxilio, privados de todo género de alimentos. En esa situación comen todo lo que cae bajo sus manos, ¡y á veces se comen los unos á los otros!

¿Y para qué sirven los buques?

¿Lo sabe alguien?

Sirven para conducir las mercancías y las personas de un punto á otro. Por medio de los buques es que se hace el comercio, esto es, el cambio de las producciones de todos los países. Nosotros, por ejemplo, mandamos en ellos á Inglaterra, Francia, España, Italia, Bélgica y otros países, los cueros, las lanas, la carne de nuestros ganados, los huesos, las crines, etc., etc., etc.,

y de esos países nos mandan, á su vez, géneros, muebles, cristales, ropa, libros, comestibles, etc., etc.

LECCIÓN LX.

Larrañaga.

Conozco un niño llamado Federico, que es muy amigo de estudiar las ciencias naturales.

Así como otros muchachos dedican todo su tiempo á pasear y jugar, Federico emplea las horas que le dejan libres sus tareas escolares, en aumentar sus conocimientos y en ejercitar útilmente sus facultades intelectuales. Todos los Domingos, en cuanto recibe la pensión que sus padres le dan, toma el tranvía y emprende alguna excursión por los alrededores de Montevideo para recoger rocas, insectos y vegetales, que después arregla y colecciona con suma prolijidad.

Un día, á la vuelta de una de esas excursiones, Federico le dijo á su padre:

— Papá, ¿por qué le han puesto *Larrañaga* á un

camino que existe en los alrededores y pasa por el pueblito de Atahualpa?

— Don Dámaso Antonio Larrañaga, mi hijo, fué un buen oriental, que prestó muchos é importantes servicios á nuestro país, y que vivió precisamente en el camino que hoy lleva su nombre, allí donde se halla la linda capillita de Jackson.

— ¿Y qué servicios prestó Larrañaga? Tendría gusto en conocerlos. ¿Fué un General ó un Presidente?

— Ninguna de las dos cosas. Como ciudadano tiene grandes títulos á la consideración pública; pero su fama y su gloria principal consiste en haber sido uno de los primeros sabios de nuestro país. Es el primer naturalista que ha tenido la República.

— ¿De veras, papá?

— Sí, mi hijo; de veras.

— ¡Qué placer tendría si me dijese lo que hizo ese sabio naturalista!

— Te lo diré. Larrañaga introdujo en nuestro país una porción de plantas útiles, especialmente la morera, que, como sabes, sirve para alimentar el gusano de seda. Fué el primero que ensayó con éxito feliz la cría de este útil animalito, cosechando una buena cantidad de seda, con la que hizo tejer algunos objetos que llamaron mucho la atención de las gentes. Intro-

dujo también las ostras, ese molusco tan apreciado por los gastrónomos.

Realizó varias excursiones al interior de la República para estudiar sus plantas, formando un notable herbario de vegetales medicinales y de aplicación industrial, y coleccionando una gran cantidad de aves, insectos y minerales de mucho mérito. Descubrió varios fósiles en distintos puntos del territorio.

Sus trabajos merecieron distinciones muy honrosas de varias sociedades científicas de Europa.

También se dedicó mucho al estudio de la astronomía y á las observaciones microscópicas.

Según uno de nuestros historiadores, su dedicación á esta última clase de estudios le produjo una enfermedad á la vista, de cuyas resultas ennegueció completamente, perdiendo así nuestro país los servicios de tan importante ciudadano.

— ¡Cuánto gusto tengo en saber todo eso, papá! dijo Federico. Yo creía que nosotros no habíamos tenido nunca verdaderos sabios.

— Te equivocas, mi hijo. Aunque nuestro país es pequeño y tiene pocos años de existencia independiente, ha tenido ciudadanos muy notables por sus talentos y sus virtudes. Ya has de ir conociéndolos poco á poco.

LECCIÓN LXI.

Apología del choclo.

Es el choclo la planta esclarecida,
Del reino vegetal gala y decoro:
Verdes capas le ciñen la escondida
Mazorca donde guarda su tesoro;
Ésta en su extremidad es guarnecida
De un joyante penacho de hebras de oro,
Y su tallo interior, al sol velado,
Va creciendo de perlas esmaltado.

Tiernos granos en leche, que jugosos
Se aprestan de maneras diferentes,
En el gordo puchero son sabrosos,
Y en el guiso no menos excelentes;
Más plausibles, empero, y primorosos
Son los dotes del choclo, y más patentes
Cuando ya seco, sin mudar de forma,
En maíz su nombre se transforma.

El maíz, que según graves autores
Era el trigo de América estimado,
En topacios de nítidos colores
Ya sus pálidas perlas ha cambiado;
Con él se hacen manjares superiores
En mazorca, á granel ó triturado,
Y hasta pan nutritivo y buen bizcocho,
Se elaboran del blanco y del *morocho*.

Con el maíz, sin otro condimento,
Se hace la *mazamorra*, manjar grato,
De diversas familias alimento,
Y lo que es esencial, sano y barato;
Ella en mesas también de lucimiento
Suele apreciarse preferente plato;
Y hay quien piensa que Júpiter hacía
De blanca mazamorra su ambrosía.

Rica es la mazamorra, y si es con leche
Suple al postre mejor, y el dulce ahorra;
Más grata que salmón en escabeche,
Repetida no cansa, ni da en borra.
No hay quien pollos por ella no deseche
Cuando canta el lechero: ¡*mazamorra!*
Que él trae á sus marchantes, á horas fijas,
Desde el tambo lejano en seis botijas.

Los hombres, y las aves, y animales
Con maíz se alimentan diariamente,
Que en la yerma campaña, entre otros males,
La carencia de pan es muy frecuente.
Entonces de maíz los Orientales
Hacen el blando *mote*, é igualmente
El pororó ó rosetas, en que hallo
La excelencia especial del *pisingallo*.

De él se hace la fresca *chicha*
Que ansioso el etíope bebe,
Y el *gofio* que los canarios
Al dulce mejor prefieren.

Sus secas hojas al pobre
Mullido colchón ofrecen,
Ó en el aterido invierno
De su hogar el fuego encienden.

En su *chala*, por más gratos
Los cigarrillos se envuelven,
Y ella misma en las penurias
Sirve de tabaco á veces.

Así á la virtud del choco
Mil beneficios se deben,

Pues por él cocina el hombre,
Bebe, come, fuma y duerme.

La sustanciosa *polenta*
También al maíz se debe,
Que bien sazonada luce
En italianos banquetes.

Con él se hacen varias pastas
Que á las de trigo no ceden,
Y el choclo asado al rescoldo
Más grato sabor adquiere.

El tierno *locro* en las mesas
Es dulce plato, y merece
Que entre él y la mazamorra
Indeciso el lauro quede.

Mas, las sabrosas *humitas*
Que en su hoja misma se envuelven,
Doquier con razón se ostentan
Cual digno manjar de reyes.

En fin, el pastel de choclo,
Altos aplausos obtiene,
Sirviendo su misma chala
De limpio mantel y fuente.

Así el maíz ó choclo esclarecido
Al trigo en alto mérito se iguala,
Y en su doble acepción ha merecido
El honor con que el mundo le señala.
Hay poetas que á Ceres han fingido
Coronada de choclos por gran gala:
Su gloria es merecida; yo, por tanto,
Al dignísimo choclo como y canto.

(FRANCISCO A. DE FIGUEROA.)

LECCIÓN LXII.

La cabeza al revés.

Había una vez un hombre tonto, llamado don Canuto, á quien se le había ocurrido que tenía la cabeza al revés.

Sus dos sirvientes, Juan y Tomás, estaban muy preocupados con el estado de su patrón.

Uno de ellos llamó al médico.

Éste vino, y Juan le dijo: — Me alegro, señor, que

haya Vd. venido. El amo está medio loco; es preciso que Vd. lo vea y haga esfuerzos por curarlo.

— ¿Dónde se halla el enfermo? Dígale Vd. que yo deseo verlo.

— Ahí viene.

— Bueno, voy á hablar con él.

(*Entra don Canuto.*)

— ¡Hola! doctor; ¿usted por aquí? ¡Cuánto gusto en verlo! ¿Cómo lo pasa Vd.? Me felicito de que haya Vd. venido, aunque me parece que ya es tarde.

— ¿Qué tiene Vd., señor?

— ¡Ah! me ha sucedido una cosa terrible, muy terrible. Varios ladrones me atacaron la otra noche, y me cortaron la cabeza para sacarle el cerebro, porque yo soy un hombre de mucho talento. Luchando con ellos logré recobrar mi cabeza y traté de ponerla en su lugar, pero con el apuro la coloqué mal y ha quedado invertida. ¿No ve Vd.? Tengo lo de atrás para adelante y lo de adelante para atrás.

— En efecto, Vd. ha cometido un lamentable error. Debió Vd. llamar un cirujano para que le acomodase la cabeza, en lugar de fiar en su propia habilidad. Permítame examinarlo. (*Hace girar la cabeza del enfermo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, como si realmente la estuviese examinando, y después dice:*) Está mal colocada, indudablemente;

pero es muy fácil arreglarla bien. No tenga Vd. duda.

— ¿Lo piensa Vd. así, doctor?

— Ya lo creo; y tengo la más completa seguridad de éxito; mas exijo que Vd. me deje trabajar con entera libertad.

— ¿No hay peligro, doctor? Es un trance muy grave.

— Yo le garanto á Vd. la cura, si me permite Vd. hacer todo lo que es necesario.

— Me pongo á su disposición como un cordero. Estoy dispuesto á soportar todo lo que Vd. quiera. No hay nada más desagradable que tener la cabeza al revés.

— Así es, efectivamente; pero yo confío en que todo saldrá bien. Vamos á hacerle la operación, empezando por vendarle los ojos, para que Vd. no se alarme con los preparativos.

— No tenga Vd. cuidado. Haga Vd. lo que le parezca. (*El doctor le venda los ojos.*)

— Empecemos por sacarle la lèvita y el chaleco para que la operación pueda ejecutarse con toda comodidad. Ahora, Juan, agárrele Vd. al señor la oreja izquierda, y cuando yo haga la señal, dé Vd. á don Canuto un fuerte tirón para la derecha, y Vd., Tomás, tome la oreja derecha y tire de ella para la izquierda cuando yo indique. Entretanto yo separaré la cabeza

del pescuezo y la acomodaré bien. (*Le arrolla al enfermo una pequeña cuerda al cuello, y toma la punta con una mano.*) Voy á contar ahora hasta tres, y á la palabra tres, muévanse los dos á la vez. . . Una. . . dos. . . tres. . . (*Juan y Tomás tiran con violencia aparente de las orejas de don Canuto y el doctor aprietta la cuerda, para hacer creer al enfermo que ha separado la cabeza del cuerpo. . .*) Ya está.

— ¡Ay! doctor, exclama don Canuto; ¡soy un hombre muerto!

— Nada de eso, contesta el doctor; pero si Vd. habla durante la operación, yo no respondo del buen resultado. Cállese Vd. la boca. (*Hace como si acomodase la cabeza en su verdadero lugar, y después le dice á Juan:*) Alcánceme el frasco de *turinga pendorum quorum* para estancar la sangre y componer la piel. (*Lava el cuello del enfermo con un poco de agua pura, y dice:*) Ya está terminada la operación, señor don Canuto: ha salido admirablemente bien. La cabeza se halla en su lugar.

— ¡Qué bien! dicen los dos sirvientes á la vez.

— Magnífica operación, agrega el doctor. — Permítame, mi señor don Canuto, dar noticia de ella en *El Ferrocarril*. — Juan, traiga un espejo para que su patrón pueda verse, poniéndole antes la levita y el

chaleco. (*Juan le coloca á su amo ambas piezas de ropa y trae en seguida un espejo.*)

— ¡Pero yo no puedo verme! exclama con ansiedad don Canuto: la venda me tapa los ojos.

— ¡Ah! es verdad; saquémosle primero la venda.

(*El sirviente se la saca y don Canuto se mira entoncés en el espejo, exclamando con indecible complacencia:*) — ¡Ah! ¡esto es admirable! (*Se mira bien; da vuelta la cabeza para todos lados; se abotona y desabotona la levita.*) ¡Admirable! ¡admirable! doctor; estoy muy grato á sus servicios. Páseme la cuenta y crea que nunca olvidaré su habilidad y notable sabiduría. — ¿Cree Vd. que ahora podré comer con toda seguridad, sin que la comida se me atragante?

— ¡Ya lo creo! Y puede Vd. ensayarlo en el acto mismo con toda confianza.

Don Canuto mandó sacar el almuerzo y se sentó con el médico á comer, completamente convencido de que la cabeza se le había compuesto.

LECCIÓN LXIII.

Don Tomás Gómez y los hermanos Ruiz.

Allá por el año 1825 existía en la Agraciada, lugar del Departamento de Soriano, un oriental llamado don Tomás Gómez.

Entonces nuestro país estaba bajo la dominación de los Brasileños, quienes lo gobernaban en calidad de dueños.

Don Tomás Gómez no podía conformarse con que su patria perteneciese á una nación extranjera. Cuando miraba flamear la bandera Brasileira en los edificios públicos, y veía á los jefes y empleados del Brasil dictar órdenes y disponer de todo, se sentía avergonzado y rebosaba de indignación.

« En la patria de los Orientales, decía, nadie puede mandar sino los Orientales. »

No había podido resolverse á emigrar á la República Argentina como otros compatriotas, porque sentía dejar la tierra querida en que había nacido; pero soñaba con promover una revolución para expulsar á los Brasileños, y se reconocía capaz de sacrificar su

vida y sus intereses en favor de la independencia nacional.

Así que llegó á su noticia que los *Treinta y Tres* patriotas habían formado el plan de invadir la Banda Oriental, Gómez les escribió ofreciendo sus servicios con toda abnegación para cualquier cosa que necesitaran.

Los Treinta y Tres aceptaron su ofrecimiento, y quedó convenido que él los esperaría con caballos y otros auxilios en la costa de la Agraciada, donde debían desembarcar para iniciar la gloriosa revolución.

El día señalado, Gómez, con algunos compañeros, ocurrió al lugar de la cita, llevando caballos para sus amigos, con todo el sigilo necesario para que los Brasileños no advirtieran la trama que se urdía contra ellos.

Ese día no aparecieron los Treinta y Tres.

Volvió Gómez á la noche siguiente, después de asegurarse de que sus amigos podían desembarcar sin peligro; pero éstos no se presentaron tampoco.

Volvió una tercera vez, y ocurrió lo mismo.

Hubiera seguido así con toda perseverancia; pero los Brasileños no se lo permitieron. Advertidos de que Gómez tramaba alguna cosa, dieron la orden de aprehenderlo, y el patriota tuvo que huir á la República Argentina.

Por esa circunstancia, cuando llegaron los Treinta

y Tres á la Agraciada, no encontraron quién los recibiera.

Así mismo no faltó quién cooperase á la obra del patriotismo.

Muy cerca de la Agraciada vivía una familia de Ruiz, de la que formaban parte dos jóvenes orientales, muy entusiastas y decididos.

En cuanto los hermanos Ruiz supieron que los Treinta y Tres esperaban auxilios para desembarcar, arriesgando su vida y sus intereses, prepararon todo lo necesario para favorecer el desembarco; y en la noche del 18 de Abril de 1825, llevando una cantidad de caballos y víveres, se dirigieron á la costa de la Agraciada, donde hicieron unas grandes fogatas para anunciar á los patriotas que podían pisar el suelo de la patria con toda seguridad.

Á las doce de la noche se aproximaron los botes en que venían los Treinta y Tres, y éstos desembarcaron, llenos de entusiasmo, para iniciar la grandiosa campaña que dió por resultado la independencia de la patria.

Honremos la memoria de don Tomás Gómez y de los hermanos Ruiz, como hemos honrado antes la de los Treinta y Tres Patriotas.



EL JURAMENTO DE LOS TREINTA Y TRES. — 19 DE ABRIL DE 1825.

LECCIÓN LXIV.

Los Treinta y Tres.

Llega la hermosa y silenciosa noche
Del diez de Abril del año veinticinco,
Luce la luna y con ardiente ahinco
Nueve hombres se disponen á partir;
Toman sus armas; presurosos llegan
De San Isidro á la cercana costa,
Y con valor que en ellos no se agosta,
Se alejan ya, dispuestos á morir.
Allí va Oribe, Freire, Lavalleja,
Spíkerman, Colmán, Sierra, Echeveste,
El sargento Areguatí, y junto á éste
También sereno va Leguizamón;
Ninguno muestra en su semblante el miedo,
Que tal no cabe en hombres de su talla,
Que no encontraron á su arrojo valla
Ni sintieron temblar su corazón.

Dentro un estrecho y débil barquichuelo,
Que al viento suelta su rizada vela,
Y al débil rayo de la luz que riela
La blanca luna sobre el Paraná,

Surcan sus aguas, que el ambiente deja
Dormir tranquilas como en un letargo,
Y al cabo arriban sobre el Brazo-Largo,
Isla preciosa que en su seno está.
Allí, teniendo por albergue el monte,
Por lecho yerbas que en el suelo crecen,
Ven ocultarse el sol por ocho veces
En medio de la duda y el afán,
Hasta que al cabo divisar consiguen,
Entre el follaje que el lugar corona,
De otro barquillo la blanquiza lona
Haciendo rumbo do esperando están.

Era la tropa del audaz caudillo
Que aquella empresa colosal mandaba,
Y entre peligros sin cesar buscaba
Á los valientes que juró lealtad.
Baja; y apenas treinta y dos leones (1)
Forman tan sólo la falange unida,
Que va á su patria á devolver la vida
Volviendo á conquistar su libertad.

Entre ellos forma Zufriateguy, el bravo
Pino, Meléndez, Gómez y Miranda,

(1) Según el poeta, sólo 32 patriotas desembarcaron en la Agra-
ciada. El número 33 lo formó don Basilio Araújo, que hizo el viaje
por tierra.

Romero y Rojas, que oyen la demanda
Y acuden presurosos á lidiar;
Ortiz, Acosta, Núñez y Sanabria,
Trápani, Artigas, Nievas y Gadea,
Carapé y Rosas, que ansían la pelea,
Sin que su arrojo puedan refrenar.

Su altivo jefe, Lavalleja, erguido,
Mudo contempla la legión formada,
Y alzando al Cielo su cortante espada,
Así le dice con potente voz:

« ¿Juráis, mis bravos, redimir la patria,
Doquier siguiendo mi gloriosa huella,
Y si es preciso perecer por ella,
Juráis, mis bravos, ante el mundo y Dios? »

Y un solo grito, que pobló la selva,
Rodando al fondo por sus hondos huecos,
Responde al héroe en estridentes ecos:

« ¡Sí, Lavalleja, lo juramos, sí! »
Y el sol que brilla en su dosel de fuego,
Sobre su frente sus destellos lanza,
Y es que, sin duda alumbra la esperanza
De las hazañas que concibe allí.

El jefe luego se volvió á su tropa
Y la partida en el instante ordena;
Llega á sus lanchas con la faz serena
Y el ancla manda con afán levar.

La fresca brisa con su soplo azota
Todo el velamen que su impulso siente,
Y haciendo rumbo la flotilla á Oriente,
Las mansas aguas comenzó á surcar.

(ALCIDES DE-MARÍA.)

LECCIÓN LXV.

Los indios.

Los niños todos creen que nuestro país ha sido siempre como lo ven hoy.

Es bueno, sin embargo, que sepan la verdad.

Hubo un tiempo, hace muchos años, en que no había en el territorio de la República ni ciudades, ni pueblos, ni ferrocarriles, ni telégrafos, ni puentes, ni plantaciones, ni estancias, ni gentes civilizadas.

Todo era un campo desierto, con extensas praderas y pequeños bosques á la orilla de los ríos y arroyos.

Existían algunos habitantes, pero no eran personas civilizadas, vestidas como nosotros, y rodeadas de todas las comodidades que disfrutamos ahora. Los habi-

tantes de nuestro país eran *indios*, que andaban casi desnudos, vivían en pequeños toldos que podían llevar de un lado á otro, y se alimentaban con las aves que cazaban y los peces que sacaban de los ríos.

Los indios tenían un color obscuro. Sus facciones eran regulares, aun cuando la nariz parecía algo estrecha y hundida entre los ojos, que eran negros, pequeños y brillantes. Estaban dotados de un oído excelente, y poseían dientes muy blancos, y tan fuertes, que no los perdían sino por accidente ó en edad muy avanzada. Eran escasos de cejas y de barbas. Poseían un hermoso cabello negro, espeso y lustroso, que no se les caía nunca, encaneciendo á medias á la edad de ochenta años; lo llevaban muy largo: las mujeres suelto, los hombres atado, y los adultos agregaban al nudo algunas plumas colocadas verticalmente. Los varones usaban un palo de cuatro ó cinco pulgadas de largo y dos líneas de ancho, atravesado de parte á parte en el labio inferior, á la raíz de los dientes, que sus madres les ponían á los pocos días de nacer. Tenían los pies y las manos bien formados. Gozaban de una robusta salud (1).

(1) Los datos de esta lección son tomados casi textualmente de la obra del señor Bauzá, titulada: «Dominación Española en el Uruguay».

Eran muy curiosas las costumbres de esos hombres.

En lugar de las ropas de lana, seda, algodón ó hilo, que nosotros usamos, se tapaban en los días fríos con pieles de varios animales, que arreglaban en forma de camisetas, sin mangas, ni cuello, y que les llegaban hasta el estómago. Las mujeres vestían siempre una especie de enagua, que las cubría desde la cintura hasta la rodilla.

Sus habitaciones eran toldos, formados por cuatro palos y unas débiles esteras, que plantaban donde les tomaba la noche; algunos tenían una especie de hamacas que sujetaban entre dos troncos de árboles; pero los más dormían sobre el suelo duro ó sobre un cuero de venado.

Su comida consistía en la carne de los venados, los avestruces, las mulitas, los peces de los arroyos y ríos, las aves, y algunas frutas silvestres. Entonces no había vacas, ni carneros, ni cerdos, ni gallinas, etc.

Su bebida principal era el agua. No conocían el vino, pero fabricaban un licor, llamado *chicha*, que hacían con miel de abejas salvajes.

Cazaban las aves y los animales que servían para su alimentación, con flechas y bolas. Las flechas, que también les servían para pelear, eran unas varas flexibles, con una punta aguda de piedra ó madera endu-

recida al fuego, que lanzaban con gran velocidad y puntería por medio de un arco elástico. Las bolas eran unas piedras redondeadas, sujetas á unas cuerdas hechas con la corteza de algunas plantas, que arrojaban con gran fuerza sobre los animales y personas, después de darles unas vueltas rápidas sobre la cabeza.

No tenían botes como los nuestros para navegar. Sus botes consistían en canoas formadas de troncos de árboles gruesos, que ahuecaban por medio del fuego. En el hueco de esos troncos se metían para andar por los ríos y arroyos, empleando, en vez de remos, una especie de palas cortas con la extremidad muy ancha.

En caso de enfermedad, que era raro entre ellos, servíanse de *adivinos*, que reputaban médicos. El remedio más común que éstos usaban se reducía á chupar con fuerza el estómago del paciente, para sacar, según pensaban ellos, el mal que había dentro.

Á los muertos los enterraban con todas sus armas y los escasos utensilios que tenían. Lloraban mucho al difunto, y las hijas, esposas y hermanas se cortaban una articulación de alguno de los dedos por cada muerto de la familia.

Éstas eran las costumbres de los indios llamados *Charrúas*.

Había otras tribus en la República: las de los *Chanás*, *Arachanes*, *Yaros*, *Minuanes*; pero sus

costumbres, como las de todos los indios, eran muy semejantes.

Todas estas tribus formaban la población de la República hace 300 ó 400 años.

Todavía existen algunos descendientes de ellas; pero no conservan sus costumbres, ni viven aislados. Se han incorporado á la nueva población, que se compone, como todos saben, de hijos de españoles, italianos, franceses, ingleses y otros pueblos que han venido á establecerse en nuestro lindo país, después de su descubrimiento y conquista.

LECCIÓN LXVI.



El escudo nacional.

Todos los niños conocen el escudo nacional.

No habrá, de seguro, nadie que no haya visto alguno sobre la puerta de la Comisaría, de la Junta Económico-Administrativa ó de otra oficina pública.

Ese escudo está formado por un óvalo que tiene un sol en la parte superior, unos cañones en la inferior, en los costados un grupo de banderas orientales ple-

gadas, y en su interior, dividido en cuatro departamentos, una balanza, un cerro, un novillo y un caballo.

La *balanza* simboliza la *igualdad*, lo que quiere decir que los orientales no admiten entre ellos distinciones de ninguna clase; que todos, lo mismo el simple jornalero que el acaudalado propietario, el hijo del rico que el del pobre, el blanco que el hombre de color, tienen los mismos derechos y los mismos deberes: — lo que uno puede hacer, lo puede hacer el otro; lo que le es prohibido al uno, le es prohibido al otro.

La balanza representa también la *justicia*, lo que significa que las leyes de la República y sus funcionarios deben ser siempre justos, esto es, deben dar á cada uno lo que es suyo.

El *Cerro* simboliza la fuerza.

Es ésa una simple aspiración, pero una aspiración fundada; porque aunque nuestra nación no pueda todavía competir en poder con la mayor parte de los países, es dado esperar, contando con las virtudes de sus hijos, con su valor y patriotismo, que llegará pronto el día en que pueda figurar entre los Estados más poderosos. Todos los grandes países que hoy existen: la Francia, la Alemania, la Inglaterra, los Estados Unidos y otros, han sido alguna vez pequeños. ¿Por qué no hemos de llegar á ser nosotros

como ellos, teniendo, como tenemos, un territorio extenso, fértil y provisto de espléndidas riquezas, y una población inteligente, industriosa y valiente?

El *nóvillo* representa la riqueza de la República, que, como todos saben, está hoy, y lo estará por mucho tiempo, cifrada principalmente en las innumerables cabezas de ganado que apacientan en nuestras fértiles y bellas campiñas, dando base con sus carnes, sus pieles y todos sus productos, á nuestro extenso comercio con las naciones europeas y americanas.

El *caballo* simboliza la libertad, que quiere decir el derecho de hacer todo lo que las leyes no prohíben; no, como algunos piensan, el derecho de hacer lo que nos dé la gana.

La libertad significa: el derecho de dedicarse al trabajo que uno prefiera;—de moverse de un lado á otro sin dar cuenta á nadie;—de tener un hogar respetado por todos, por los ciudadanos lo mismo que por las autoridades;—de hablar y escribir lo que uno piense, sin ofender á otros;—de elegir sus gobernantes y de exigir á éstos que gobiernen con sujeción á la Constitución y las leyes.

Á esa libertad se refiere nuestro himno, cuando dice:

¡Libertad! ¡libertad! Orientales,
Este grito á la patria salvó,
Que á sus bravos en fieras batallas
De entusiasmo sublime inflamó.
De este don sacrosanto la gloria
Merecimos . . . ¡tiranos temblad!
¡Libertad en la lid clamaremos,
Y muriendo también libertad!

Es preciso, pues, respetar y mirar con cariño el escudo nacional, porque él nos enseña lo que debemos amar y desear todos los Orientales.

LECCIÓN LXVII.

Montevideo.

Ahí estás, Montevideo,
Extendida sobre el río,
Como virgen que en estío
Se ve en el lago nadar.

La Matriz es tu cabeza,
Es la Aguada tu guirnalda,
Blancos techos son tu espalda,
Y tu cintura, la mar.

Ciudad coqueta, sonrías
Cuando ves los pabellones
De poderosas naciones
Flamear en rico bajel;
Y les pagas las ofrendas
Que ellos traen á tu belleza,
Con tu campo y la riqueza
Que derrama Dios en él.

En tu puerto á centenares
Mécense los masteleros,
Como bosques de palmeros
Que sacude el vendaval.
Y si en él se ve de noche
Navegar rápida vela,
Parece garza que vuela
De algún lago en el Juncal.

En las noches sin estrellas,
Tenebrosas del invierno,
Cuando el mar es un infierno
Que al marino hace temblar,

Tú, benéfica iluminas
Sobre tu roca gigante,
Un fanal que al navegante
Seguro norte va á dar.

En otro tiempo los reyes
Levantaron alta valla
De impenetrable muralla,
Para oprimirte, beldad;
Pero el hierro del esclavo
Sacudiste de tus brazos,
Y los muros á pedazos
Derrumbó la libertad.

Eres tú, Montevideo,
Del Plata blanca sirena,
Y tu entraña una colmena
Cuya miel es el amor.
Feliz el labio que guste
De tu miel, ciudad de amores,
Que tus hijas son las flores
Que dan tan dulce licor.

Tus hijas todas son ángeles
En dulzura y en pureza,
Son estrellas en belleza,
De la vida el iris son.

Por ellas, sólo por ellas,
Eres tú, Montevideo,
De mi memoria recreo,
De mis sueños ilusión.

(LUIS DOMÍNGUEZ.)

LECCIÓN LXVIII.

Los maestros.

Hay algunos niñitos tontos que no saben agradecer á sus maestros lo que hacen por ellos.

Por cualquier motivo se enojan y les dicen cosas desagradables que los lastiman y entristecen. Otras veces, aunque se callen la boca, salen de la Escuela pensando que son víctimas de sus maestros, á quienes atribuyen el propósito de incomodarlos por simple placer ó por mala índole.

Es preciso que los niños y niñas no procedan así ni abriguen tales pensamientos.

Los maestros merecen el mayor cariño y respeto, porque si alguna vez imponen á sus discípulos tareas

que éstos reputan penosas, es por su bien, únicamente por su bien, que lo hacen, puesto que ellos no pierden nada con que los niños sean ignorantes ó mal educados.

Quizás en alguna ocasión, como sucede á los mismos padres, pierden la paciencia con niños muy impertinentes y se expresan en términos más duros y severos que los convenientes y debidos. Pero eso mismo debe excusárseles, teniendo en consideración que sus tareas son muy arduas y fatigosas. Piensen, en efecto, los niños, todo el trabajo, todas las contrariedades que soportan los maestros. Piensen que pasan su vida entera lidiando desde la mañana hasta la noche con toda clase de muchachitos, torpes unos, caprichosos otros, traviesos ó mal criados muchos; que tienen que enseñarles á leer, á escribir, á contar y á hacer y aprender una infinidad de otras cosas; y que esto, ya de por sí trabajoso, se hace más difícil cuando falta el orden y la debida atención de parte de los educandos.

Piensen, además, que los maestros están obligados á satisfacer los deseos y exigencias de los padres y autoridades; y que esos deseos y exigencias no siempre pueden satisfacerse sin grandes esfuerzos, que á menudo afectan su salud y acaban con su vida.

Conozco una joven maestra de 20 años, cuya existencia constituye un verdadero martirio; y como ella hay muchas.

Esa joven es el único amparo de sus ancianos padres.

Los esfuerzos, las vigiliias que ha necesitado pasar para adquirir el título de maestra, y las tareas que la enseñanza le impone, han quebrantado su salud á tal extremo, que, según los médicos, no podrá vivir sino un limitado número de años.

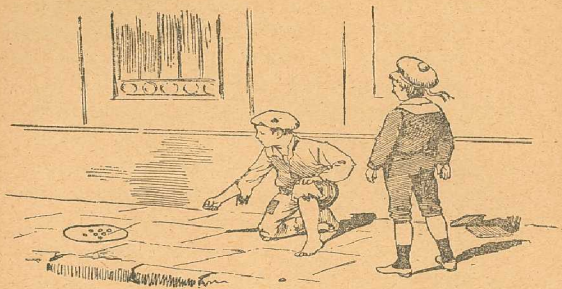
Así mismo ella no falta jamás á sus clases. Con días húmedos, fríos, lluviosos, sale de su casa para ir á la Escuela. La humedad y el frío agravan sus males y una fuerte tos la acosa sin cesar; pero ella, inspirada por el generoso propósito de asegurar el pan de sus ancianos padres, no se acobarda nunca. Con la conciencia tranquila y satisfecha, sigue imperturbable su pesada tarea, y cuando regresa á su casa, en lugar de descansar, dedica su tiempo á cuidar á sus pobres viejitos y á proporcionarles todas las pequeñas satisfacciones que su amor le sugiere.

Jamás la vence el cansancio, jamás la rinden y abaten sus males.

La única contrariedad que algunas veces la desalienta, es la demora en el pago de sus sueldos, porque entonces tiene que imponer á sus padres privaciones que no desearía verles sufrir.

Piensen siempre todos los niños de buen corazón en la historia de la joven maestra, y hagan empeño por ser dóciles y buenos.

LECCIÓN LXIX.



Un rabonero.

Pedro Castellanos salió de su casa para ir á la Escuela.

—Vete derecho á la Escuela, le dijo su buena madre. No te entretengas en el camino. Ya sabes que el maestro se queja cuando llegas tarde.

—Sí, mamá, contestó; no tengas cuidado. Me voy derecho á la Escuela.

Pero el amigo Castellanos era muy aficionado á las rabonas. Una vez fuera de su casa, se puso á pensar

en la clase, en las largas horas que iba á pasar escribiendo, leyendo, haciendo cuentas, sobre todo euentas, y se dijo á sí mismo: « Pedrito, ¿qué te conviene más: ir á la Escuela á aburrirte, permaneciendo sujeto hasta las cuatro de la tarde, ó *largarte* por esas calles de Dios á parrandear á tu gusto, después de buscar algún amigo desocupado con quien pasar agradablemente el tiempo? Lo primero no tiene atractivos, pero lo segundo ofrece ciertos inconvenientes. . . Si mi padre sabe que he hecho la rabona, me va á penitenciar, quizá me dará unos. . . No importa: me decido por la rabona. »

En consecuencia tomó rumbo á la Aguada, en lugar de dirigirse hacia la Escuela.

Por el camino encontró varios grupos de niñitos que marchaban para sus respectivas Escuelas, con la cartera colgada ó con los libros en la mano.

« ¡Qué zonzos! decía él, al ver cada grupo. Se van á encerrar en la Escuela, mientras yo me voy á pasear. Pero (añadió, prosiguiendo su camino) cuando esos niños vuelvan á sus casas, sus madres les darán un beso afectuoso, mientras que á mí me recibirá la mía con frialdad, y mi padre me dará una buena penitencia. Quizá sería mejor que yo me fuese también á mi Escuela. ¿Qué haré? . . . ¿Iré ó no? . . . »

Iba pensando en lo que haría, cuando descubrió en

una esquina un grupo de pillitos que jugaban á las bolitas.

Pedro era un gran jugador de bolitas. Le pareció que no debía desperdiciar la ocasión de echar una partida. Hizo á un lado los pequeños escrúpulos que le quedaban, y se acercó al grupo de jugadores.

— ¿Quién quiere jugar á la *troyita*? dijo.

— Yo le *jugo*, contestó un pillito de boina colorada, separándose del grupo para hacer cancha aparte.

Pedro sacó sus bolitas; trazó un pequeño círculo en la vereda con un pedazo de carbón, y la troyita quedó armada con todas las reglas del arte.

La primera partida la ganó Pedro, y la segunda estaba en camino de ganarla también, cuando el pillito, viendo que iba á perder su pequeño caudal, se lanzó sobre la troyita, recogió precipitadamente todas las bolitas y echó á correr.

Pedro se apresuró á gritar: « ¡atajen! ¡atajen! »

Á los gritos acudió un celador, y viendo el grupo de jugadores, se lanzó sobre ellos para llevarlos á la Comisaría.

Pedro huyó con los otros muchachos; pero lo hizo con tan mala suerte, que tropezó en unas piedras y cayó al suelo, dando tiempo para que el celador se arrojase sobre él y lo tomase de un brazo.

— Ahora vamos á ver al Comisario, le dijo. Él te

ajustará las cuentas por haber estado jugando en la calle.

En vano quiso Pedro desasirse del celador y escapar á la vergüenza de ser conducido preso. No hubo remedio. Fué preciso ceder á la fuerza.

El pobre rabonero, en lugar de pasear y divertirse, tuvo que permanecer en la Comisaría tres ó cuatro horas, hasta que el Comisario, considerando suficientemente penada su falta, lo puso en libertad, previéndole que otra vez lo haría dormir en el Cabildo.

Así pagó Pedro su rabona, y así la pagan más ó menos todos los raboneros.

LECCIÓN LXX.

La ardilla, el dogo y el zorro.

Madama ardilla con un dogo fiero,
Compadre antiguo suyo y compañero,
Salió al campo una tarde á solazarse.
Entretenidos iban en gustosa
Conversación, y hubieron de alejarse
Tanto, que encapotada y tempestuosa

Los sorprendió la noche á gran distancia
De su común estancia.
Otra posada no se les presenta
Que una alta encina, añosa, corpulenta;
El hueco tronco ofrece albergue y cama
Á nuestro dogo; la ligera ardilla
Se sube de tres brincos á una rama,
Y lo mejor que puede se acuelilla.
Danse las buenas noches, y dormidos
Quedaron luego. Á lo que yo barrunto,
Eran las doce en punto,
Hora propicia al robo y al pillaje,
Cuando aportaba por aquel paraje
Uno de los ladrones foragidos
De más renombre, ún zorro veterano,
Terror de todo el campo comarcano
En leguas veinte ó treinta á la redonda.
En torno al árbol ronda,
Alza el hocico hambriento
De palpitante carne, atisba, husmea,
Y ve á la ardilla en su elevado asiento.
Ya en su imaginación la saborea
Y la boca se lame,
Y la cola meneas;
Mas ¿cómo podrá ser que á tanta altura
Si no le nacen alas se encarama?

Iba casi á decir *no está madura*,
Cuando le ocurre una famosa idea.
« Bella señora mía,
Vuesamerced perdone, la decía,
Si interrumpo su plácido reposo;
Después de tanto afán, cuando el consuelo
De hallarla me concede al fin el cielo,
No puedo contener el delicioso
Júbilo que de mi alma se apodera.
¿No me conoce Vd.? Su buena madre,
Hermana fué de mi difunto padre:
Tengo el honor de ser su primo hermano.
¡Ay! en su hora postrera
El venerable anciano
Me encomendó que luego en busca fuera
De su sobrina, y la mitad le diera
De la hacenduela escasa
Que al salir de esta vida
Nos ha dejado. Á mi paterna casa
Sea usted, pues, mil veces bien venida,
Y déjeme servirla en el viaje
De escudero y de paje.
¿Qué es lo que duda usted? ¿Qué la detiene,
Que de una vez no viene
Á colmar mi ventura, en lazo estrecho
Juntando el suyo á mi amoroso pecho? »

Ella, que por lo visto era ladina,
Á par que vivaracha y pizpireta,
Y al instante adivina
La artificiosa treta,
Así responde al elocuente zorro:
« Fineza tanta, mi querido primo,
Y el liberal socorro
Del piadoso difunto,
Que en paz descanse, como debo estimo.
Bajar quisiera al punto ;
Pero ya veis . . . mi sexo . . . Á la entrevista
Es menester que asista,
Si lo tenéis á bien, un deudo caro
Que de mis años tiernos fué el amparo;
Es persona discreta
Á quien podéis tratar sin etiqueta
Y que holgará de conoceros. Vive
En ese cuarto bajo;
Llamadle. » Don Marajo,
Dándose el parabién de su fortuna,
Que le depara, según él concibe,
Dos presas en vez de una,
Con la mayor frescura y desahogo
Fué en efecto, y llamó. Pero la suerte
Se vuelve azar. Despierta airado el dogo,
Se abalanza, le atrapa y le da muerte.

Esta sencilla historia nos advierte
Á un tiempo, hija querida,
Tres importantes cosas:
De un seductor las artes alevosas,
De la maldad el triste paradero,
Y lo que vale en lances de la vida
La acertada elección de un compañero.

(ANDRÉS BELLO.)

LECCIÓN LXXI.

Un corazón noble.

En el año 1870, la guerra civil que había estallado de nuevo entre blancos y colorados, haciéndose por ambas partes con gran encarnizamiento, ocasionaba frecuentes encuentros en que la suerte de las armas favorecía ya á los unos, ya á los otros.

Una tarde, hallábase la joven Aurora en la estancia de su padre, sita en Timote, Departamento de la Florida, cuando sintió tiros y fuertes gritos á algunas cuadras de distancia de su casa.

Un momento después, oyóse un tropel de caballos

y penetró en el patio de la estancia una partida de soldados, armados con grandes lanzas, que conducían un prisionero tomado á las tropas enemigas en combate ocurrido minutos antes.

El prisionero era un joven de 25 años, de hermosa presencia y varonil actitud, que parecía despreciar los insultos y amenazas de que era objeto por parte de sus enemigos vencedores.

« ¡Mátenlo! ¡mátenlo! gritaban varios soldados con aire amenazador. Los contrarios no perdonan la vida á los prisioneros que hacen. ¡Mátenlo! que será un enemigo menos. »

En presencia de esos gritos y de la actitud agresiva que tenían los soldados, la joven Aurora se estremeció de horror, pensando que aquellos hombres pudieran ejecutar sus amenazas, dando muerte al desgraciado y valiente prisionero.

El padre de Aurora mandaba la partida.

— ¡Mire, padre, lo que quieren hacer esos hombres! Quieren matar al pobre prisionero. No lo permita. Es un bravo oriental que ha sido tomado defendiendo sus convicciones.

— Cállate, hija. No me pidas que perdone á ese pícaro. Los suyos, cuando toman á alguno de los nuestros, no le guardan consideración. Es preciso fusilarlo para que purgue su falta.

— Pero, padre, es un compatriota, es un valiente. Compadécete de él. Quizás es un hombre que puede ser útil á nuestro país. Nosotros los orientales somos tan pocos . . . si nos matamos de esa manera, muy pronto nos concluiremos y quedarán sólo extranjeros en la República. ¿Qué falta ha cometido? ¿Acaso es una falta pelear por sus opiniones? Mañana puede tocarte á tí caer prisionero, y los enemigos harán contigo lo mismo.

— No importa. Estoy dispuesto á morir por mi partido. Si los enemigos me toman, que me maten. Yo moriré como oriental. No les he de pedir perdón.

— Pero . . . ¿y nosotros? padre. ¡Cuál será nuestro dolor si tú mueres? ¿Qué será de tus hijos si te matan? ¡Quedaremos abandonados; nos faltará nuestro protector y tendremos que andar mendigando el pan por todas partes! Ese joven es quizá el único hijo de una anciana madre . . . Piensa en el inmenso dolor que ella tendrá si sabe que lo han muerto . . . Tiene quizá una joven esposa y tiernos vástagos que lloran su ausencia. Piensa en la pena que les causará su muerte . . . Piensa en el abandono en que quedarán. ¡Perdónalo, padre, perdónalo!

El caudillo dobló la cabeza y una lágrima se desprendió de sus ojos. En seguida, dijo: — Bien, hija de mi alma, tus sentimientos son muy nobles y tus pa-

labras me han conmovido. No se hará nada al prisionero. Te lo prometo. ¡Ojalá todas las mujeres orientales supieran siempre hacer vibrar de esa manera las fibras nobles del corazón de sus padres, maridos y hermanos! Nuestras guerras no serían tan crueles y nosotros no tendríamos tantos motivos de pena en la vida.

El joven prisionero fué perdonado; y cuando su pobre madre volvió á verlo, después de largos días de incertidumbre y amargura, bendijo á la bondadosa Aurora y rogó á Dios por su salud y felicidad.

LECCIÓN LXXII.

La madre de un genio.

Una señora muy presuntuosa y tonta, llamada doña Clara Zoncera, se presentó en una Escuela pública á colocar en ella una niñita de seis años.

La maestra salió á recibirla, y se entabló el siguiente diálogo:

DOÑA CLARA. — ¿Es Vd. la señorita Sánchez?

MAESTRA. — Sí, señora, para servir á Vd.

DOÑA CLARA. — He leído en *El Ferrocarril* y en *La Tribuna Popular*, que su Escuela es muy buena; y he resuelto colocar en ella á mi hija Fortunata, esperando que Vd. la hará adelantar mucho. ¿Qué enseña Vd., señorita Sánchez?

MAESTRA. — Todo, señora. Todo lo que es útil y necesario. ¿Qué edad tiene su niña?

DOÑA CLARA. — No tiene más que seis años, pero es un verdadero genio; se halla dotada de una capacidad poco común.

MAESTRA. — Á esa edad, sin embargo, no puede aprender mucho, por grande que sea su talento.

DOÑA CLARA. — Así mismo, no es tan ignorante como Vd. puede presumirlo. Ella ha aprendido ya botánica, geometría y astronomía; y su maestra se proponía enseñarle el álgebra, cuando por razón de casamiento tuvo que dejar la Escuela.

MAESTRA. — ¿La ha examinado Vd. en esas ramas del saber?

DOÑA CLARA. — ¡Ya lo creo! Fortuna, mi amor, dile á la señorita algo de lo que sabes sobre geometría y astronomía. — ¿Qué es astronomía, mi querida? . . . Hágale alguna pregunta, señorita; la que Vd. quiera.

MAESTRA. — ¿Qué planeta habitamos, niña?

FORTUNA. — ¿Qué?

MAESTRA.— Le pregunto: ¿qué planeta habitamos? ¿En qué planeta vivimos?

FORTUNA.— De eso no me han enseñado.

DOÑA CLARA.— ¡Fortuna, mi sol, ya has olvidado todo lo que sabías, y no hace más que tres días que saliste de la Escuela! Pero, veamos, dile á la señorita dos ó tres líneas de la última lección que aprendiste . . . Á ver, mi ángel.

FORTUNA.— *Un triángulo es una figura plana que tiene todos sus puntos equidistantes de otro punto llamado centro.*

MAESTRA.— ¡Admirable! ¿Y cómo se llaman los lados de un triángulo rectángulo?

FORTUNA.— Uno se llama hipo . . . hipo . . . hipopótamo.

MAESTRA.— ¡Hipopótamo! . . . Vd. querrá decir hipotenusa. ¿Y qué es un hipopótamo?

FORTUNA.— *Hipopótamo es un animal que tiene cuatro estómagos y que se alimenta de ciervos, gamos, sapos y culebras. Tiene respiración branquial, circulación sencilla, sangre fría y piel escamosa.*

DOÑA CLARA.— Ahí tiene Vd, señorita. Como se lo había anunciado, mi hija está muy adelantada en botánica. Todita se la sabe de memoria. Ya esperaba yo que había de sorprenderla á Vd.

MAESTRA.— En efecto, es admirable . . . (*Y diri-*

giéndose á la niña, le dijo:) ¿Cuántos son tres por tres?

FORTUNA.—¿Tres por tres?

MAESTRA.—Sí, tres por tres.

FORTUNA.—¡Ah! no sé. Mi maestra nunca me ha enseñado eso. Ella decía que todo el mundo sabe contar.

MAESTRA.—¿Le enseñó á Vd. á leer?

DOÑA CLARA.—No, de ninguna manera; yo se lo había prohibido por ahora. Siempre le encargué que se empeñase en desarrollar la mente de mi hija llamando su atención sobre asuntos más importantes. Para eso no tenía igual doña Simplicia. Estoy segura de que todo el vecindario va á lamentar que haya dejado el magisterio.

MAESTRA.—Pues, señora, aunque lo siento mucho, debo manifestarle que se equivoca si cree Vd. que voy á enseñar á su hija astronomía, geometría, botánica, álgebra y otras ciencias, á la edad que tiene. Los niños como ella no pueden ser ocupados sino en ejercicios que reclamen muy poco esfuerzo intelectual. Lo demás sería tiempo perdido.

DOÑA CLARA.—Me convezco, señorita, de que su Escuela está muy lejos de las ponderaciones que he oído. Ya sospechaba yo que Vd. no había de enseñar más que cosas comunes y sencillas. Siento mucho que

no le toque á Vd. ser maestra de mi hija; pero como es la única, yo aspiro á que reciba una instrucción vasta y profunda. . . Para servir á Vd.

LECCIÓN LXXIII.

La cometa.

Por la región del viento
Una bella cometa se encumbraba,
Y ufana de mirarse á tanta altura,
Sobre el terreno asiento
Que habita el hombre y el servil jumento,
De esta manera entre sí misma hablaba:

« ¿Por qué la libertad y la soltura,
Dada á toda volátil criatura,
Esta cuerda maldita
Tan sin razón me quita?
¡Ah! ¡qué feliz estado fuera el mío,
Si escaparme pudiese á mi albedrío
Por esa esfera luminosa y vaga

Del aire, imprescriptible patrimonio
De lo volante, en brazos de Favonio,
Que amoroso me halaga;
Y ya á guisa del águila altanera
Al sol me remontase, ya rastrera
Girase, como suelto pajarillo,
De jardín en jardín, de prado en prado,
Entre el nardo, la rosa y el tomillo!
¿Á qué el instinto volador me es dado,
Si he de vivir encadenada al suelo,
Juguete de un imbécil tiranuelo
Que, según se le antoja,
Ó me tira la rienda ó me la afloja?
¡Pluguiese á Dios viniera
Una ráfaga fiera
Que os hiciese pedazos,
Ignominiosos lazos!

Oyó el Tonante el temerario voto;
Viene bufando el Noto,
La cuerda silba, estalla . . . ¡Adiós cometa!
La pobrecilla da una voltereta;
Cabeza, ya á un lado,
Ya al otro; y mal su grado,
Entre las risotadas y clamores
De los espectadores,

Que celebran tu mísero destino,
De cabeza fué á dar en un espino.

De esta pandorga, tú, vulgo insensato,
Eres vivo retrato
Cuando á la santa ley que el vicio enfrena
Llamas servil cadena,
Y en licenciosa libertad venturas
Y glorias te figuras.

(ANDRÉS BELLO.)

LECCIÓN LXXIV.



Juan Antonio Lavalleja.

Á fines del siglo pasado, en la época de la dominación Española, vivía en Minas un señor de nombre Miguel Pérez Lavalleja, persona muy recomendable por su honradez y labóriosidad, que tenía un hijo llamado Juan Antonio.

Éste era un joven trabajador, que ayudaba á su padre en sus negocios de campo; pero, como todos los

criollos, no se conformaba con que su país estuviese sometido al dominio de España.

Cuando el Comandante D. José Artigas inició la revolución para conquistar la independencia de la patria por las armas, Juan Antonio Lavalleja, arrastrado por sus aspiraciones patrióticas, invitó á algunos amigos, orientales como él, para secundar los propósitos de aquél; y después de reunir algunos humildes elementos de guerra, fué con ellos á ofrecer sus servicios al jefe de la revolución, abandonando su familia y exponiendo su existencia á los azares de una lucha, en que sus enemigos tenían todas las ventajas.

Artigas le dió el grado de oficial, y en ese carácter Lavalleja asistió á la gloriosa batalla de las *Piedras*, en la que los Orientales vencieron á los Españoles, tomándoles muchas armas y prisioneros.

Después Lavalleja acompañó á Artigas al sitio de Montevideo y á todas sus campañas, distinguiéndose siempre por su valor y sus virtudes.

Vencidos los Españoles y arrojados del territorio nacional, los Portugueses enviaron un ejército poderoso para apoderarse de nuestro país, que codiciaban desde mucho tiempo atrás.

Artigas reunió todas sus tropas para rechazar á los soldados de Portugal; y Lavalleja, siempre patriota, lo acompañó también en esa heroica campaña, que si

no dió grandes triunfos á los Orientales, dejó bien sentado su valor y su amor á la independendencia.

En esa campaña, Lavalleja, que mandaba una división de 400 hombres, hizo prodigios de bravura. En frente siempre de enemigos muy superiores en número, disciplina y armas, supo disputar á los Portugueses, palmo á palmo, el suelo de la patria, hostilizándolos por todos lados, quitándoles caballadas, y aun tomándoles algunos prisioneros.

Su desmedido valor puso fin á sus hazañas en esa gloriosa lucha. Los Portugueses lo tomaron prisionero. He aquí cómo ocurrió este lamentable suceso, según el historiador De-María:

Un día, Lavalleja se separa de su división con un ayudante y su asistente para descubrir la posición en que se hallaba el ejército del Coronel Portugués Curado. Divisa á lo lejos una guardia enemiga y se propone cargarla y correrla. Para el efecto, hace llamar á tres ó cuatro soldados de su avanzada, y con ellos se lanza al galope sobre el puesto de los Portugueses. Éstos huyen despavoridos, y Lavalleja los persigue; pero cuando acuerda, se halla rodeado por todos lados de enemigos. Intenta entonces retirarse abriéndose camino con su espada; se lanza al galope y se le caen las boleadoras. Quiere bajarse á recogerlas y el caballo se encabrita y se le escapa, dejándolo á pie

y desarmado. Lo acometen tres Portugueses y lo arrojan al suelo de una *pechada*. Van á matarlo ya; pero uno de ellos dice: *no maten á ese castellano*, y le respetan la vida.

Ninguno de los enemigos lo conoce. Uno le pregunta quién es, y él contesta:— *Un oficial de Artigas*. — ¿Quién es el jefe de las fuerzas? — *Yo mismo*. — ¿Cómo se llama Vd.? — Y él responde con altanería:— *Lavalleja*.

Al oír su nombre, los Portugueses se muestran sorprendidos, no pudiendo convencerse de que tienen en su poder al famoso Capitán de Artigas. Entonces lo atan y lo conducen al campamento de Curado, donde le hacen sufrir toda clase de martirios para que prometa traicionar á sus amigos, revelando el número y posición de sus tropas. Lavalleja se resiste á esa villanía con extraordinario valor y energía.

Llevado prisionero á Río Janeiro, permanece allá varios años, hasta que en 1821 es puesto en libertad, permitiéndosele regresar al Río de la Plata.

Algunos años más tarde, en 1825, Lavalleja, que se hallaba en Buenos Aires, como muchos otros Orientales que no habían querido vivir en su país bajo la dominación Portuguesa primero, y Brasilera después, se complotó con varios compatriotas decididos, para invadir el territorio de la Banda Oriental y libertarla

del poder del Brasil; y entonces se realizó la heroica cruzada de los *Treinta y Tres Patriotas*, de que hemos hablado varias veces en este libro.

El jefe de esa cruzada fué don Juan Antonio Lavalleja.

Todos los buenos Orientales se incorporaron á los Treinta y Tres; y á las órdenes de Lavalleja lucharon heroicamente durante tres años contra los Brasileños, que estaban posesionados del territorio nacional.

Los patriotas ganaron varias batallas, entre ellas la del *Rincón de las Gallinas* y la del *Sarandí*; y después, ayudados por los Argentinos, la de *Ituzaingó*, que dió fin á la dominación Brasileira.

Conquistada la independendia, Lavalleja siguió siempre prestando importantes servicios á la patria, en diversos puestos elevados, hasta el 22 de Octubre de 1853, en que tuvo lugar su fallecimiento.

Se hicieron grandes honores al eminente patriota, y el Gobierno de la República mandó poner en su tumba la siguiente inscripción:

El pueblo Oriental á su Libertador.

Al frente de 32 compañeros desembarcó en el Arenal Grande el 19 de Abril de 1825 para libertar la patria, dominada por ocho mil soldados extranjeros.

Sirvió á la patria 43 años; estuvo al frente de su primer Gobierno; ganó la batalla de Sarandí; desempeñó por varias veces los destinos más elevados y murió pobre.

LECCIÓN LXXV.

Las ventajas de la instrucción.

Reinoso y Pajares eran dos buenos amigos, vecinos de Mosquitos, en el Departamento de Canelones.

El primero tenía un hijo llamado Gabriel, y el segundo otro, de nombre Octavio.

Ni Reinoso ni Pajares sabían leer ni escribir. Ambos se habían criado alejados de los centros de población, y por esta razón no habían podido jamás asistir á la Escuela.

Sin embargo, Reinoso, sea por el trato que había tenido con gente del pueblo, sea porque su inteligencia natural le permitiera comprender la importancia de la instrucción, ansiaba que se le presentara la oportunidad de colocar á su hijo en una Escuela para que aprendiese á leer, escribir y contar.

Un día se corrió entre los vecinos que iba á fundarse una Escuela pública para los niños del lugar; y muy luego se comprobó la verdad de la noticia, porque empezó á levantarse y se levantó un gran rancho de barro, con techo de zinc, en el que se estableció una Escuela, dotada de todo el menaje y útiles necesarios para cuarenta alumnos.

Al momento fué Reinoso á colocar á su hijo Gabriel; y otros vecinos, imitando su ejemplo, llevaron á los suyos. Mas Pajares se mostró completamente indiferente, respondiendo á los que le aconsejaban que mandara también á Octavio, que él no había ido nunca á la Escuela y por lo mismo no veía motivo para que su hijo fuese.

— ¡Pero hombre, le decía Reinoso, ésa no es razón! Mande á su hijo, que después ha de tener mil ocasiones de comprender lo que vale la Escuela.

— No, contestaba Pajares. Á mí no me importa que mi hijo sepa leer y escribir. Lo que yo necesito es que sepa manear las vacas, arar la tierra, sembrar el trigo y recogerlo cuando llegue el caso. Lo demás está bueno para los *Dotores*.

— No se trata de *Dotores*, Pajares, sino de que su hijo adquiriera los medios de ser más útil para sí mismo, para Vd. y para su familia. En la Escuela, no solamente aprenderá muchas cosas provechosas, sino que

adquirirá buenas costumbres y ejercitará sus facultades para saber desenvolverse bien en todas las situaciones de la vida.

Así mismo Pajares no hizo caso y dejó pasar el tiempo sin enviar á su hijo á la Escuela.

Los años transcurrieron.

Pajares fué un día á visitar á Reinoso á su chacra.

— ¡Hola! compadre, ¿cómo le va? preguntóle éste.

— Mal, amigo, muy mal; toda la cosecha de trigo se me ha perdido, y estoy á la cuarta pregunta.

— ¿Cómo así? interrogó Reinoso.

— Pues es claro. Vino la maldita *vaquilla* y me invadió todo el sembrado, dejándome pelado el trigo y las papas.

— ¡Pero hombre! ¿Cómo no supo librarse de la *vaquilla*? Yo la tuve también en mi campo, pero mi hijo me dió un remedio excelente. Había leído en un diario que haciendo fogatas se ahuyentaba; y en cuanto aparecieron los bichos perversos, arreglamos una porción de fogatas con los muchachos y los hicimos desaparecer, sin darles tiempo para que nos hicieran daño. ¿Y cuánto ha perdido, amigo?

— Más de 500 pesos.

— Pero su pérdida la habrá podido reparar con las ganancias del maíz, porque este año el artículo está á un precio altísimo. Yo he vendido el mío á 4 \$50

la fanega. Parece que en la República Argentina, á consecuencia de la seca, se ha perdido toda la cosecha de ese cereal, y de Montevideo están exportando grandes cantidades para allá.

— ¿Cómo sabe eso, compadre?

— Lo sé por mi hijo, que también leyó eso en un diario.

— Pues, amigo, yo no lo sabía y he vendido todo mi maíz por un precio miserable.

— Ahí tiene, Pajares, las consecuencias de no haber seguido mi consejo. Si su hijo hubiera ido á la Escuela como el mío, todos los males de que se queja no le habrían ocurrido. Para algo sirve que los hijos sepan leer, y Vd. no lo quería creer.

El pobre Pajares se retiró cabizbajo; pero en cuanto llegó á su casa, tomó del brazo á todos sus nietitos y nietitas y fué á colocarlos en la Escuela.

LECCIÓN LXXVI.

Caridad.

Madre: ayer un desgraciado
Una mano me alargó,
Y entre sollozos me dijo:
« ¡Una limosna por Dios! »
Al verme dobló su frente,
Pálida por el dolor,
Y entre profundos suspiros
Una lágrima vertió.
— ¡Infeliz! . . . Y tú, hija mía,
¿ Le desdeñaste?

— No, no:

Le dí una limosna, madre,
Y él la mano me besó,
Y tembloroso me dijo:
« ¡Gracias; que os lo pague Dios!
Y cuando dejéis la tierra
Y á la celeste mansión
Voléis, peregrina virgen,
Hermosa y pura cual hoy,

Implorad por los mendigos
Que viven en la aflicción.
Desde ayer, de puerta en puerta,
Buscando un asilo voy,
Y nadie de mí se duele:
Todos desoyen mi voz.
Decidme, niña inocente,
Á quien, sin duda, el Señor
Como un ángel de esperanza
Á mi camino envió:
¿Acaso no hay en el mundo
Consuelo para el dolor?
¿Acaso para el mendigo
No hay en la tierra perdón?
Decidme, pues lo sabéis,
Decidme, niña, por Dios:
¿Es un crimen la pobreza?
¿Es un crimen el dolor? »
Me dijo, madre, el mendigo,
Y yo lloré, y él lloró . . .
— ¡Hija del alma! has cumplido
Con un mandato de Dios:
« Dad al pobre, dijo un día;
No desechéis su clamor,
Que aquel que un pan le excusase
No alcanzará mi perdón. »

Así dijo aquel que humilde,
En un establo nació,
Pobre como los mendigos,
Sujeto al frío y al sol,
Y sin embargo ¡era el Cristo!
Y sin embargo ¡era Dios!

(MODESTO MOLINA.)

LECCIÓN LXXVII.

Una niña virtuosa.

Juana Domínguez quedó sin madre y tuvo que encargarse, á los catorce años, en unión con su padre, del cuidado de sus hermanitos. Parece imposible que una niña de tan tierna edad y que ignoraba el manejo de una casa, pudiera sobrellevar la carga que el infortunio arrojaba sobre sus débiles hombros. No se acobardó, sin embargo, y al día siguiente de enterrada su querida madre, abrazó á su desconsolado padre y le dijo para darle valor: «Yo seré en adelante tu compañera y la madre de mis hermanitos.»

Juana era de salud delicada y estaba, al parecer, desprovista de la energía necesaria para gobernar una familia. Encontró, no obstante, en su corazón recursos suficientes para suplir esas faltas.

Pocos días pasaron, y ya parecía que todo había cambiado. Á las 7 de la mañana, Juana estaba levantada y pronta para preparar á sus hermanitos y mandarlos á la Escuela. En seguida arreglaba y acomodaba los aposentos, ejecutando todas las tareas que su madre desempeñaba en otro tiempo. Componía la ropa, dirigía á la única sirvienta, hacía todas las compras necesarias para la alimentación de la familia, y todavía tenía tiempo para distraer á su padre y levantar con su palabra bondadosa y noble el espíritu abatido del autor de sus días.

Muy á menudo alguna amiga cariñosa iba á buscarla para proponerle un paseo, una diversión agradable; pero la abnegada niña no aceptaba nunca. — « No puedo, decía ella; tengo que hacer esto, que arreglar aquello ; » — y siempre la amiga salía de su casa sin poder arrastrar á Juana, á quien nunca le parecía bastante lo que hacía por su padre y su familia.

Gracias á sus virtudes, la familia gozaba de un relativo bienestar. Aunque el señor Domínguez no ganaba mucho dinero, Juana sabía hacerlo lucir, por su economía y buen juicio.

La vida de la familia Domínguez habría corrido así, apacible y tranquila, si la suerte impía no se hubiera empeñado en poner á dura prueba la constancia y el valor de la virtuosa joven.

El señor Domínguez, que siempre había gozado de una salud completa, cayó repentinamente enfermo de un ataque á los ojos. Se llamó al médico, se gastaron los ahorros en botica; pero todo fué en vano. El infeliz señor perdió la vista.

En presencia de esta nueva desgracia, que privaba á la familia de sus medios de subsistencia, puesto que el señor Domínguez no podía ya trabajar, cualquier alma menos grande que la de Juana se habría sentido vencida; mas, la valiente niña, en medio del dolor que el infortunio de su padre le causaba, sintió redoblar sus fuerzas. — « Yo soy ahora, se dijo, el único amparo de mi familia. Tengo que buscar los medios de ganar la subsistencia de mi padre y de mis hermanitos. »

Después de meditar mucho se decidió por trabajar de maestra. La instrucción que había recibido le permitía ejercer con éxito y dignidad el magisterio.

Pero, se dijo: — « ¿ Conseguiré que me den una Escuela? Lo probaré; » y ocurrió á las autoridades escolares.

— No podemos darle, le contestaron éstas, sino

una Escuela rural, á diez leguas de Montevideo, en un paraje solitario y triste, donde no tendrá Vd. trato más que con los niños. ¿Se resigna Vd. á tomarla?

— Sí, respondió Juana sin vacilación; porque tendré una casa para alojar á mi familia y medios para costear su manutención. Estoy dispuesta á soportar todos los rigores de la suerte, con tal de asegurar el bienestar de los míos.

Las autoridades escolares le acordaron la Escuela, después de cerciorarse de su competencia y buen juicio; y varios días después, Juana, con su padre ciego, y todos sus hermanitos, se trasladó al lugar en que estaba situada la Escuela confiada á su dirección.

La joven supo, por su contracción al estudio y por su laboriosidad, llamar muy pronto la atención de todas las gentes. Los vecinos del lugar no hablaban más que de sus virtudes y talentos.

Un joven estanciero, dotado de noble corazón, que tuvo ocasión de conocerla, seducido por su simpática presencia y bellas cualidades, se enamoró de ella y solicitó su mano.

Correspondido por Juana, no tardó en celebrarse el casamiento; y gracias á ese feliz suceso, la interesante y abnegada joven pudo proporcionar á su familia una posición holgada, asegurando la suerte futura de su padre y de sus hermanitos.

LECCIÓN LXXVIII.

Los extranjeros.

Dos paisanos estaban un día conversando en la plaza de Melo. Uno se llamaba Goyo Fernández, y el otro Felipe Guerra.

De repente penetró en la plaza, cerca de ellos, un mercachifle italiano, completamente agobiado por un carguío de géneros y artículos de todas clases que llevaba sobre los hombros.

— ¡Qué rabia me dan estos gringos! dijo Fernández.

— ¿Y por qué, hermano? ¿qué le hacen? interrogó Guerra.

— ¡Qué me hacen? Me fastidian, porque son muy negociantes y vienen á robarnos la plata. Donde quiera que uno se halle, ahí se presentan ellos con su carguío de chucherías, lo mismo en el pueblo que en la estancia.

— Pero, ¿qué más quiere, amigo? Es una ventaja que le lleven á uno á todas partes las cosas que necesita. Si no fuera por ellos, tanto Vd. como su mujer tendrían que venir al pueblo cada vez que desearan

comprar alguna cosa, abandonando las ocupaciones y quehaceres de la casa.

— Sí, pero es que *le pelan á uno los cobres*. Son unos linceos para el negocio.

— Y eso ¿qué tiene? Cada uno gana su vida como puede. Y no son ellos, seguramente, quienes la ganan con más facilidad. Fíjese cómo camina ese infeliz completamente doblado por el peso de sus mercancías, y así anda leguas y más leguas. Da lástima verlo.

— No me embrome, paisano. Si son unos *peines*, que lo embrollan á uno en cuanto se descuida.

— No diga eso, Fernández. Habrá algunos pillos, como también hay paisanos *truchas*, que los embroman á ellos, no pagando lo que les compran; pero la mayor parte son honrados industriales que ganan su vida á fuerza de trabajo y de contrariedades. Si no fuera por esos extranjeros y otros como ellos que vienen aquí á explotar nuestras riquezas y á enseñarnos sus industrias, no estaría nuestro lindo país tan adelantado como se halla.

— Cállese, compadre; no me hable de los gringos.

— Sí, he de hablarle, amigo, contestó Guerra; porque Vd. no tiene razón en lo que dice. Nosotros los orientales tenemos muy buenas condiciones: somos valientes, bondadosos, hospitalarios; podemos estar orgullosos por nuestra inteligencia y nuestras virtudes,

porque hay y ha habido compatriotas muy notables, que no tienen nada que envidiar á los hijos de otros países; pero no por eso debemos despreciar á los extranjeros, que vienen á la República á ayudarnos á formar una nación progresista y grande. Los extranjeros cultivan nuestras tierras, utilizan nuestros productos, los transforman y mejoran; y todo lo que ganan queda en nuestro país. Además, después que están algún tiempo en él, se casan, y los hijos que tienen son orientales como nosotros, orientales que toman un fusil ó agarran una lanza, para defender la patria cuando alguna nación enemiga se atreve á atacarla, ó para defender la libertad ó las instituciones cuando son agredidas por los malos. Más de un mozo de Montevideo he conocido yo en las distintas guerras de esta tierra, tan guapo y decidido por su causa, como el más puro criollo, y que era, sin embargo, hijo de español, de italiano ó de francés.

Fernández, que, aunque ignorante, era un buen paisano, se dió por vencido, é impresionado por estos juiciosos argumentos, se despidió de Guerra, con el ánimo bien dispuesto para mirar en adelante con mejores ojos á todos los extranjeros honrados y trabajadores.

LECCIÓN LXXIX.

La gloria del progreso.

No basta á un pueblo libre
La corona ceñirse de valiente:
No importa, no, que cuente
Orgullosa mil páginas de gloria,
Ni que la lira del poeta vibre
Sus hechos pregonando y su victoria;
Cuando sobre sus lauros se adormece
Y al progreso no mira,
É insensible á los bienes que le ofrece,
De sabio el nombre á merecer no aspira.
Cual de una fuerza mágica impulsado;

El mundo se conmueve
El progreso su luz extiende breve
Desde la zona ardiente al mar helado,
Y vida y movimiento á todo imprime.
Por eso las naciones convocadas
En lucha tan sublime,
Dispútanse agrupadas

El lauro insigne del saber divino
Y cada pueblo aspira
Á llenar con honor su alto destino.
Lucha sublime, sí, donde se mira
En héroe convertido al ciudadano,
Ceñir triunfante la inmortal corona,
Desde el pobre artesano
Que en su taller humilde se aprisiona,
Hasta el genio que escala el firmamento
Y fija en ígneo sol su inmoble asiento.

Contemplad al que atento y cuidadoso
Se desvela en su estancia retirado
Indagando la ciencia; al que afanoso
Sorprende los secretos de natura,
Y con mano segura
Al lienzo los traslada transportado.
Mirad al que domando
Del mármol ó del bronce la dureza,
De forma le reviste y de belleza;
Al hábil arquitecto que elevando
Hasta el cielo la cúpula gigante,
Sublime y arrogante,
Parece desafiar del tiempo cano
La destructora acción. Ved al que ufano
El ánimo sorprende y maravilla,

Trocando fácil con su diestra mano
En deslumbrante vidrio humilde arcilla;
Al incansable obrero
Que sobre su telar constante vela,
Que sin cesar se afana,
Y con prolijo esmero,
Hace que de algodón ó tosca lana
Brote bajo sus manos rica tela;
Al que tenaz horada las montañas
Y en sus rudas entrañas
Abre á la industria salvadora senda;
Al que su rica hacienda
No consume en estéril opulencia,
Y con afán loable
Acorre presuroso á la indigencia
Y el pan de la instrucción le brinda afable.

Mirad al que á su imperio
Hace que salve el líquido elemento,
Y atraviere más rápida que el viento,
La palabra veloz otro hemisferio.

Miradlos todos, vedlos agrupados
Oponer una valla al retroceso:
Ellos son los guerreros denodados
Que forman la vanguardia del progreso.

¡Oh! dichosas mil veces las naciones,
Cuyos nobles campeones,
Deponiendo la espada vengadora
De la civil contienda asoladora,
Anhelan de la paz en dulce calma,
Conquistar del saber la insigne palma.

Ésa del genio inmarcesible gloria,
Es el laurel más santo,
Es la sola victoria
Que sin dolor registrará la historia,
Porque escrita no está con sangre y llanto.

Tú, juventud, que de la patria mía
Eres honor, y orgullo, y esperanza,
Ella entusiasta tu esplendor te fía,
En pos de gloria al porvenir te lanza.

Haz que de ese profundo
Y letárgico sueño se levante,
Y entre el aplauso inteligente, al mundo
El gran hosanna del progreso cante.

(SALOMÉ UREÑA.)

LECCIÓN LXXX.



Frutos de la guerra civil.

I.

Don Basilio Vega era un buen paisano que vivía con su mujer y sus hijos en Sarandí, lugar del Departamento de Treinta y Tres.

Vega era un hombre trabajador.

Durante varios años había estado de peón, primero, y capataz después de una estancia. Habiendo ahorrado un pequeño capital, compró unas vacas y unas ovejas, y alquiló un campito, donde construyó un rancho para su familia y corrales para su ganado.

Todas las mañanas se levantaba temprano y salía á pastorear sus animales, que cuidaba y atendía con el mayor esmero; porque del éxito de su industria dependía la subsistencia de su familia y el porvenir de sus hijos.

De cuando en cuando hacía una tropita que llevaba á vender, para proporcionarse dinero con que comprar ropa y otros artículos.

En el verano esquilaba sus ovejas y llevaba á vender la lana.

Su hijo Ramón, de doce años, lo ayudaba á cuidar el ganado.

Su mujer, doña Dolores, también trabajaba. Hacía todos los servicios domésticos, cosía, lavaba la ropa, cocinaba y cuidaba las aves.

Todos vivían así contentos y felices, sin tener jamás un motivo de pena. Don Basilio y su esposa se adoraban y adoraban á sus hijitos, á quienes veían crecer sanos y robustos, merced á sus cuidados y al bienestar que la suerte les había deparado.

II.

Un día estalló la guerra civil en la República.

Un caudillo alzó bandera de revolución y se lanzó á las cuchillas, acompañado por doscientos hombres,

á quienes sedujo con las hermosas palabras de « ¡patria y libertad! »

La noticia del suceso circuló por todos los ámbitos de la República.

El país se puso en armas. Algunos ciudadanos enzosaron las filas de la autoridad y otros las del jefe revolucionario.

Los hombres pacíficos y trabajadores sintieron una honda pena, porque comprendieron que iba á serles forzoso, más tarde ó más temprano, abandonar sus familias y sus intereses para tomar las armas.

Don Basilio fué de los más apesadumbrados, no solamente porque temía para su pobre familia, de la que era el único amparo, los riesgos de la guerra, sino porque sabía por larga experiencia, que no hay nada peor para la felicidad de los pueblos, que esas luchas nefandas, que llevan el luto y la desolación á los hogares y trastornan el natural desenvolvimiento de las sociedades.

Aunque pertenecía al partido de los revolucionarios, no quiso unirse á ellos. Se dejó estar en su casa, cuidando su pequeña hacienda y velando por la seguridad de su mujer é hijos.

Una tarde llegó á su estancia una partida revolucionaria de veinte hombres. El oficial que la mandaba, antiguo amigo de don Basilio, iba á buscar á éste para que lo acompañara en la campaña.

— Yo no quiero guerras, le dijo don Basilio. Déjeme trabajar para mi familia, que si á mí me tienden sobre una cuchilla, no ha de haber quién dé pan á mi mujer y á mis hijos.

— Pero, amigo, le contestó el oficial, todos los antiguos compañeros están con nosotros. Usted no nos puede *traicionar*. Es preciso echar abajo al Gobierno, porque no sabe mandar, y todos los empleos y ventajas los guarda para los suyos. Venga con nosotros. Recuerde que su padre fué un valiente, á quien mataron los contrarios, peleando cinco contra uno.

— No importa, amigo. Yo no puedo acompañarlo. No quiero que me suceda como á mi padre, que dejó á su familia en la miseria. Además, los males de la patria no se curan con la guerra. Sólo el buen juicio de los orientales y la paz pueden corregir los defectos de nuestros Gobiernos. Siga no más su camino, amigo, y que Dios lo ayude.

Ante la resistencia de don Basilio, el oficial no tuvo más remedio que retirarse con su gente, para buscar otros partidarios más fáciles y menos convencidos de los males de la guerra.

El juicioso paisano no pudo, sin embargo, perseverar en su resolución.

La guerra se hizo larga.

Los odios de partido se despertaron con la lucha.

Las venganzas y persecuciones empezaron; y Vega, á pesar de su irreprochable conducta, fué víctima de ellas. Primero le sacaron sus vacas y le carnearon sus ovejas. Después una partida del Gobierno estuvo á citarlo para que se presentase á servir en la guardia nacional.

Desesperado de verse arruinado, y compelido á tomar las armas, resolvió marcharse con sus amigos políticos.

Una mañana, mientras dormían su mujer y sus hijitos, se levantó, ensilló su caballo, tomó una vieja lanza y unas pistolas, y después de dar un beso á cada uno de aquellos seres queridos, salió con el corazón despedazado y las lágrimas en los ojos, de su humilde y querida casita, y fué á incorporarse á una partida revolucionaria que vivaqueaba en los alrededores.

III.

La infeliz doña Dolores y sus hijos no se dieron cuenta al principio de la resolución tomada por Vega.

Al notar su ausencia el primer día, creyeron que había ido á ejecutar alguna diligencia ó á buscar trabajo en alguna estancia cercana.

Al día siguiente supieron por una vecina que se hallaba con los revolucionarios.

La noticia prodújoles una honda y dolorosa impresión; mas, respetando como debían la decisión de Vega, se resignaron con su suerte desgraciada, esperando que algún día les sería dado recobrar la felicidad perdida y volver á ver al ser querido que la guerra les arrebatada.

La infeliz mujer, dotada de una alma grande, en lugar de entregarse á la desesperación, dedicó todos sus afanes á reemplazar en lo posible á su marido; y haciendo esfuerzos extraordinarios, logró asegurar su subsistencia y la de sus hijos.

El tiempo corrió.

La guerra fué haciéndose cada vez más encarnizada.

Todos los vecinos contaban horrores de la lucha: venganzas, persecuciones, muertes numerosas.

Un día llegó al rancho de Vega un paisano á caballo.

Doña Dolores salió á recibirlo, y notó, desde luego, que el hombre tenía una expresión triste.

— ¿Qué pasa? le preguntó, sintiendo oprimírsele el corazón.

— Tenga valor, señora, porque le traigo una noticia dolorosa.

— ¿Le ha sucedido algo á mi pobre marido?

— Sí, señora. Ayer tuvimos una guerrilla con

los enemigos y su esposo cayó mortalmente herido. Don Basilio estaba á mi lado. Al verlo caer me acerqué y recogí su último aliento con estas palabras: « Dígales á mi mujercita y á mis hijos que se acuerden de mí. »

Doña Dolores lanzó un grito horrible y cayó sin sentido al suelo, al mismo tiempo que sus hijitos se entregaban á la más cruel desesperación.

El buen paisano atendió en el acto á aquellos infelices, logrando después de largas reflexiones, llevar la resignación á sus almas desoladas.

Desde ese día, sin embargo, la felicidad huyó para siempre de aquel humilde hogar.

La pobre familia tuvo que abandonar el modesto establecimiento que el malogrado Vega había formado á fuerza de labor y constancia, para buscar la protección de los buenos vecinos del lugar.

¡He ahí los frutos de la guerra civil!

LECCIÓN LXXXI.

Un medio de corregir los propios defectos.

En mi juventud, dice Benjamín Franklin, americano ilustre, concebí el difícil proyecto de llegar á la perfección moral. Yo deseaba corregirme de todas las faltas á que podían arrastrarme mis inclinaciones naturales, el hábito ó las imperfecciones de la sociedad en que vivía. Con tal objeto ensayé el siguiente método. Reuní bajo el nombre de doce virtudes todas las reglas que á mi juicio debía observar un hombre prudente y honrado.

He aquí los nombres de las virtudes con sus preceptos:

1.^a *Templanza* — No comer nunca hasta el exceso. No beber hasta turbarse la razón.

2.^a *Silencio* — No decir sino lo que puede ser útil. Evitar las conversaciones ociosas.

3.^a *Orden* — Que cada cosa tenga su lugar y cada ocupación su tiempo.

4.^a *Resolución* — Tomar la resolución de hacer lo que el deber aconseje, y una vez tomada ejecutar sin falta lo resuelto.

5.^a *Economía* — No gastar nada sino para el bien propio ó de los semejantes; es decir, no derrochar.

6.^a *Trabajo* — No perder el tiempo. Ocuparse siempre en alguna cosa útil. Abstenerse de ejecutar lo innecesario.

7.^a *Sinceridad* — No usar de rodeos en sus acciones. Pensar con inocencia y con justicia. Hablar como se piensa.

8.^a *Justicia* — No hacer daño á nadie, obrando mal ó dejando de obrar como el deber lo impone.

9.^a *Limpieza* — No soportar ninguna suciedad ni en el cuerpo, ni en las ropas, ni en las habitaciones.

10.^a *Calma* — No perturbarse por bagatelas ó por accidentes ordinarios ó irremediables.

11.^a *Moderación* — Evitar las exageraciones.

12.^a *Humildad* — Imitar á Jesucristo.

Como mi designio, agrega Franklin, era adquirir el hábito de todas estas virtudes, resolví aplicarme particularmente durante el curso de cada semana á una de ellas, sin olvidar las otras. Para el efecto hice una pequeña libreta de doce páginas, poniendo en el encabezamiento de cada una de éstas el nombre de una de las virtudes. Reglé cada página con tinta colorada, formando siete columnas que correspondían á los días de la semana. Tracé en seguida doce rayas transversales, al principio de las cuales escribí abreviada-

mente el nombre de las doce virtudes. Sobre cada línea y en la columna del día correspondiente debía hacer una pequeña marca con tinta, por cada falta, que después de examen, reconociera haber cometido.

De esta manera podía hacer un curso completo en doce semanas y volverlo á empezar cuatro veces por año. Del mismo modo que un jardinero interesado en limpiar su jardín, no se empeña en arrancar á la vez todas las malas yerbas, sino que comienza primero por uno de los canteros y no pasa á otro sino después de concluído su trabajo, así yo esperaba gozar del placer estimulante de observar en las páginas de mi libreta los progresos que hiciera en el camino de cada virtud por la disminución sucesiva y paulatina del número de marcas, hasta que al fin, después de recomenzar varias veces, tuviese la felicidad de notar que mi libreta se hallaba completamente blanca, como debe estar la conciencia de los hombres honrados.

Puse, pues, mi plan en ejecución, y tuve la sorpresa de encontrarme con más defectos de los que me había supuesto; pero tuve también la satisfacción de verlos disminuir.

Esto dice Franklin, que fué un sabio y un hombre virtuoso. Sus conciudadanos y el mundo entero hablan siempre de él con respeto y veneración.

Muy fácil es imitar el ejemplo de Franklin.

Imítelo los niños que tengan el deseo de ser honrados y felices.

Y como es bueno empezar temprano la corrección de los defectos, hagan desde luego un trabajo semejante al de Franklin, poniendo en una libreta arreglada como la de éste, las siguientes virtudes ú otras, y propónganse adquirirlas poco á poco:

1.^a *Obediencia* — Cumplid las órdenes de vuestros padres y de vuestros maestros, con entera sumisión, cualesquiera que sean las contrariedades que os produzcan.

2.^a *Puntualidad* — Sed exactos en la ejecución de todas vuestras tareas, penosas ó agradables.

3.^a *Aplicación* — Consagrad el tiempo necesario á vuestros estudios y trabajos. No dejéis nunca vuestras lecciones y quehaceres útiles para perder el tiempo en juegos excesivos.

4.^a *Orden* — Que cada cosa tenga su lugar y cada asunto su tiempo.

5.^a *Cultura de lenguaje* — No uséis malas palabras. Los niños decentes se distinguen de los pillos en que siempre hablan bien.

6.^a *Limpieza* — Conservad vuestro cuerpo y vuestras ropas sin suciedad ni manchas. El hábito de la limpieza que tanto dignifica al hombre, no se adquiere sino á fuerza de perseverancia.

Siguiendo también el ejemplo de Franklin, tomad un pequeño cuaderno y arreglad cada una de sus páginas de esta manera:

OBEDIENCIA.

	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado	Domingo
Obediencia		—			—		
Puntualidad	—	—		—		—	—
Aplicación		—	—		—		—
Orden	—		—	—		—	
Cultura de lenguaje	—	—		—		—	—
Limpieza		—	—		—		

LECCIÓN LXXXII.

La luz mala.

Larga tropa de carretas
Atraviesa la llanura,
Bajo la eterna hermosura
De los radiantes planetas.
Al tardo paso sujetas,
De los bueyes, enfiladas,
Salvan lomas y quebradas.
Y en el trébol florecido,
Haciendo áspero ruido,
Hunden las ruedas pesadas.

Vense allí en el claroscuro
De mil vagos resplandores,
Oscilar sus conductores
Sobre el pértigo inseguro.
De llegar no tiene apuro
Á su rancho el picador,
Pero, músico y cantor,
Entretiene su camino
Con algún triste argentino
Que llora ausencias de amor.

La Cruz del Sud, suspendida
Sobre los campos desiertos,
Tiende los brazos abiertos
Hacia la tierra dormida.
Y en la sombra sumergida
Aquella inmensa región,
Llena de mística unción,
Por el trébol perfumada,
Está á sus plantas postrada
Como en perpetua oración.

Súbito brilla á lo lejos
Una luz . . . la luz maldita,
Cuya historia nunca escrita
Saben jóvenes y viejos.
Vedla: lanza mil reflejos;
Se detiene y humo exhala;
Incendia el campo; resbala
Retorciéndose maligna;
Y cada uno se persigna,
Murmurando: «¡La luz mala!»

— «Es el alma de un hermano,
Que desterrada del cielo,
Solitaria y sin consuelo
Vaga errante por el llano.

Un espíritu cristiano
De crüeles ansias lleno,
Que, de la noche en el seno,
Nos ha pedido otras veces
Una cruz y algunas preces
Que lo tornen justo y bueno. »

Así dicen, y entretanto,
Esquivando sus destellos,
Rezan juntos todos ellos,
Olvidados ya del canto ;
Y ven, trémulos de espanto,
Cómo la luz resplandece,
Y chispea, y desaparece,
Y con nueva brillantéz
Ilumina, y cada vez
Más y más grande parece.

Ora se hunde en el bajío,
Ora corre por la loma,
Pero siempre avanza, y toma
Por momentos nuevo brío.
Del horizonte sombrío
Se aproxima á cada instante,
Y hacia atrás y hacia adelante
Huyen las sombras inquietas,

Y se acerca á las carretas
Con un ojo centellante.

Y, mientras lleno de horror,
Tras esfuerzos sobrehumanos,
Se cubre con ambas manos
Todo el rostro el pica lor,
El penacho de vapor.
Suelto al aire, rauda, altiva,
Rumorosa y convulsiva
Cual un potro desbocado,
Pasa hirviendo por su lado.
La veloz locomotiva.

Mal hacéis vuestro camino
Paso á paso y lentamente,
Al alcance del torrente,
Antiguo pueblo argentino :
¡ Cantad himnos al destino,
Y cuando en noche serena
Brille una luz, no os dé pena,
No temáis, criollos, por eso,
Que en las vías del progreso
La luz mala es la luz buena !

(RAFAEL OBLIGADO.)

FIN.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I — El libro Tercero	3
II — Un hombre feliz	5
III — Los adivinos	7
IV — El oso y la mona (Poesía)	9
V — El balero	10
VI — Los dos hermanos	12
VII — Un hombre desgraciado	14
VIII — El avestruz, el dromedario y la zorra (Poesía)	16
IX — Un mal baño	17
X — El 19 de Abril	19
XI — Un día de fuerte viento	22
XII — El elefante y otros animales (Poesía)	24
XIII — Libertad inesperada	28
XIV — Un niño adelantado	30
XV — Los fantasmas	32
XVI — La música de los animales (Poesía)	35
XVII — Noticias de una estancia	39
XVIII — Los gallos peleadores	42
XIX — Un buen modo de cazar pajaritos	44

	Págs.
XX — El caminante y la mula (Poesía) . . .	47
XXI — ¡Están verdes!	49
XXII — Lo que dicen las láminas	51
XXIII — El verdadero valor	53
XXIV — Las naranjas	56
XXV — El negro	60
XXVI — Cuidado con el primer trago	62
XXVII — Las madres	64
XXVIII — Mi madre (Poesía)	66
XXIX — La huerta deseudada	68
XXX — La honradez	71
XXXI — El pobre soldado	74
XXXII — El pavo real y el ruiñeñor (Poesía) . .	76
XXXIII — Una buena lección	80
XXXIV — La veracidad	82
XXXV — El pequeño Chulo y el gigante	85
XXXVI — El concierto de los animales (Poesía) . .	89
XXXVII — Un beso por una bofetada	91
XXXVIII — El color del camaleón	94
XXXIX — La virtud recompensada	97
XL — La caridad (Poesía)	100
XLI — El padre de los pobres	106
XLII — El cazador burlado	109
XLIII — El hombre, el caballo y el toro (Poesía) . .	111
XLIV — Un viaje á Montevideo	113
XLV — Un viaje á Montevideo (Continuación) . .	116
XLVI — La sortija	118
XLVII — Recuerdos del Río Negro (Poesía)	120
XLVIII — Los animales inofensivos	123

XLIX.	— Un médico abnegado	125
L.	— Á mi hijita de cinco años (Poesía).	128
LI.	— Bromas pesadas.	133
LII.	— La venganza	137
LIII.	— Las dos olas (Poesía)	140
LIV.	— La bandera oriental.	144
LV.	— Al pabellón nacional (Poesía).	147
LVI.	— El amor al estudio	149
LVII.	— Los estandartes del Regimiento N.º 9	153
LVIII.	— El tambor de San Martín (Poesía).	156
LIX.	— Un buque.	159
LX.	— Larrañaga.	163
LXI.	— Apología del choclo (Poesía).	166
LXII.	— La cabeza al revés	170
LXIII.	— Don Tomás Gómez y los hermanos Ruiz	175
LXIV.	— Los Treinta y Tres (Poesía).	181
LXV.	— Los indios	184
LXVI.	— El Escudo Nacional	189
LXVII.	— Montevideo (Poesía).	192
LXVIII.	— Los maestros	195
LXIX.	— Un rabonero.	198
LXX.	— La ardilla, el dogo y el zorro (Poesía)	201
LXXI.	— Un corazón noble	205
LXXII.	— La madre de un genio	208
LXXIII.	— La cometa (Poesía).	212
LXXIV.	— Juan Antonio Lavalleja	215
LXXV.	— Las ventajas de la instrucción.	220
LXXVI.	— Caridad (Poesía).	224

	<u>Págs.</u>
LXXVII. . . — Una niña virtuosa.....	226
LXXVIII . . — Los extranjeros.....	230
LXXIX. . . — La gloria del progreso (Poesía)...	233
LXXX . . . — Frutos de la guerra civil.....	237
LXXXI. . . — Un medio de corregir los propios defectos	244
LXXXII. . . — La luz mala (Poesía).....	249

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS





